

PHARMAKON

REDE TYA DO CAMPO FREUDIANO - RED TYA DEL CAMPO FREUDIANO

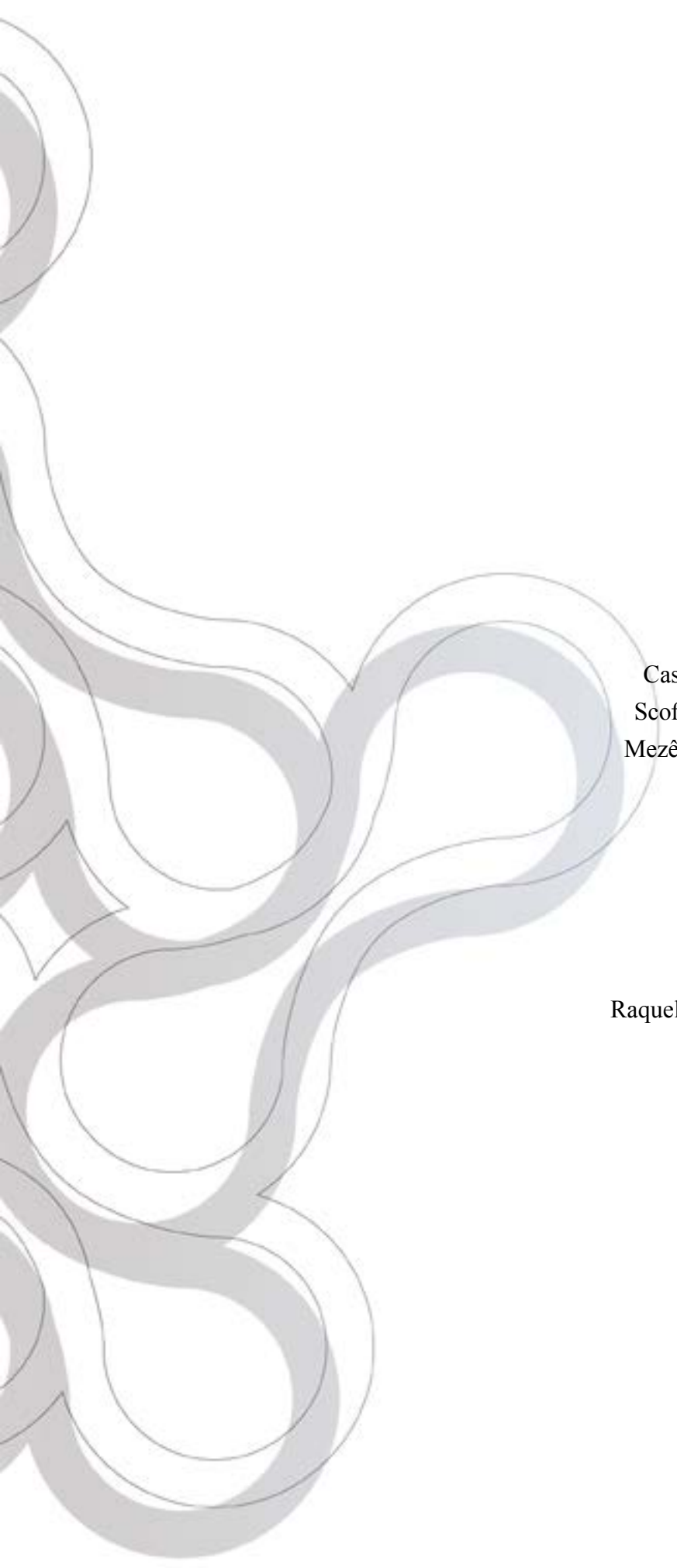
Digital

Inspirado en "Chimeneas - La Pedrera" - de Gaudí - escultura.



TOXICOMANÍAS Y PSICOSIS

Noviembre de 2017, Vol 3



COMITÉ EDITORIAL:

Directora:

Elisa Alvarenga

Editora en portugués:

Maria Wilma de Faria

Comité editorial:

Cassandra Dias, Claudia Maria Generoso, Leonardo Scofield, Luiz Francisco Espindola Camargo, Márcia Mezêncio, Maria Célia Kato, Oscar Reymundo, Pablo Sauce.

Editor en español:

Darío Galante

Comité editorial:

Raquel Vargas, Maximiliano Zenarola, Claudio Spivak, Marcos Fina, Miriam Pais y Estefanía Elizalde.

Consultores:

Judith Miller, Ernesto Sinatra, Fabián Naparstek
Antonio Beneti, Jesús Santiago

Colaboran en este número:

Lorena Hojman y Catery Tato

Creación y publicación:

Bruno Senna

TOXICOMANÍA Y PSICOSIS

Noviembre 2017 - Volume 3

EDITORIAL

Darío Galante

5

CONFERENCIA

DROGA, RUPTURA FÁLICA Y PSICOSIS ORDINARIA

Jésus Santiago

8

ENTREVISTA

ENTREVISTA A FABIÁN NAPARSTEK

17

CLÁSICOS

TRES OBSERVACIONES SOBRE LA TOXICOMANÍA

Eric Laurent

22

TEMÁTICOS

LA MARCA DE LA AUSENCIA

Ernesto Sinatra

28

TOXICOMANÍAS Y PSICOSIS

Antônio Beneti

31

PARA UNA CLÍNICA DE LA ELISIÓN DEL FALO

César Skaf

33

TOXICOMANÍAS APLICADAS A LAS PSICOSIS

Leonardo Scofield

37

LO ORDINARIO: EN EL CAMPO DE LA PSICOSIS Y EN EL CAMPO DE LA TOXICOMANÍA

Liliana Aguilar

40

LAZO SOCIAL Y ADICCIONES

Pierre Sidon

43

ROMPIENDO EL EFECTO DEL AFECTO

Jean-Marc Jossion

46

LA ORFANDAD TOXICÓMANA

Irene Dominguez

49

UN USO REGULADO DEL TÓXICO

Epaminondas Theodoridis

52

INTOXICACIONES EN EL CONTEXTO DEL DESENCADENAMIENTO DE LA PSICOSIS

Viviane Tinoco Martins

56

ADOLESCENCIA

LOS BUENOS COLEGAS, PARA LOS CHICOS BELLOS

Nadine Page

60

ESTÉTICA DO CONSUMO

USOS DEL CUERPO EN LAS TOXICOMANÍAS

Eugenia Florez

64

SYD BARRETT: SIGUE BRILLANDO DIAMANTE LOCO

Luis Salamone

67

LA INQUIETANTE FAMILIARIDAD DE LAS DROGAS: RESEÑA
DEL III COLOQUIO AMERICANO DE LA RED TYA

Cláudia Maria Generoso, Claudio Spivak, Marcelo Quintão e Silva

70

EDITORIAL

Darío Galante (Buenos Aires, Argentina)

El tercer número de *Pharmakon Digital* está dedicado a las Psicosis. Partimos de la conferencia que nos ofrece Jesús Santiago, “Droga, ruptura fálica y psicosis ordinaria”, en la que sostiene que la droga puede ser un Nombre-del-Padre en la relación que el sujeto tiene con su cuerpo.

En la *Sección Entrevistas* Fabián Naparstek destaca que la droga puede cumplir una función de anudamiento alrededor de un delirio, o puede funcionar como un remedio que toma el sujeto para aplacar la invasión de goce.

En la *Sección Clásicos* nos encontramos con “Tres observaciones sobre la toxicomanía”. Este trabajo de Éric Laurent ha sido uno de los textos que marcaron el comienzo de nuestras investigaciones sobre la toxicomanía. Interesa publicarlo especialmente en este número porque allí se establece el punto de encuentro entre la toxicomanía y las psicosis: la ruptura con el goce fálico.

En la *Sección Textos Temáticos* Ernesto Sinatra se pregunta qué ocurre en el campo de las psicosis cuando la marca del «no se puede» se ha ausentado. Ilustra, a partir de un caso, cómo es que un sujeto psicótico, a partir de una formación neológica producida en análisis, puede nombrar el circuito de goce que lo consumía y contar con una herramienta para acceder a una salida.

Antonio Beneti se interroga sobre la posibilidad de que la toxicomanía se constituya de dos maneras. La primera, como *sinthome*, y la segunda, como CMB (*compensatory make-believe*).

Por su parte, Cesar Skaf, partiendo de la clínica de la elisión del falo, presente en las toxicomanías, plantea una aproximación hacia el campo de las psicosis ordinarias.

Leonardo Scofield aborda los posibles efectos terapéuticos de las toxicomanías aplicados a desórdenes acontecidos en casos de psicosis. La lectura de tres recortes clínicos localiza los modos singulares que cada ser hablante construye con la droga para reordenar o evitar el desorden en la juntura más íntima de su sentimiento de vida.

Liliana Aguilar se pregunta si lo ordinario de la psicosis y de la toxicomanía conmueve la clásica relación entre toxicomanía y psicosis en donde la primera podía cumplir una función de suplencia para la segunda.

A continuación, Pierre Sidon propone que la adicción es la medida del lazo social de cada quien en la era de la ciencia.

En “Rompiendo el efecto del afecto” Jean-Marc Josson, situándose en la última enseñanza de Lacan, sostiene que el significante que tiene un efecto de afecto no es un significante S_1 articulado a un significante S_2 , sino un significante aislado, un S_1 solo: la droga, entonces, viene al lugar de romper el afecto.

Irene Domínguez nos recuerda que, en sus fundamentos, en el seno del psicoanálisis lacaniano la toxicomanía y la psicosis no nadan en las mismas aguas. Mientras que la psicosis es una estructura clínica, la toxicomanía, por su lado, no es un concepto psicoanalítico, sino un término tomado del campo del Otro, de la psiquiatría e incluso de la sociología.

Sin embargo, Epaminondas Theodoridis precisa que el modo de uso y el rol de la droga en el funcionamiento subjetivo pueden alumbrarnos en cuanto a la estructura del sujeto.

Finalmente, Viviane Tinoco Martins nos advierte sobre la prudencia necesaria a tener en cada caso en que la toxicomanía y la psicosis se cruzan, debido a que, aunque el recurso a la droga pueda cumplir la función de compensar el desequilibrio psíquico característico de una psicosis, tal función conlleva ciertas precariedades y puede participar en la coyuntura del desencadenamiento.

En la *Sección Adolescencia* Nadine Page sostiene que el consumo de drogas no es siempre, solamente, una modalidad de separación del Otro. Presenta el caso de un sujeto en el que su consumo de esteroides devela la función de tentativa de reafiliación con el lazo social.

Y, finalmente, en la *Sección Estéticas del Consumo* Eugenia Flórez sostiene que el así llamado toxicómano, a falta de dejarse engañar por la equivocidad del significante, nos permite verificar lo que Lacan señala respecto a que el goce, en cualquier caso, es goce del cuerpo.

Las toxicomanías, como las psicosis, nos dejan ver de las maneras menos veladas que el cuerpo, como territorio de goce está presto al uso. De este modo, la noción de uso puede ser tomada en oposición a lo interpretable vía el sentido, tal como Lacan la introduce, pensando en el elemento mínimo de cuerda o redondel que, antes de ser interpretado, está dado al uso.

Por su parte, Luis Salamone nos cautiva con su lectura de uno de los íconos del rock: Pink Floyd. La lectura que hace de su alma mater, Syd Barret, nos conmina a pensar la locura que habita en cada uno. Sostiene que: *“La locura de Barrett es la que dio origen a la banda y siguió inspirando grandes temas, la locura está en ellos, como está en nosotros. Poética forma de decirnos que todos estamos locos”*. Una apropiada forma de disponernos a seguir investigando a las toxicomanías, esta vez apoyándonos en las psicosis.

¡Buena lectura!



CONFERENCIAS

DROGA, RUPTURA FÁLICA Y PSICOSIS ORDINARIA

DRUG, PHALLIC RUPTURE AND ORDINARY PSYCHOSIS

Jésus Santiago (Belo Horizonte, Brasil)

Psicoanalista. Analista de la Escuela (A.E.) y Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Psychoanalyst. Analyst of the School (AE), Analyst Member of the School (AME) of the Brazilian School of Psychoanalysis (EBP) and the World Association of Psychoanalysis (WAP)

Resumen: El texto propone tomar la psicosis ordinaria como una categoría epistémica que concierne a la manera actual de reconocer la presencia de la ruptura fálica en la práctica toxicómana de la droga.

Palavras chave: ruptura fálica, psicosis ordinaria, toxicomanía.

Abstract: The text proposes to take ordinary psychosis as an epistemic category which concerns the manner we recognize, nowadays, the presence of the phallic break in drug addicts' practice.

Keywords: phallic break, ordinary psychosis, drug addiction

La toxicomanía, en la actualidad, se disemina, prolifera y se transforma en adicción. Al asumir el ropaje de la drogadicción, por consecuencia, se torna emblemática en lo que viene a ser el síntoma en nuestra época. El fenómeno toxicómano típico del siglo pasado, en el que se destacaba la dependencia de cierta sustancia, se masifica cada vez más, a medida que los objetos se multiplican. Si antes la dependencia se definía por la acción de una determinada sustancia, en las llamadas *nuevas adicciones* tal sustancia no se hace necesariamente presente. Objetos de consumo, amor, pornografía, videojuegos, comida rápida y otros son susceptibles de dar lugar a conductas adictivas diversas. Los significantes «adicto», «drogadicción» y «fisura» se imponen en el discurso corriente, indicando que no se trata más de la dependencia de una droga ilegal, sino de la fuerza de banalización de las adicciones. Se acredita así que todo objeto se puede tornar adictivo, en tanto solicita a la pulsión, que tiene el poder de inducir la repetición de un acto que va a modificar la relación del sujeto con los placeres del cuerpo.

EMPUJE A LAS ADICCIONES

Esa espiral adictiva propia del mundo contemporáneo debe ser considerada una tendencia derivada de la promoción del goce por el mercado, que opera a expensas de ideales, de figuras paternas y de toda forma de autoridad del amo moderno. Desde los años 1970 Lacan enuncia que lo contemporáneo se caracteriza por el «*ascenso al zenith social del objeto pequeño (a), inherente a la lógica capitalista, que genera una producción extensiva, por lo tanto insaciable, del plus de gozar*» (LACAN, 2012, p. 540). El fenómeno de la drogadicción se revela así como consecuencia de una transformación fundamental de las sociedades actuales. O mejor: si el discurso del amo empuja al sujeto a reprimir el goce, renunciar a él o a inhibirlo –tesis de Freud en *El malestar en la cultura*–, la actualidad del discurso capitalista está asociada a él, la práctica analítica, al procurar responder al

malestar vigente, llevan a lo que Miller nominó «una liberación de goce» (MILLER, 2005, p. 42). La ciencia, de la mano del capitalismo, siempre portadora de objetos recién creados y renovados, contribuye de manera decisiva a esa configuración actual de las nuevas adicciones.

Lacan califica de productos de la industria de plus de gozar «en toc», o sea, objetos sin valor, descartables, a pesar de que sean «hechos para causar el deseo, pues es la ciencia que los gobierna» (LACAN, 1992, p. 122). Se constata entonces que el mercado genera, a cada instante, objetos que, luego de ser adquiridos, ya deben ser sustituidos por otros más eficaces y atractivos. Por eso, se puede caracterizar ese modo de goce que se desprende de la relación de la ciencia con el capitalismo como «precaria, visto que él se sitúa a partir del plus de gozar» (LACAN, 2012, p. 545), que apenas se enuncia en torno de gadgets descartables. Diferentemente de un goce vulnerable a la incidencia de las leyes de la palabra, el plus de gozar particular de las adicciones es, antes que todo, efecto de la producción discursiva del capitalismo, efecto de una falta a gozar [manque-à-jouir] que forzosamente exige ser suprimida.

En última instancia, lo que caracteriza la comprensión del capitalismo como discurso es la *Verwerfung* —rechazo de la castración ante todos los campos de lo simbólico—. Para Lacan, de eso se desprende que toda orden discursiva emparentada con el capitalismo tienda a operar en las antípodas de esa dimensión precaria del goce: las cosas del amor y del deseo. (LACAN, 2012, p. 547) Es evidente que la falta de goce permeable a la palabra incide sobre «las cosas del amor» y, más aún, que esa falta no se inscribe como pérdida que moviliza el deseo, entendido en la fantasía. Exactamente en el punto de exigencia en suplir esa falta de goce, propio del cuerpo y permeable a la palabra, es donde interviene el objeto droga, lo que no acontece sin suscitar angustia. La toxicomanía es, por lo tanto, un síntoma de esa *Verwerfung* generalizada de la castración, contrapartida inherente al discurso capitalista que, sobre la forma de un imperativo —¡goza!—, favorece un cortocircuito mediante el cual en la economía libidinal emerge como referente de ese goce permeable a la palabra el amor y el deseo.

Desde el punto de vista de la precariedad propia de ciertos modos de goce, ese empuje a las adicciones, fruto de la contemporaneidad del discurso capitalista, acarrea consecuencias que van más allá del alarde que hace el sentido común en torno de los supuestos hedonistas y de la felicidad. Al contrario, la actualización de ese plus de gozar particular que culmina en exceso de adicciones no cesa de producir efectos que, a su vez, refuerzan una tendencia civilizadora a la pulsión de muerte.

En los rastros de esa tendencia se puede resaltar el carácter emblemático de la toxicomanía por el hecho de que se trata de un nuevo síntoma, que se teje en el horizonte autista y mortífero del goce. Es preciso reconocer que ese nuevo síntoma sólo puede ser tratado, clínicamente hablando, a la luz de la relectura de la enseñanza de Lacan efectuada por Miller, mediante una concepción innovadora del partenaire-síntoma (MILLER, 2008, p. 329).

Ese abordaje clínico se caracteriza como un suplemento esencial, necesario a la práctica analítica, y responde a la insuficiencia de lo que se instituye, desde los años 1950, como función del Otro y, consecuentemente, de la presencia o ausencia del significante del Nombre-del-Padre en las estructuras clínicas freudianas clásicas. Se sabe que tanto la histeria y la neurosis obsesiva como la psicosis son concebidas por la relación del sujeto con el Otro, tomado como lugar del significante y por el papel que en él desempeña el significante del Nom-

bre-del-Padre. Con la teoría del «*partenaire-síntoma*» el Otro deja de ser sólo lugar del significante y pasa a representarse por el cuerpo, definiéndose así como medio de goce (LACAN, 1992, p. 123).

DESORDEN EN EL SENTIMIENTO ÍNTIMO DE VIDA

En lo que concierne a tomar al saber como medio de goce, se debe considerar —observa Miller— que no hay goce del cuerpo sino por el significante y que, al mismo tiempo, hay goce del significante, porque la significancia está enraizada en el goce del cuerpo (MILLER, 2008, p. 398). Sin duda alguna, para poder tener acceso al funcionamiento de esos nuevos síntomas —toxicomanía, bulimia, anorexia y otros— se impone admitir una conexión estrecha entre el goce del cuerpo y el goce del significante. En otras palabras, es por la presencia decisiva del goce del cuerpo que se originan nuevos síntomas, sabiendo que no hay, para el parlêtre o ser hablante, un goce anterior al significante. Importa resaltar que, desde la óptica del psicoanálisis, el tratamiento del cuerpo en que se manifiesta la relación desregulada con la droga, se hace con un cuerpo que habla por medio del síntoma.

Ese destaque conferido al cuerpo no implica, sin embargo, que se trate el cuerpo que goza del toxicómano directamente por el cuerpo. En efecto, se considera la desregulación en la relación con la droga, depositaria del *partenaire-Otro*, aunque la función significante, en este último, esté preferentemente al servicio del goce. Por esa razón, en las nuevas formas del síntoma, el hecho de que el significante sea medio de goce, el cuerpo del que se trata será siempre el cuerpo hablante. Eso conlleva a la complejización y la conversión de perspectiva de lo que se constituye como el fundamento de la elaboración psicoanalítica de las estructuras clínicas de las neurosis y de las psicosis, cuya culminación es la emergencia, como se verá mas adelante, de las llamadas psicosis ordinarias. Vale decir que la inscripción del Otro en los nuevos síntomas no sigue el límite, la separación tajante entre la represión, propia del campo de las neurosis, y la forclusión, específica del campo de las psicosis. El enfoque que privilegia la presencia de la simbolización del Nombre-del-Padre en uno de los campos y su ausencia en el otro no es suficiente para dar cuenta del fenómeno de la toxicomanía. La hipótesis clínica que se propone es que tal simbolización puede ocurrir, a pesar de que sus efectos sean incapaces de actuar sobre el «*desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de vida de un sujeto*» (LACAN, 2009, p. 519). ¿Qué será capaz de actuar sobre ese desorden en el sentimiento de vida de un sujeto? En el caso del toxicómano, ciertamente, la droga se revela como solución.

Se evoca esa falta en el sentimiento de vida, porque ella se evidencia en lo que se designó, anteriormente, horizonte mortífero y autístico del síntoma toxicómano, cuyo modo de goce muestra la exclusión del Otro. En el fondo, esa exclusión es apenas aparente, pues si el toxicómano goza sólo del *partenaire-droga*, eso no quiere decir que renuncie al acceso al Otro, aún bajo la forma de un atajo o de un rechazo. El uso metódico de la droga singulariza, de alguna manera, lo que ya se dijo a propósito del cuerpo hablante, en tanto es posible mostrar que el cuerpo del toxicómano se instituye para él como un Otro. Se trata de un nuevo síntoma, en la medida en que la toxicomanía se constituye ejemplo de un goce que esencialmente se produce en el cuerpo de Uno, sin que el cuerpo del Otro esté ausente. En cierto sentido, en el contexto clínico, el goce es siempre autoerótico, siempre autístico, pero al mismo tiempo es *hétero* ya que también incluye al Otro bajo la forma del *partenaire-cuerpo*.

UNA ASOCIACIÓN CÍNICA CON EL GOCE

¿Cómo incautar esa inclusión atípica del Otro en la toxicomanía, concebida como expresión paradigmática del autismo del goce y sus desórdenes en el sentimiento de vida? Una primera aproximación clínica del problema acontece en lo que Miller denomina «goce cínico» (MILLER, 1989, p. 136), goce que se extrae de la postura ética del amo cínico al recusar los semblantes ofertados por el Otro. Y, por lo tanto, es el amo cínico antiguo que hace posible entrever tal demostración. Si el cínico no carga una imagen racional del mundo, una concepción providencialista de la naturaleza, eso se explica porque, a pesar de rechazar toda y cualquier forma de trascendencia del Otro, él es amo en ironizarlas. No considera que haya un misterio del mundo a ser alcanzado, ni que una divinidad haya creado el universo para el hombre. Si el amo cínico actúa así, él no lo hace porque está marcado por la falta de coraje o por el acceso de escepticismo que lo lleva a renunciar a la felicidad. Al contrario, contra todo y contra todos, él reconoce a la felicidad en un mundo en que los reveses infligidos por la Fortuna son moneda corriente, en que el hombre es, no sólo víctima de las pasiones inherentes a su condición, sino también sometido a las agresiones de un ambiente que lo aprisiona en los llamados valores de la civilización.

Es solamente por medio de un acceso, de una domesticación capaz de promover la apatía, la serenidad total que el cínico cree enfrentar la adversidad, sin experimentar el menor trastorno. La inspiración esencial que orienta esa tentativa de acortar el acceso a la apatía implica, por lo tanto, la renuncia a las fuentes de goce de la civilización, cuyo principio es la autonomía —es decir, el hecho de poder ser suficiente por sí mismo—, condición *sine qua non* de la felicidad, tal cual buscaba, en la antigüedad, ese modo particular de representación de la figura del amo.

Con el objetivo de precisar la tesis del corto-circuito infligido a los semblantes ofertados por el Otro, conviene retomar el valor que Diógenes de Laértio confiere al acto masturbatorio público y con que ambiciona evitar los males provenientes de la convivencia con un *partenaire* sexual. De cierta forma, se puede decir que el gesto desafiante del cínico interviene en el punto exacto en que posibilita el encuentro con el Otro sexo.

Es necesario, sin embargo, evitar la idea de que el goce masturbatorio está bajo la relación con el Otro. El cínico, vale la pena mencionar, vive como si el Otro no existiera. De hecho, el goce fálico es suficiente en sí mismo. Así, el ideal cínico de felicidad confirma el axioma lacaniano de que no hay felicidad, excepto con el falo. El cinismo es una manera de oponerse a los medios de goce ofrecidos por el aparato de la civilización, el énfasis dado al goce fálico, concebido como el único que puede liberar a la felicidad.

Admitiendo que el falo es un camino a la felicidad, es el propio anatema lanzado por el cínico al lazo social lo que explica, en compensación, el entredicho con que las leyes de la ciudad alcanzan su forma de disfrute directo e inmediato.

El atajo cínico de la masturbación testimonia los obstáculos que el sexo masculino encuentra para gozar del cuerpo de la mujer. La masturbación cínica se instaura por el hecho de que el hombre goza exactamente del goce del propio órgano. Por el goce fálico, Diógenes intenta responder al desacuerdo fundamental existente, para el hombre, entre su cuerpo y el goce. Su esperanza es ser capaz de alcanzar el *Uno* de la relación sexual

por la vía fálica. Recuerde, por cierto, la máxima de Diógenes —«Busco un hombre», pronunciada por él llevando una linterna en la mano— que marca su ligazón con el goce fálico, ya que, al aferrarse a él, le impide la superación del obstáculo que el Otro sexo encarna.

En resumen, el cínico se aferra a la masturbación ya que no puede disfrutar del cuerpo de la mujer, pues su goce sexual está marcado por el ideal de constituir el Uno de la relación sexual.

DROGA Y RUPTURA FÁLICA

En el mundo actual ¿hay diferentes formas de manifestación de ese atajo cínico para el enfrentamiento del malestar del deseo? Si los hay, lo más probable es que ya no tengan el valor ético que guía la vida hacia la virtud y la autarquía, sin oque representan el reflejo de las expresiones sintomáticas de una existencia que quiere ser desarmada del Otro. Las toxicomanías revelan, por lo tanto, un síntoma que se expresa por la compulsiva obtención de un goce monótono, repetitivo, sin demora, que regresa a una satisfacción casi siempre obtenida, de modo directo, en el circuito cerrado entre el consumidor y el producto.

Ese carácter artificial de la producción de una satisfacción de estilo monótono, obtenida en un circuito cerrado del cuerpo y de la droga, y sobre todo los semblantes rechazados del Otro, remite a la concepción de las toxicomanías como un tipo clínico que se traduce por la ruptura de la función fálica. Por lo tanto, es necesario establecer una distinción esencial entre el apego del cínico a la masturbación y el toxicómano a la satisfacción tóxica. Si coinciden en el modo de inclusión del Otro, si convergen en el rechazo de los semblantes de la civilización, si ambos difieren con respecto al goce fálico.

El cínico se conforma con el goce autoerótico, masturbatorio y con el valor fálico que se deduce de esa estrategia en obtener alguna sintonía entre el goce y el cuerpo. En esa búsqueda compulsiva de una satisfacción artificial y fabricada, el toxicómano da señales de que hay fallas en el dispositivo fálico que favorece el posible funcionamiento de un goce necesario para el ser hablante. Desde este punto de vista, él no es el cínico, ya que reacciona de modo distinto al matrimonio que el ser hablante es llevado a hacer con el falo. El toxicómano es justamente aquel que no consiente con el matrimonio con el goce fálico y, por lo tanto, no concibe una salida viable, porque su fijación reside en lo real que envuelve el órgano peniano. Para el cínico, al contrario, no importa si el goce fálico no le conviene a la relación sexual, pues, aún así, se muestra apegado a él. El toxicómano, a su vez, es un contestador del falo y del goce que se desprende de él, o aún, del goce de la necesidad. Llama la atención el modo como este se interpone a ese goce necesario que, siguiendo a Lacan, a pesar de ser un «goce que no conviene —non decet— a la relación sexual, no hay otro, si hubiese otro.» (LACAN, 2008, p. 55).

El alcance clínico de la visión lacaniana de las toxicomanías implica considerar a la droga como un objeto que busca suplir las fallas de la función fálica, teniendo en cuenta su papel de viabilizar un goce que mantenga alguna afinidad con la palabra.

De otro modo, la presencia insistente y compulsiva de la droga denota el impasse del sujeto en relación al goce que conviene, el goce pulsional que, sobre el efecto de la incidencia de la castración, encuentra sus objetos, que se constituyen en Ersatz, pues velan y al mismo tiempo desvelan la castración. Lo esencial de

la definición de la droga, promovida por Lacan en 1975, es la tesis de que su práctica metódica expresa las dificultades que el toxicómano encuentra en ser fiel al matrimonio que todo ser hablante contrae un día con el partenaire-falo. Tal definición de la droga se enuncia literalmente así:

«[...] es porque hablé del matrimonio que hablo de eso, todo lo que permite escapar a ese matrimonio es evidentemente bienvenido, de ahí el suceso de la droga, por ejemplo, no hay ninguna otra definición de la droga sino esta: es lo que permite romper el matrimonio con el hace-pipí [Wiwimacher], o sea, con su pene».

En el fondo, lo que se desprende como específico del acto toxicómano es la ruptura fundamental con el goce vigente de esa asociación, necesaria para todo sujeto, pues es ella la que fomenta el plus-de-gozar que conviene. Se observa así que esa definición se estructura teniendo como base la consideración de que el matrimonio del ser hablante con el falo o del goce que de él resulta es rechazado en nombre de su fuerte ligazón con el goce de sentido que incide sobre el órgano peniano.

En la clínica, para examinar tal definición, se impone avalar la droga como un factor de separación del matrimonio del pene y no del falo. En otras palabras, el toxicómano es un sujeto que permanece casado con el goce de sentido que gira en torno al órgano, en razón de no haber contraído un lazo posible con el falo. Es preciso, pues, no confundir el falo con el órgano peniano, y, aún más, con cualquier representación imaginaria o idea de que es, naturalmente, un privilegio masculino. Como función, el falo es un operador, un significante de goce, destinado a designar, parcialmente, los efectos del goce sobre el cuerpo. Se trata de un significante asemántico, que no significa nada, y apenas como encarnación de la nada puede operar favorablemente en el momento de la iniciación sexual, oportunidad en que el sujeto se encuentra con el misterio del Otro sexo.

En comentario de *El despertar de la primavera*, Lacan propone que la iniciación sexual es más favorable a la vida, cuando, levantado el velo, se revela esa nada inherente al falo (LACAN, 2012, p. 588). Se concibe esa nada en contrapartida a lo que irrumpe en la adolescencia como índice de la viabilidad del goce fálico, que se articula con el saber, con la palabra. Si el toxicómano está marcado por la ruptura fálica que se representa en su dificultad de lidiar con el goce del cuerpo, esto se deriva del hecho de que, en función de su apego al goce del sentido en torno al hace-pipí [Wiwimacher], esa nada no tiene lugar. La ruptura fálica equivale, de este modo, al exceso de sentido que se produce en el momento del encuentro con el Otro sexo, un exceso perturbador de la iniciación sexual que obstaculiza, cuando el goce sexual debería presentarse como enigmático y sin sentido.

APLICACIÓN EPISTÉMICA DE LA PSICOSIS ORDINARIA A LA TOXICOMANÍA

Cabe señalar, además, que la clínica de la ruptura fálica presente en los fenómenos actuales del uso toxicómano de la droga no se deduce directamente de la forclusión del Nombre-del-Padre, porque, de ser así, se podría estar frente a los fenómenos típicos de las psicosis como el delirio o la alucinación. Se puede decir que la ruptura fálica se origina en la propia lógica del funcionamiento del goce y que, por razones concernientes al impacto contingente del significante en el cuerpo, es velado al sujeto el goce que conviene a la inexistencia de la relación sexual. La tesis de la ruptura fálica como factor dominante en las toxicomanías ejemplifica una inversión en el orden de los factores característico de la actualidad clínica: o sea, no se piensa más en la **falta**

de significación fálica solo como consecuencia de la **falta** del Nombre-del-Padre.

Al contrario, el Nombre-del-Padre se torna un predicado del modo en que el síntoma y la función fálica organizan y ordenan el goce para el sujeto. Siguiendo a Miller, deja de ser el nombre propio de un elemento particular llamado Nombre-del-Padre. Es lo que se presenta mediante la pregunta: ¿el sujeto tiene Nombre-del-Padre o está forcluido? Hoy, el Nombre-del-Padre, no es más un nombre, pero el hecho de ser nombrado, de atribuirle una función o, como afirma Lacan, de ser “nombrado para”. (MILLER, 2010, p. 22)

En resumen, el Nombre-del-Padre no es más un nombre propio y se torna, siguiendo la definición de la lógica simbólica, un predicado relativo a la ausencia de la significación fálica:

NP (X) —> X=ruptura fálica

En mi opinión, esta formulación aproxima al *nuevo síntoma*, característico de las toxicomanías, al campo de las llamadas psicosis ordinarias, en el sentido de que la satisfacción obtenida con la droga, así como por medio de otras modalidades de un hacer con el cuerpo –caso, por ejemplo, de los tatuajes– puede funcionar como un «*sustituto sustituido*». (MILLER, 2008, p. 412)

Si el Nombre-del-Padre es un sustituto del deseo de la madre, porque impone su orden al goce de ésta, la droga puede revelar un «*sustituto sustituido*». En otras palabras, la droga puede ser un Nombre-del-Padre en la relación que el sujeto tiene con su cuerpo. Decir que estas técnicas del cuerpo –entre otras las drogas y los tatuajes– pueden ser «sustitutos» del Nombre-del-Padre es una manera de traducir lo que viene a ser ese signifiicante tomado como predicado. Lo que muestra ser un método del cortocircuito en la sexualidad inherente a la satisfacción tóxica y mucho más, en los términos de Miller, un «hacer creer compensatorio» (MILLER, 2008, p. 411) [*compensatory make-believe*] del Nombre-del-Padre, en el sentido que se torna posible alguna solución para los desórdenes de goce en la vida de un toxicómano. Desde esta clínica del «hacer creer compensatorio» se aprecia la continuidad entre los territorios de la neurosis y la psicosis; se hace hincapié en lo que hace que sean contiguas, dos formas de responder a un mismo real, ya que, desde este punto de vista, no se trata de establecer límites, sino de constatar anudamientos, recortes, desconexiones, desanudamientos entre hilos que están en continuidad.

En este sentido, cuando hago referencia a las psicosis ordinarias, no pretendo reducir la querella diagnóstica que históricamente cayó sobre las toxicomanías. Como se sabe, tal enfoque clínico ya estuvo sobre los auspicios de estados melancólicos y maníacos o de una psicosis renombrada sobre la imprecisión del término «psicopatía» o de una perversión transformada en la época –una perversión moderna– o de una neurosis obsesiva actualizada por la relectura de la presencia en ella del masoquismo, y principalmente de los estados narcisísticos y limítrofes, o *borderlines*. Ya se intentó, inclusive, hacer de las toxicomanías una modalidad propia del discurso.

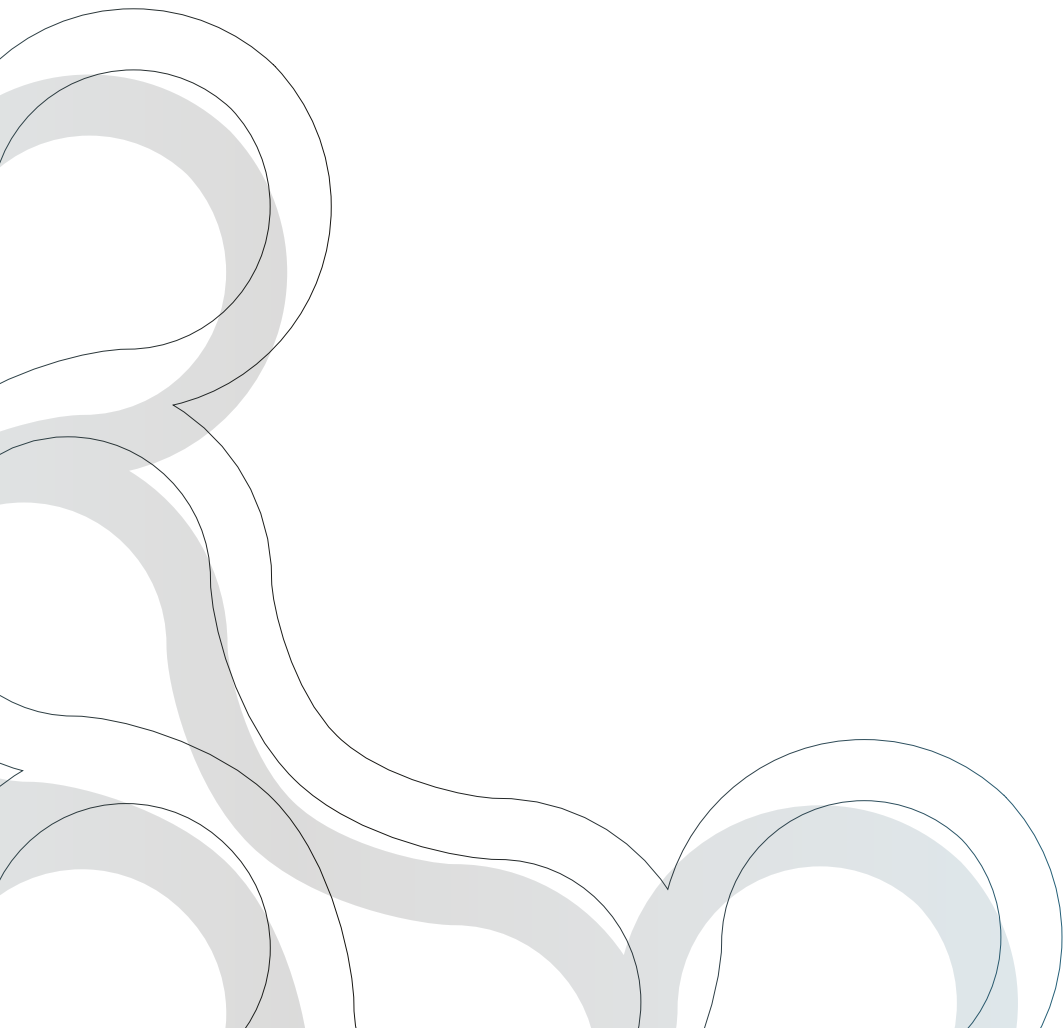
En fin, no se trata de considerarla una categoría clínica objetivable, que elimina el lado enigmático y oscuro que pesa sobre ese tipo de síntoma. Se trata de tomar a la psicosis ordinaria, como sugiere Miller, como una

categoría más epistémica que diagnóstica y, por lo tanto, concierne a la manera actual de reconocer la presencia de la ruptura fálica en la práctica toxicomaniaca de la droga. Ella interesa al quehacer clínico cotidiano y alimenta la posibilidad de aprender del sujeto toxicómano en tratamiento. Se puede decir que la psicosis ordinaria es el único modo de verificar el hecho fundamental de la técnica del cuerpo con la droga, que se aprende a fijar en la medida del síntoma toxicómano; de poner a prueba del real las soluciones compensatorias que, en suma, se desprenden de la ruptura fálica, de confrontar el real que no cesa de no escribirse en cada caso, que, en el fondo, se confunde con la propia estructura de la práctica analítica, estructura que se pone a la luz en el fenómeno de la transferencia.

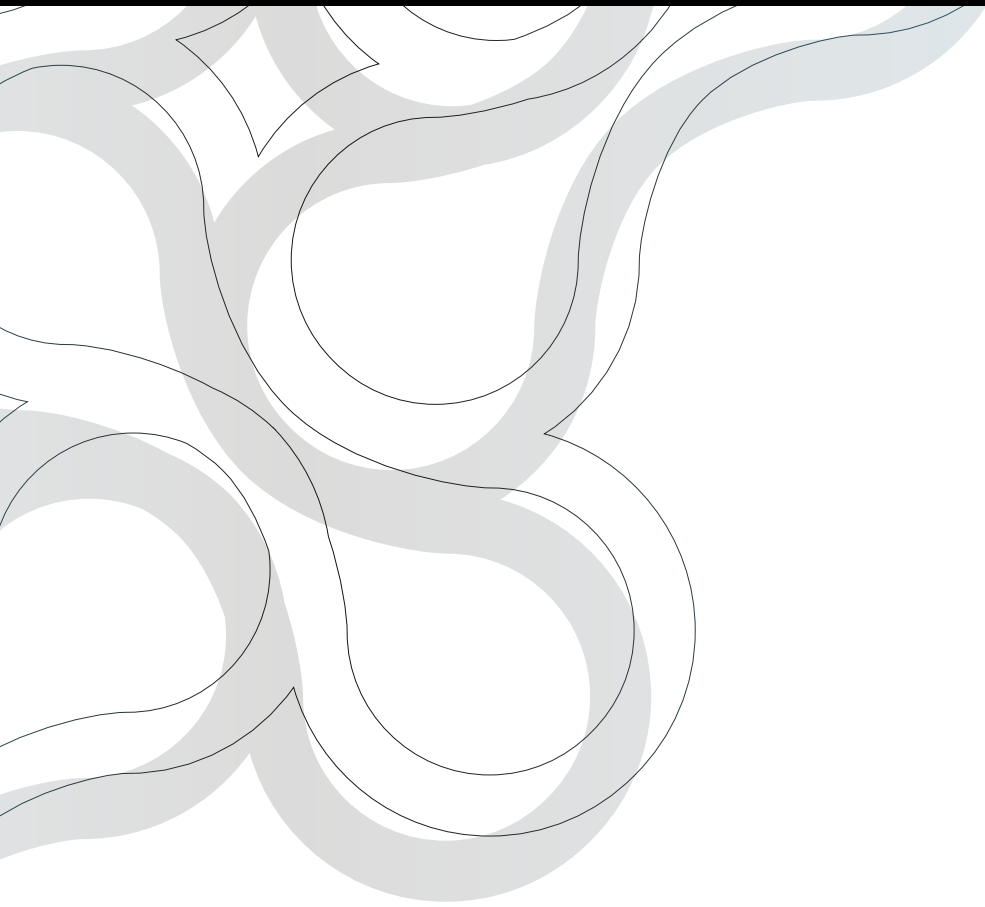
Traducción del portugués: Estefanía Elizalde

Referencias Bibliográficas:

- LACAN, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 509-558.
- LACAN, J. "El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis", Buenos Aires, Paidós, 1992.
- LACAN, J. "El seminario. Libro 20. Aun", Buenos Aires, Paidós, 2008.
- LACAN, J. "Hablo a las paredes", Buenos Aires, Paidós, 2012.
- LACAN, J. "Otros escritos", Buenos Aires, Paidós, 2012.
- LACAN, J. "Radiofonía", en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 425-472.
- MILLER, J.-A. "Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria", en *El caldero de la escuela*, n. 14, año 2010.
- MILLER, J.-A. "El partenaire-síntoma", Buenos Aires, Paidós, 2008.
- MILLER, J.-A. "Para una investigación sobre el goce autoerótico", en *Pharmakon Digital*, vol. 1, año 2016, pp. 25-30.
- LACAN, J. "Prefacio a *El despertar de la primavera*", en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 587, 590.
- MILLER, J.-A. "Una fantasía", en *Revista Lacaniana* n. 3.
- LACAN, J. "Televisión", en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 535-572.



ENTREVISTA



ENTREVISTA A FABIÁN NAPARSTEK

INTERVIEW WITH FABIÁN NAPARSTEK

Psicoanalista Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Analista de la Escuela (AE) de 2002 a 2005.

Psychoanalyst, Member of EOL and WAP, Analyst of the School from 2002 to 2005

Resumen: “La idea de ‘enganches y desenganches’ con el Otro es fantástica para pensar las toxicomanías, independientemente de las psicosis ordinarias”.

Palabras claves: toxicomanías, psicosis, enganches y desenganches

Abstract: “The idea of ‘hooks’ and ‘shutdowns’ with the Other is fantastic to think drug addictions, independently of ordinary psychosis”.

Keywords: drug addiction, psychosis, hooks and shutdowns

Marcos Fina: La idea es hacerte algunas preguntas sobre la articulación, si se puede decir así, entre toxicomanía y psicosis. Y, como disparador del tema, te pido si podés decir algo sobre la «tesis de ruptura» o «formación de ruptura» de la que habla Éric Laurent, referida a la famosa frase de Lacan «La droga permite romper el matrimonio con el falo» (LACAN, 2016, p. 21).

FN: La primera cuestión es el binomio «toxicomanía – psicosis», y vale la pena decir qué es esto que todo el mundo reconoce. Yo creo que se trata de un trabajo, de una elaboración colectiva, la de plantear que la toxicomanía puede tener un lugar en la neurosis, en la psicosis o en la perversión. Hoy esto es el ABC, y muchos psicoanalistas –tanto de la Orientación Lacaniana, aunque no sean del Campo Freudiano, como freudianos o lacanianos de la nebulosa, etc.– lo dan por sentado, pero para esto hizo falta hacer un trabajo y vale la pena subrayarlo, pues no iba de suyo. Trabajo que hizo el TyA desde un comienzo. La segunda cuestión es que hubo una época dentro del Campo Freudiano donde se ligó más la toxicomanía a la perversión, de un toxicómano que se excede y que pasa los límites, con ciertos episodios perversos a partir del consumo, episodios que pueden acontecer en cualquiera de las estructuras, podría ser una neurosis, una psicosis o mismo una perversión. Eso también vale la pena subrayarlo porque fue toda una época de la elaboración que se hizo dentro del Campo Freudiano, y también hay trabajos sobre el asunto, que yo recuerde Bernard Lecœur, Hugo Freda, y Jesús Santiago, quien tiene toda una cuestión alrededor de esto en su tesis de doctorado (PACHECO, 2016, p. 47). Es decir, que hay todo un trabajo en el Campo Freudiano alrededor de la cuestión de la toxicomanía y la perversión. Respecto de la toxicomanía y la psicosis tenemos una gran cantidad de trabajos y de casos clínicos, pero, efectivamente – ahora sí voy a este punto de tu pregunta –, es Éric Laurent quien alerta, no tanto sobre qué pasa en la toxicomanía y la psicosis, sino que la tesis de la ruptura no podría servir para los casos de psicosis, que puede ser una muy buena tesis, pero que tiene que ser una tesis para la neurosis. En cambio, en la psicosis partimos de la idea de que algo ya está desligado desde el vamos. ¿Entonces cómo plantear una ruptura? Este planteo de Éric Laurent está en un texto que creo que es del año 1994 y está publicado en una de las primeras

Pharmakon (LAURENT, 1995). Lo que pone en el horizonte es cómo pensar el lazo de la toxicomanía con la psicosis, suponiendo que entendemos lo que implica la ruptura con el falo, y decimos: Bueno, eso está muy bien, pero está muy bien para la neurosis. Ahora ¿cuál es el lazo propio de la psicosis y la toxicomanía? Él da algunos ejemplos en ese texto (LAURENT, 2017) son viñetas que muestran cómo hay un lazo, un anudamiento, por ejemplo, del consumo con el delirio. Después tenemos trabajos –yo mismo en mi tesis de doctorado lo he tomado, donde hay toda una parte en la que trabajo especificidades de la toxicomanía para la paranoia o para la esquizofrenia– donde la droga puede cumplir una función de anudamiento alrededor de un delirio o, en el caso de la esquizofrenia, como un remedio que toma el sujeto para aplacar la invasión de goce.

MF: Justamente en esos casos Éric Laurent dice que no serían toxicómanos porque, al menos en los ejemplos que presenta, utilizarían el tóxico en una función de lazo con el otro

(LAURENT, 2017).

FN: Está bien, entonces el problema sería cómo definimos a la toxicomanía. Los colegas Belgas del Campo Freudiano tienen una tesis muy fuerte: el verdadero toxicómano es psicótico. Es decir, que llevado en esta línea histórica que trasciende un poco nuestra elaboración en el Campo Freudiano, donde lo primero fue desligar la toxicomanía de las estructuras, luego fue trabajar la toxicomanía y la perversión y después desvincular la posible toxicomanía en una psicosis de la tesis de la ruptura; hay algunos psicoanalistas de nuestro campo que plantean que la verdadera toxicomanía se da en la psicosis, con ciertas salvedades que hay que hacer, que tenemos una práctica de consumo toxicómano bien diferente en Europa y en América del Sur; y, especialmente, lo que ha marcado esa diferencia es la práctica de inyectarse algunas sustancias de manera intravenosa, que no es una práctica habitual en América del Sur, aunque existe. El tipo de práctica que se realiza cambia un poco la cuestión sobre a qué estamos haciendo referencia cuando marcamos la línea divisoria entre lo que sería un verdadero toxicómano y otro que no lo es, pero, en todo caso, uno podría distinguir estos campos sin llegar a la definición de lo que sería un verdadero toxicómano. Tendríamos que hacer un seminario entero. Mauricio Tarrab decía que el verdadero toxicómano es como el Yeti: todo el mundo habla del Yeti, uno lo puede ir a buscar a la Antártida, pero ¿dónde está? Podríamos decir que unos usan la droga para enlazarse al Otro y otros la usan para desenlazarse del Otro. Tenemos muchos más usos, pero hay al menos dos usos de la droga. Ahora bien, eso acontece en cualquier estructura. En la psicosis, alguien puede usar la droga para enlazarse al Otro y a veces para desenlazarse del Otro. Para tomar los términos que usa Miller en *Las psicosis ordinarias*: enganches y desenganches. Y que alguien hace uso de la droga para engancharse al otro, pero, en ese uso maníaco, termina desenganchándose del otro, más allá de que aparezca como un enganche.

MF: En una clase tuya publicada (NAPARSTEK, p. 41) ponés el acento en el *permite*, dando a entender que puede ser que se produzca el desenganche o no con el falo o con la significación fálica.

FN: Sí, Miller dice especialmente con el Otro, que no es sólo con el falo, y con el Otro sexual dice Miller, en su texto *Para una investigación sobre el goce autoerótico* (MILLER, 2015, p. 25). Allí plantea que habría que hablar del desenganche y utiliza una referencia muy francesa, que es la de una «insubordinación al Otro sexual», dice Miller, porque es una referencia a algo que hacían los jóvenes franceses especialmente en una

época para zafar del servicio militar. Antes de ir se picaban los brazos, no eran toxicómanos necesariamente, pero se picaban los brazos, entonces cuando iban a la revisión médica los médicos los veían con los brazos picados, porque si se determinaba que era toxicómano quedaba fuera del servicio militar. Entonces lo llama insubordinación al Otro sexual. Es interesante porque hay algo de quedarse afuera del Otro, de no aceptar las reglas del Otro, de un rechazo al Otro radical. Ahora bien, a mi gusto la idea milleriana de «enganches y desenganches» con el Otro es fantástica para pensar las toxicómanas, independientemente de la psicosis ordinaria. Ruptura parte de la idea de que hay algo previamente ligado, por eso la ruptura con el pequeño pipí. Pero hablar de enganches y desenganches y decir el Otro sexual es mucho mas amplio y permite abarcar una gama de fenómenos mucho mas amplia y más sutil que la de ruptura con el falo o con el hace pipí.

MF: La idea de ruptura está mas en relación con la primera enseñanza de Lacan, mientras que enganches y desenganches está mas en línea con una perspectiva donde la primacía de lo simbólico ya no es tal y que en todo caso la función del Nombre-del-Padre es una entre otras para tramitar o regular el goce.

FN: Sí, haciendo la salvedad que esa indicación lacaniana es bastante tardía, del '74. Es el último Lacan. Habría que precisar a qué se refiere con ruptura del cuerpo con el pequeño pipí, esa es la referencia. Pero sí me parece que, ajustándolo a cierta idea de Miller de hablar de enganches y desenganches, da una mayor amplitud, teniendo en cuenta que la ruptura con el falo puede acontecer más allá de que esté instalado el Nombre-del-Padre, esa es la idea de Lacan del P_0 y Φ_0 , eso habría que desarrollarlo. Pero sí me parece que esa clínica de los enganches y desenganches es muy útil para la toxicomanía más allá de la estructura, y especialmente en la psicosis. A mi gusto amplifica la clínica y la hace más sutil. Y, por otro lado, pensar la clínica de esta manera es una advertencia central. ¿Por qué vamos a ir a tocar el consumo de una persona sin saber qué función cumple? La prudencia necesaria de un analista de diagnosticar, no solamente neurosis, psicosis y perversión, sino qué función tiene ese consumo para esa persona antes de ir a pedir una abstinencia en nombre de no se sabe quién, cuando quizás ese consumo tiene el valor de anudamiento que no necesariamente hay que tocar.

MF: ¿Se puede pensar la estructura a partir de la función del consumo?

FN: Bueno, es lo que en la tesis también he planteado. Tengo una posición contraria a cierta historia de la psiquiatría que ha planteado bastante extensamente —y ciertos psicoanalistas también— que el consumo tapaba la estructura, especialmente porque, por ejemplo, el consumo de cocaína genera ciertos delirios persecutorios, entonces no se sabía si eran delirios persecutorios debido a un momento de consumo o porque era un paranoico. A mi gusto es todo lo contrario: si uno logra ubicar cuál es la función de la droga en el sujeto ahí encuentra la estructura. Eso no quiere decir que sea simple, lo que estoy planteando no es que en dos sesiones ubicamos la estructura. A veces puede ser difícil y llevar mucho tiempo, pero la función de la droga se anuda a la estructura. Entonces, si uno logra ubicar eso, también da un dato central en la estructura, lo que es claro es la necesaria prudencia que hay que tener con cualquier toxicómano antes de reducir o sacarle la droga, pedirle una abstinencia, cuando a veces puede llevar a lo peor. Más bien, lo plantea Lacan, la abstinencia tiene que ser la abstinencia del analista.

MF: ¿Cómo pensamos psicosis y toxicomanías cuando nos referimos a psicosis no desencadenadas o psicosis ordinarias?

FN: Un dato que me parece central para orientarse en esto, y especialmente en la época actual, es la variación que plantea Miller respecto del goce. Miller habla de la omnipresencia del goce en la época actual. Uno podría distinguir una época del Nombre-del-Padre donde encontramos un goce localizado, el Nombre-del-Padre es una especie de localizador del goce que determina dónde sí, dónde no, y después tenemos todas las variantes que puede hacer un sujeto con eso: si goza de la transgresión, si goza del *status quo*, lo que sea. Y en la época actual tenemos esta omnipresencia del goce, donde el goce aparece por todos lados. En este sentido se podría decir que en algunos casos la droga podría ser una manera de localizar el goce. Si se goza cuando se consume, eso daría una alternancia: goce consumido, y cuando no se consume no hay goce, pero a su vez eso puede irrumpir por todos lados, y la demanda que a veces tenemos de ciertos sujetos de localizar, de encauzar eso. Se verá qué elementos tenemos en la estructura o con qué herramientas contamos para poder localizar ese goce, para ceñirlo.

Referencias bibliográficas:

LACAN, J.: *Cierre de las jornadas de estudio de carteles de la Escuela Freudiana*, en *Pharmakon Digital* 2, 2016.

PACHECO, L.: *Reseña del libro de Jesús Santiago La ruptura con el goce fálico y sus incidencias en el uso contemporáneo de las drogas*, en *Pharmakon Digital* 2, 2016.

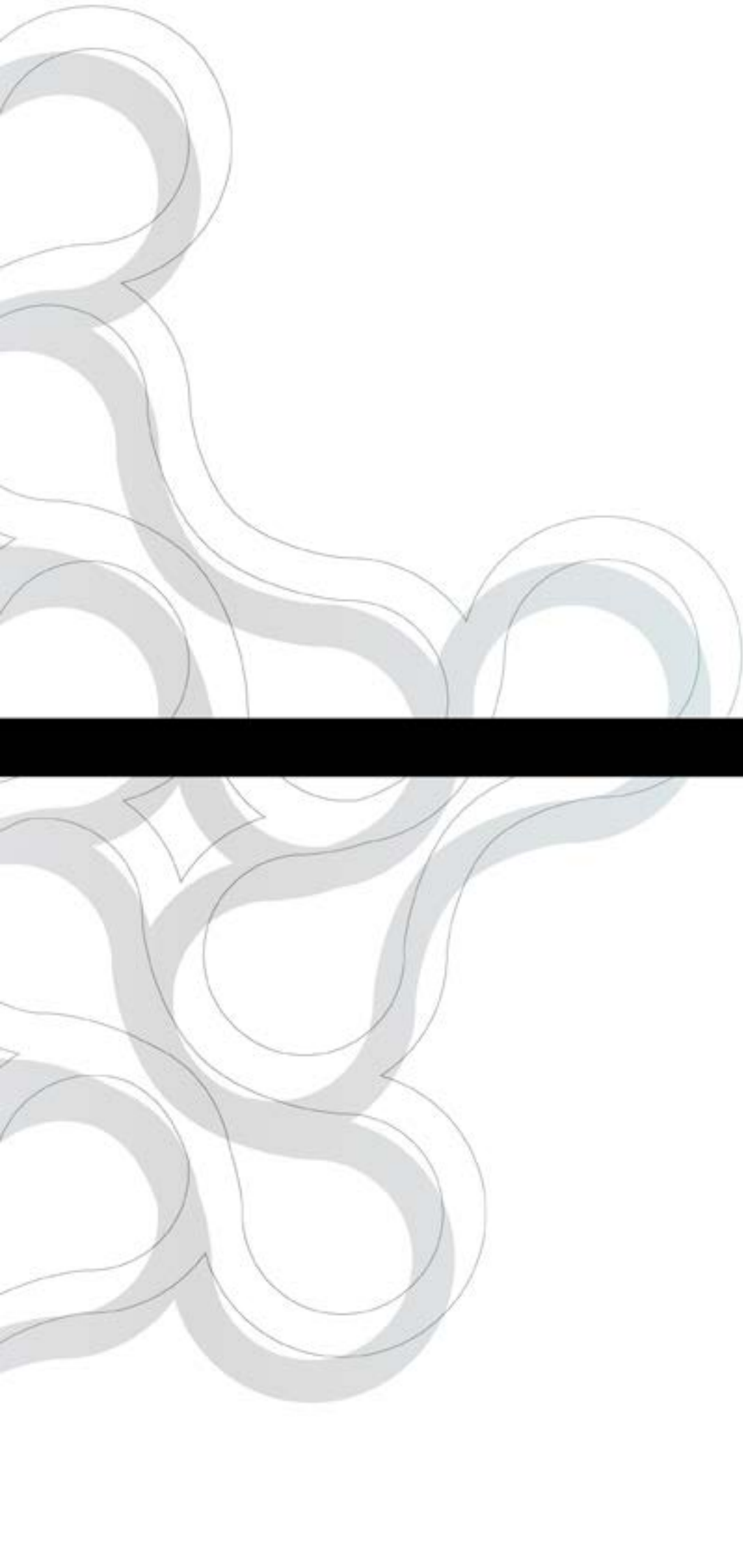
LAURENT, É., en *Sujeto, goce y modernidad I. Fundamentos de la clínica*. Buenos Aires, 1995.

LAURENT, É.: *Tres observaciones sobre la toxicomanía*, publicado en este volumen de *Pharmakon Digital*.

El Yeti: el abominable hombre de las nieves. [N. del entr.]

MILLER, J.-A. y otros, *Psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*, capítulo “Psicosis ordinarias y toxicomanías” de Fabián Naparstek, pág. 41: “Se trata de la idea que la droga permite romper con el falo. Subrayo el permite porque deja abierta la posibilidad de que lo logre o no lo logre, y no quiere decir que ocurra siempre”. [N. del entr.]

MILLER, J.-A. “Para una investigación sobre el goce autoerótico”, en *Pharmakon Digital* 2, 2016.



 PHARMAKON

CLÁSICOS

TRES OBSERVACIONES SOBRE LA TOXICOMANÍA

THREE OBSERVATIONS ON DRUG ADDICTION

Éric Laurent (Paris, Francia)

Analista Miembro de la Escuela (AME) de la École de la Cause Freudienne (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Analyst Member of the School of ECF and WAP

Resumen: “La utilización de tóxicos lleva a pensar que puede haber producción de ruptura con el goce fálico, sin que haya, por lo tanto, forclusión del Nombre-del-Padre. Esa es la consecuencia de la tesis, sostenida hasta el extremo, que el tóxico no existe, o que la toxicomanía no es un síntoma”.

Palavras-chave: Goce fálico, goce uno, toxicomanía, psicosis

Abstract: “The use of drugs leads us to think there may be a break with the phallic jouissance, without forclusion of the Name-of-the-Father. It’s the consequence of the thesis, sustained to an extreme, that the toxic doesn’t exist, or that drug addiction is not a symptom”.

Keywords: Phallic jouissance, one jouissance, drug addiction, psychosis

Cuando hablamos de toxicomanía, transportamos con ese término una clínica de otra época, la de las monomanías de Esquirol. Sin embargo no debe ocultarse que uno se sitúa hoy en un contexto enteramente nuevo, por cierto próximo, como lo recordaba Demoulin, de aquello que Freud ha visto surgir bajo sus ojos, pero que sin embargo ha cambiado de escala.

Estamos en efecto en un contexto donde una de las potencias más eficaces y la más empírica del mundo, los E.E.U.U., ha declarado una guerra total a la droga, y donde un pequeño país, Colombia, se encuentra en las manos, prácticamente, de un cierto número de traficantes. Lo que no ha sucedido en Europa, en Sicilia, más precisamente, entonces no tan lejos de nosotros, es decir que un estado esté bajo la férula de una banda de malhechores, está en vías de suceder allí. Al punto que este pequeño país, ha exportado él solo lo mismo que toda América Latina menos Brasil, únicamente exportando su tóxico.

Es decir que cuando hablamos hoy, hablamos de una escala fenomenal, jamás vista en la historia, es lo que hace que el contexto sea enteramente nuevo. Vemos publicaciones como el muy razonable *The Economist*, una publicación conservadora, por su liberalismo económico, abogar fuertemente por la legislación de la droga, simplemente porque sus redactores son consecuentes con sus principios. Su principio, es que un tóxico logre ser identificado absolutamente con las leyes del mercado y que se pueda negociar ahora según estas leyes, es decir hacer declinar el beneficio tendencioso, por lo tanto hay que legalizarla para que la droga no reditúe más nada a nadie. Y es la única forma de reducir los daños. Estas proposiciones fueron hechas hace seis meses [*], por primera vez, en el curso de una serie de grandes apuestas sobre este punto.

Es un dato. Un dato, en la medida en que por primera vez en la historia una sustancia tóxica logra identificarse perfectamente con las leyes utópicas de un mercado, lo que ninguna droga legal hasta aquí ha logrado, ni el alcohol, ni el tabaco, que son perfectamente controlados por el estado. La forma “estado” ya sea en el Antiguo

Mundo o en el Nuevo, ha controlado, con legislaciones bastante estrictas, la cantidad de la producción. Aquí en Europa, sabemos que los excedentes de alcohol son un tema que se resuelve muy apaciblemente y que no ocasiona ningún desborde del Estado. Es pues un dato que introduce al estupefaciente en un orden donde Freud no lo ha visto desencadenarse.

En su enseñanza, uno no puede decir que Lacan haya considerado que el psicoanálisis tenga mucho que decir sobre la droga, porque en el fondo, recorriéndolo de arriba a abajo, no hallamos más que algunas frases, pero nos da de todas maneras en los años 70, esta indicación mayor: “la droga, única forma de romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipi”; decimos: con el goce fálico. Es una indicación preciosa.

Además ella apoya, creo, toda una reflexión que muchas personas que se ocupan de toxicómanos han hecho, considerar que la toxicomanía no es un síntoma en el sentido freudiano y que la toxicomanía no es consistente. Nada, en la droga, nos introduce a otra cosa que un modo de ruptura con el goce fálico. No es una formación de compromiso, sino una formación de ruptura. Esta abre el problema de cómo escribir la ruptura con este goce fálico. ¿La escribiremos Φ_0 ? Y ¿cómo vamos a determinar, diferencialmente, si se trata de un nuevo modo de goce o más bien de un agujero de goce?

Efectivamente, esta expresión de “ruptura con el goce fálico”, Lacan la introduce también para la psicosis -donde él anota Φ_0 como consecuencia de la ruptura, ruptura de la identificación paternal, decía Freud, y para Lacan, de la función de los Nombres del Padre, que escribe P_0 . En el lugar donde los Nombres del Padre producen la significación fálica de lo que es dicho, tenemos en la psicosis esta dupla de términos: $P_0 - \Phi_0$, al respecto Lacan se pregunta, en un momento dado, si uno implica necesariamente el otro, o si puede haber uno sin el otro.

Para la psicosis no sé. Pero, seguramente la utilización de tóxicos lleva a pensar que puede haber producción de esta ruptura con el goce fálico, sin que haya por lo mismo forclusión del Nombre del Padre. Esta es por otra parte la consecuencia de la tesis, sostenida hasta el extremo, que el toxicómano no existe, o que la toxicomanía no es un síntoma.

La tesis de Lacan a propósito de la toxicomanía es pues una tesis de ruptura. Su breve observación, en ese sentido, por breve que ella sea, es sin embargo una tesis que compromete profundamente toda su teoría del goce, así como la del lugar del padre y el porvenir del Nombre del Padre en nuestra civilización.

Al contrario, en contrapunto, digamos, de esta ruptura, haré notar que me ha ocurrido encontrar toxicómanos psicóticos. He ahí gente que no se presenta bajo el modo “yo soy toxicómano”. Ellos son otra cosa, aún si como otros, toman un cierto número de tóxicos. He encontrado uno en un hospital, él estaba allí por un “asunto de familia”. El hace notar que la cuestión en su familia era la herencia. Como era una familia campesina, él repetía todo el tiempo “la cuestión son las tierras” (les terres). Y este hombre era eterómano. Allí está claro que el goce de la sustancia, el eter (l’ether), que se escribe de otra manera, el ether que él inhalaba, venía al lugar, era el retorno en lo Real de ese goce extraído del Nombre del Padre que era para él la herencia de las tierras.

Otro sujeto, alucinado, transportaba la droga en una cantidad de circuitos, era paranoide, entonces perfectamente adaptado al medio de los traficantes, hay que decirlo. El se sentía perseguido permanentemente y, efectivamente, él era seguido por la policía desde hacía dos años. El gran recuerdo que tenía de su padre, un

imprentero, muerto cuando él era joven, era la imagen de su padre rodeado de un polvo blanco que dejaba el papel recientemente cortado por la máquina de triturar. Tenemos el mismo fenómeno que en el primer caso: en el lugar de un rasgo de identificación al padre, un goce en lo real. El también se rodeaba de un polvo blanco, otro, uno que permite no identificarse pero sí gozar.

Digo que este ejemplo es a contrario porque estos dos sujetos no son para nada toxicómanos. Ellos forman seguramente parte de las manías de Esquirol, las monomanías -son delirios parciales-, pero seguramente no son toxicómanos. El goce en ellos está perfectamente limitado, y más aún, ellos escapan a las leyes del mercado. Porque ellos quieren algo preciso. Mientras que la mayor parte de aquellos que llamamos “toxicómanos”, justamente no quieren una cosa precisa. Es lo que constituye el drama, aparentemente, de la aduana y de la policía, porque según las llegadas de mercancía, según las zonas de producción, un tóxico llega en reemplazo de otro, en todo caso, en la muy larga familia de derivados de los opiáceos y de la cocaína. Ha bastado que en Medellín se invente el “crack” para que tres meses después sea este producto el que imponga la ley sobre el mercado de Los Angeles.

Aparentemente aquél que se entrega a los estupefacientes es indiferente a lo que toma. Toma lo que hay. No asistimos en este dominio a reivindicaciones sobre el tema “Dennos nuestra droga de antes”. No es como la Coca Cola, cuando uno la cambia, una asociación de defensores de la Coca Cola clásica se levanta: “Dennos nuestra Coca Cola clásica”. Mientras que acá se toma lo que se presenta. Y es un drama, porque cuando la policía logra eliminar ciertos mercados abiertos, zonas de producción, otra se presenta inmediatamente, y en el fondo eso cambia. Esto de la idea justamente, que la ruptura con el goce fálico suprime las particularidades.

La primera consecuencia, entonces, de la pequeña frase de Lacan, es la ruptura con el goce fálico por fuera de la psicosis.

La segunda consecuencia que se puede sacar, es la de una ruptura con las particularidades del fantasma. Ruptura con aquello que el fantasma supone objeto del goce en tanto que incluye la castración. Es por eso que podemos sostener con mucha seguridad que el toxicómano no es un perverso. No es un perverso porque la perversión supone el uso del fantasma. La perversión supone un uso muy específico del fantasma. Mientras que la toxicomanía es un uso del goce fuera del fantasma, ella no toma sus caminos complicados del fantasma. Es un cortocircuito. La ruptura con el “pequeño-pipí”, como dice Lacan, tiene como consecuencia que se pueda gozar sin el fantasma.

Es por lo que *The Economist* ha querido legalizar la droga, no parece que se puedan esperar maravillas de una medida parecida. Porque para legalizar haría falta que el sujeto estuviera preocupado por el hecho de que sea legal o ilegal. No creo para nada, si tomamos como definición de la toxicomanía “el uso del estupefaciente es la ruptura con el goce fálico”, que se pueda sostener que lo ilegal sea una atracción para el toxicómano en tanto que tal. Para ciertos toxicómanos puede ser. Esto interesa seguramente a aquel que vende su sustancia porque esto permite aumentar el precio, pero el toxicómano ha sobrepasado el punto donde “legal” e “ilegal” quieren decir algo.

Cuando en el Seminario sobre la Ética del psicoanálisis el Dr. Lacan dice “sólo la Ley nos vuelve desmesu-

radamente pecadores”, ello supone que aquél que es desmesuradamente pecador, aquél que quiere serlo, aquel que se interesa en la transgresión, no quiere decir que haya roto con el goce fálico. Es incluso como suplencia de la inadecuación del órgano-simbólico que él se apoya en la Ley, para hacer de su goce peniano algo fálico. Y aún volviéndose desmesuradamente pecador, hacerse el objeto absoluto, si es perverso. Me parece que implica tomar en serio la observación en la que Lacan indica que él va más allá del Ideal.

Legalizar la droga no tiene como consecuencia más que querer tratar este flagelo social por las leyes del mercado. ¿Por qué no? Pero hay que reconocer que se limita sólo a eso.

Tercera observación: Me parece que se puede tratar la toxicomanía como el surgimiento en nuestro mundo de un goce uno. En tanto tal no es sexual. El goce sexual no es uno, está profundamente fracturado, no es aprehensible más que por la fragmentación del cuerpo.

Mientras que allí se presenta como único. Y en este sentido, está seguramente el porvenir. La relación de nuestra civilización al goce se va a jugar alrededor de este punto.

Interrogado en 1973 sobre las cuestiones preocupantes del porvenir, desde el punto de vista del psicoanálisis, Lacan, en Televisión, retomando por otra parte lo que había dicho en las conclusiones de un congreso sobre la infancia alienada, señalaba que aquello que le preocupaba era el crecimiento del racismo. En 1973, esa podría parecer una consideración estrictamente inactual. No existía el “fenómeno Le Pen”. Nuestros pensadores despertaban apenas de la embriaguez del Mayo del '68. La orden del día la constituían tibias consideraciones sobre la liberación sexual y sus peligros. Grosso modo. Y Lacan hace oír este sonido discordante. El gran problema del porvenir sería ese.

Quince años después estamos infelizmente muy cerca de lo que él enunciaba. El enunciaba esto: que en nuestro universo de mercado común, no hay más que la forma “mercado” que unifica los goces incommensurables. El uno al otro. En el fondo eso que no soportamos en el otro, es un goce diferente del nuestro. Los ingleses reprochan a los franceses que comen ranas, resumiendo allí los siglos de enemistad y acuerdos cordiales también, los vietnamitas reprochan a los chinos que comen perros -es una injuria especialmente exquisita que resume ella también enemistades extremadamente sólidas. Uno no soporta el goce al que el otro tiene acceso, el goce de la rana, o el goce del perro.

Y las drogas han sido efectivamente, la introducción de goces exóticos sucesivos. La guerra colonial más paradigmática, la guerra del opio, ha sido la imposición por los ingleses a los chinos del opio producido en Bengala, a precios inferiores. Lo que ha provocado una epidemia de opio, un consumo fuera de todo límite, en China. Desde este punto de vista el haschich, los opiáceos y la cocaína son la integración del mercado único de los goces.

Y en el fondo sobre este mercado único de los goces, me parece que el estupefaciente, si se me permite este atajo, es la otra cara del racismo. El racismo, es lo insoportable del goce del otro. Y la forma “Estado” del discurso del Amo debe tratar de hacer como lo hizo el Imperio Romano, de hacer coexistir goces perfectamente diferentes. Cuando la religión devino teocrática es decir gobernada bajo la forma “imperio”, incluso la religión del Dios único lograba hacer coexistir goces diferentes.

Esta vía está cerrada. Como la forma “Estado” podrá hacer coexistir goces diferentes sin que se susciten estos fenómenos de odio racial, es la apuesta decisiva en la cual vivimos. Y bien, me parece, más allá de la forma “Estado”, es decir el mercado único, él, se coloca en la perspectiva, de un goce uno, más allá de estos goces diferentes. Es lo que hace, después de todo que un solo país pueda ser el productor de droga para el universo entero y producirla en cantidad suficiente: no hay ningún obstáculo industrial para esto, la cocaína puede ser producida en cantidad suficiente para satisfacer el consumo mundial.

En este sentido es seguramente otra forma del porvenir donde el psicoanálisis tiene algo que decir. Es cierto, pues que, como lo hizo notar H. Freda, es el discurso el que, más allá de la censura, intenta mantener al sujeto en la vía del deseo, única vía que puede tener a raya al goce.

Notas:

* Esta conferencia ha sido pronunciada en diciembre de 1988 en el marco del Campo Freudiano, en Bruselas.



TEXTOS TEMÁTICOS

LA MARCA DE LA AUSENCIA THE MARK OF THE ABSENCE

Ernesto Sinatra (Buenos Aires, Argentina)

Psicoanalista Miembro de la EOL y de la AMP. Fundador del TyA (1992) y de la Red Internacional TyA (1996). Co-Director del Departamento TyA. Presidente del VIII ENAPOL

Psychoanalyst Member of EOL and WAP, Foudrer of TyA (1992) and of TyA International Net (1996), Co-Director of TyA Department, President of the VIII ENAPOL

Resumen: Ernesto Sinatra ubica en el estado actual de la civilización al objeto droga como paradigmático. Da cuenta de cómo el empuje al goce de la época disfraza la reconocida voracidad del superyó. Resultando esto en la confrontación del individuo con la marca de lo imposible. Destaca la necesidad de precisar en el caso por caso la función del tóxico, que será localizada por medio de un circuito, en transferencia. En la especificidad de la psicosis nos brinda la formalización de un caso, arribada en un análisis. Lo que le brinda al analizante la posibilidad de contar con un artefacto sinthomático, que sea dique al goce mortífero.

Palabras clave: Droga, civilización, función del tóxico, superyó, goce, psicosis, artefacto sinthomático

Abstract: Ernesto Sinatra situates the drug object as paradigmatic in the actual state of civilization. He demonstrates how the push to jouissance disguises the recognized voracity of the superego. The individual is thus confronted with the mark of an impossible. He outlines the necessity of defining, in each case, the function of the toxic, under transference. A case of psychosis shows the possibility of counting with a symptomatic artifact, which contains the mortifying jouissance.

Key words: Drug, civilization, function of the toxic, superego, jouissance, psychosis, symptomatic artifact.

INTRODUCCIÓN: LO QUE NO SE PUEDE

Es harto evidente para todos, o al menos debería serlo, que las drogas condensan un objeto paradigmático del estado actual de la civilización: el mercado las produce como respuesta a la creciente insatisfacción de los individuos en sus condiciones de vida.

Lícitas o ilícitas, desde siempre ha habido drogas para exaltar y/o para anestesiarse, para excitar o calmar; incluso más recientemente hay drogas que se usan para enlazarse al otro, para sentirlo realmente, para poder alcanzarlo: de la fluoxetina al éxtasis, ellas prometen distintas formas de felicidad química para relacionarse con el semejante por medio de dosis repetidas, siempre al alcance de la mano del consumidor*.

Por ello, hoy más que nunca, en las cuasi infinitas ofertas de drogas hemos aprendido a localizar el uso singular que determina la elección de cada consumidor: el nombre de *función del tóxico* —que he aplicado desde hace ya mucho tiempo en nuestra red del TYA— designa este complejo proceso de selección que ha de ser preciso situar en cada análisis.

Es preciso destacar que, si bien tal estado de insatisfacción no es privativo del presente, el empuje al goce de la época disfraza la reconocida voracidad del super-yo —sostenido tradicionalmente en el “¡debes hacerlo!”— tras una suerte de discurso de auto-ayuda (es decir: autoerótico) que promete el “¡tú puedes hacerlo!”. Aunque éste no resulta menos devastador, ya que confronta al individuo con la grieta intrínseca del goce, marca de lo imposible que sella el destino humano de la no-relación sexual, y que provoca síntomas de las más variadas especies. No se trata de que *¡tú puedes!*, ni de que *¡tú no puedes!*, tampoco de que *tú deberías o no deberías*

hacerlo...es que la marca del no se puede está escrita en el cuerpo desnaturalizado de cada parlêtre afectando su modo de gozar.

UN CIRCUITO LOCALIZA LA FUNCIÓN DEL TÓXICO

Pero ¿qué ocurre en el campo de las psicosis cuando esta marca se ha ausentado?

Intentaré responder demostrando una secuencia extraída de un análisis a partir de cinco momentos, la que permitió apaciguar un empuje al pasaje al acto al localizar la lógica que determinaba el consumo y despejar la función del tóxico —al emplazar el circuito de goce bajo transferencia. Emplearé tal secuencia tan solo a dichos fines, sin adentrarme en la complejidad del caso.

1° - el triunfo

2° - un “sentimiento extraño”

3° - euforia

4° - erotización

5° - desencadenamiento del consumo

6° - el desenganche: la degradación del Otro

7° - la salida: el cuerpo “dice basta”

El *primer momento*: el triunfo —localizado a partir de un detalle y producido solo al final de la elaboración realizada— se produce cuando algo de cierta relevancia ocurre según lo deseado: por ejemplo, un éxito profesional; el *segundo* sitúa un efecto, un sentimiento extraño en el cuerpo, una respuesta ‘rara’ que lo conmueve, que afecta su cuerpo y que no puede nombrar y que solo luego de mucho tiempo en análisis, logra circunscribir en una frase: ‘¡Puedo todo!’; en el *tercer momento* logra identificar la sensación, la llama euforia, estado del cuerpo que el analizante se encarga de diferenciar de *alegría*: es la presencia de una agitación corporal irrefrenable, continua, que subsume lo extraño y la omnipotencia (consignados en los dos momentos anteriores); en el *cuarto momento* la euforia deriva en erotización y se resuelve habitualmente por la vía autoerótica frente a una pantalla combinada con una precisa condición fantasmática; empujando al *quinto momento*: el consumo, realizado siempre en soledad, aunque para conseguir la sustancia elegida realiza con frecuencia acciones temerarias, las que sostienen la erotización y encauzan la euforia. Ya desencadenado el consumo —especialmente de cocaína, en ocasiones combinada con alcohol— no puede parar.

Es así que arribamos al *sexto momento* en el que se produce el desenganche subjetivo. Allí la degradación del Otro adquiere un papel central, cifrando —con la anfibología del término— un doble movimiento: *a)* en el sentido del genitivo objetivo del término *degradación*, ya que perseguido por “el monstruo que me consume las entrañas” llega siempre al borde del colapso físico y mental atribulado por alucinaciones que se mezclan con pesadillas, retorna entonces el padre muerto para acusarlo de sus pecados lo que da lugar a delirios desencadenados por nimias situaciones del entorno que promueven en él signos inequívocos de la maldad inescrutable del Otro; en ellas está seguro de que será víctima de la brutal figuración asesina del Padre, al que acusa entonces de todos sus males, con todas las injurias imaginables**. Adviene entonces: *b)* la presentación genitiva-subjetiva de la degradación, ya que luego de la furia inicial es arrasado por un sentimiento de culpabilidad que lo deja

sumido varios días encerrado, llorando, sin alimentarse y deseando la muerte, aunque sin animarse a buscarla activamente.

La salida siempre es igual, ocurre en el *séptimo momento* en el que la devastación amenaza con aniquilarlo, literalmente. Su frase: “no lo digo yo, es mi cuerpo”, lo empuja a dejar de consumir, en un estado de perplejidad y desesperación. Aunque, debido a la iteración del circuito, cada vez se halla más reducida su capacidad de lograr la salida.

La complejidad de este recorrido pudo ser localizado a partir de que un día, inmerso en plena degradación, decidió con extrema dificultad interrumpir el consumo para ir a su análisis; ya en la sesión, y mientras intentaba dar cuenta de la satisfacción que le producía el consumo, produjo un lapsus —en realidad una formación neológica. A partir de ese instante pudo con ella, no solo nombrar el circuito de goce que lo consumía sino —y muy especialmente— contar con una herramienta para acceder a una salida (el *séptimo momento*), más acá de la insuficiente respuesta del cuerpo, único límite con el que contaba hasta entonces, y que se hallaba a esa altura seriamente comprometido.

EL VALOR SINTHOMÁTICO DE UN NEOLOGISMO

Tempranamente, en el inicio de las entrevistas preliminares, fueron alojadas y tratadas interferencias parasitarias que producían frases interrumpidas que lo llevaban al mutismo, determinadas por una intercepción mental reprobatoria. El resultado fue un alivio que dio acceso al análisis, ya que el sujeto se hallaba afectado por una sólida transferencia negativa a su anterior analista —y al psicoanálisis, por ende.

Se desprende que la *función de la cocaína* habilitaba un lábil deseo sexual no articulado suficientemente al goce fálico y resuelto por la vía masturbatoria —su única vía de resolución sexual— cifrando así su fulgurante y paroxístico *éxito*; función que fracasa en un segundo momento por una nueva irrupción del Padre real*** que vuelve a dejar las cosas en el lugar en el que estaban antes del consumo.

En el campo de las toxicomanías estamos habituados a recibir individuos que padecen el furor maníaco del consumo; la particularidad en este caso es que evidencia —lo que podríamos llamar— un *pasaje al análisis* reforzado por un significativo *prêt-à-porter*, neologismo producido bajo transferencia y que permitió a un sujeto contar con un artefacto *sinthomático* para intentar —al menos— desbastar el goce de un circuito mortífero, determinado por la marca de una ausencia.

NOTAS

* Aquí el empleo del término mano no es inocente, ya que hace referencia al autoerotismo.

** Se situaba así el delirio en su *père-version*: el padre como el que lo habría inducido a drogarse, pero también el que le impediría (¡aún muerto!) conseguir la droga.

*** La manifestación del odio al padre era tan intensa que no podía dejar de injurarlo a pesar de saber perfectamente que el padre no era el culpable de lo que a él le sucedía, de lo que él no podía hacer...especialmente porque estaba muerto.

TOXICOMANÍAS Y PSICOSIS

DRUG ADDICTIONS AND PSYCHOSES

Antônio Beneti (Belo Horizonte, Brasil)

Psiquiatra y Psicoanalista. Analista Miembro de la Escuela (AME), Miembro de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Psychiatrist and Psychoanalyst. Analyst Member of the School (AME), Member of the Brazilian School of Psychoanalysis (EBP) and the World Association of Psychoanalysis (AMP)

Resumen: En este artículo el autor interroga la posibilidad de que la toxicomanía se constituya de dos maneras. La primera, como *sinthome*, como cuarto término del nudo borromeo, que anuda las dimensiones de lo simbólico, lo imaginario y lo real, impidiendo el desencadenamiento de la psicosis. Y la segunda, como CMB (*compensatory make-believe*), menos eficaz.

Palabras clave: toxicomanía, psicosis ordinaria, *sinthome*.

Abstract: In this article the author questions the possibility that drug addiction takes two forms. The first, as *sinthome*, as the fourth term of the borromean knot, which ties the dimensions of the symbolic, the imaginary and the real. And the second, as CMB (*compensatory make-believe*), less effective.

Keywords: drug addiction, ordinary psychosis, *sinthome*.

En lo cotidiano de la clínica psicoanalítica contemporánea recibimos cada vez más psicóticos ordinarios y jóvenes usuarios de drogas. En realidad, «van de la mano».

Hace exactamente 20 años, en 1997, en el II Congreso de la EBP-CF/AMP, en Salvador (Bahía), presentamos un trabajo titulado *Toxicomanía: ¿solución psicótica contemporánea?* La interrogación del título apuntaba a una hipótesis a ser investigada a lo largo de los años en nuestra clínica psicoanalítica. Allí postulábamos que esa solución psicótica había «venido para quedarse» y representaba una «autoprevención» contra el desencadenamiento delirante. Porque esos psicóticos – cuando en el «tratamiento del goce por la palabra» se desencadenaban al reducir el consumo o al alcanzar una abstinencia total – lo que revelaban era la forclusión localizada del Nombre-del-Padre. Sin embargo, muchos de ellos continuaban con el consumo de drogas, sin desencadenar un cuadro psicótico delirante.

Comenzamos el trabajo clínico con el psicoanálisis en ese campo en 1983. Estábamos ahí en la primera enseñanza de Lacan, la del «inconsciente estructurado como un lenguaje», el de las estructuras clínicas. Concebíamos la toxicomanía como una modalidad de goce posible de hacerse presente en todas las estructuras clínicas, como un goce cínico, autoerótico. En 1997, con ocasión del ya citado Congreso, iniciábamos un trabajo considerando la última enseñanza de Lacan, en la aplicación de la topología del nudo borromeo.

¿Qué tenemos, entonces, hoy, a partir del último Lacan, del inconsciente en tanto ser hablante y del *sinthome*? ¿El *sinthome*, como cuarto término del nudo borromeo, que anuda las dimensiones de lo S, I y R, podría ser la toxicomanía? Creemos que sí. Si añadimos a esto la forclusión generalizada y la categoría operativa de las psicosis ordinarias, como nos propone Jacques-Alain Miller en su texto *Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria* (Miller, 2012, p. 399-427), encontramos allí la «triple externalidad» (social, corporal y subjetiva).

Nos resta investigar «un desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto» (Lacan, 1998, p. 537-590).

Un desorden «más allá del orden simbólico regido por el Nombre-del-Padre». «El desorden se sitúa en la manera en que experimentan su cuerpo y en el modo de relacionarse con sus propias ideas». El desorden se sitúa a través de esa «triple externalidad».

¿Cómo localizamos la toxicomanía ahí? En el texto de Miller, en la externalidad social llama la atención la cuestión del desajuste con relación a una identificación social, un desenganche, una desconexión, yendo de una desconexión social a la otra, desconectándose del mundo de los negocios, de la familia, etc. Ese es un trayecto frecuente en los esquizofrénicos y en los consumidores de crack, por ejemplo. En realidad, estos consumidores se excluyen de los lazos sociales y se incluyen a través de la asistencia social localizada en el campo del Otro.

Otra externalidad, la corporal, también podemos pensarla con los toxicómanos. Miller nos dice que el sujeto no es un cuerpo. Tiene un cuerpo. En las psicosis ordinarias, en esta externalidad, el desorden más íntimo es esa brecha en la cual el cuerpo se deshace y el sujeto es llevado a inventar para sí lazos artificiales para apropiarse del cuerpo, para «prender» su cuerpo a él mismo. Como un «clip» para sostener el cuerpo. Escribimos una vez sobre la función del tatuaje y la fuga del cuerpo (Beneti, 2015). ¿No podríamos pensar en las aplicaciones hormonales inyectables, las llamadas «bombas», modelando, atando, haciendo un cuerpo que podría «deshacerse»? ¿No serían invenciones psicóticas?

En cuanto a la externalidad subjetiva, el signo más frecuente en el psicótico ordinario, como nos propone Miller, es el de la experiencia de vacío, de vacuidad, de vaguedad, de naturaleza no dialéctica. En este caso, encontramos una fijación especial de ese índice. Incluso una fijeza de la identificación real con el objeto *a* como desecho, llevando al sujeto a transformarse en un rebote, degradándose a sí mismo hasta el punto más extremo, realizando el desecho sobre su persona. ¿No podríamos pensar aquí en una «melancolía crackeana»? Una hipótesis...

Miller nos orienta en este texto en tanto si no encontramos la posibilidad de diagnósticos seguros, precisos de una neurosis, y si pensamos en una psicosis encubierta, entonces deberíamos pensar en las psicosis ordinarias. Donde debería haber el Nombre-del-Padre tendríamos un CMB (*Compensatory Make-Believe*), un hacer-crear compensatorio del Nombre-del-Padre. Y, además, deberíamos buscar en la psiquiatría clásica y el psicoanálisis de qué formas clínicas psicóticas, diagnósticas, se tratan.

Podríamos entonces preguntarnos, cuando estamos ante sujetos toxicómanos en la clínica, si estaríamos ante sujetos psicóticos. ¿La toxicomanía se presentaría como solución psicótica contemporánea?

Una «dependencia química», un «goce toxicómano» ¿se presentaría como la «punta de un iceberg» (efecto de un CMB) cabalgando sobre la base del iceberg, en una estructura psicótica? ¿O un «sinthome», como cuarto término que anuda un simbólico «fugitivo»?

Traducción del portugués: Estefanía Elizalde

Referencias Bibliográficas:

MILLER, J.-A. “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria”, en *El caldero de la escuela*, n. 14, año 2010.

LACAN, J. “De una cuestión premilinar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En: *Escritos 2*. México: Siglo XXI, 2009.

BENETI, A. “Tatuaje y fuga del cuerpo”. En: *VII Enapol El imperio de las imágenes*. 2015. Disponible en: <http://oimperiodasimagens.com.br/pt/faq-items/tatua-gem-e-fuga-do-corpo-antonio-beneti/>

LO ORDINARIO: EN EL CAMPO DE LA PSICOSIS Y EN EL CAMPO DE LA TOXICOMANÍA

THE ORDINARY: IN THE FIELD OF PSYCHOSES AND IN THE FIELD OF DRUG ADDICTION

Liliana Aguilar (Córdoba, Argentina)

Analista Practicante de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Co-responsable del departamento del TyA Córdoba - CIEC

Practicing Analyst of EOL and WAP, co-responsible of the TyA Córdoba department – CIEC.

Resumen: La psicosis ordinaria abre un campo de investigación que incide, como no podía ser de otra manera, en el campo de la toxicomanía conmoviendo la clásica función que solía cumplir la toxicomanía en la psicosis. La toxicomanía, por su lado, se ha generalizado evidenciando una nueva relación con las drogas que se caracteriza por una modalidad de consumo que podríamos ubicar como “episódica”.

Palabras claves: Psicosis ordinaria, toxicomanía generalizada, consumos episódicos.

Abstract: The ordinary psychoses opens a field of research that affects the field of drug addiction, touching the classical function drug addiction complied in psychoses. Drug addiction has become generalized, and makes evident a new relation with drugs characterized by an “episodic” way of consumption.

Keywords: Ordinary psychoses, generalized drug addiction, episodic consumption.

El campo de investigación que abre lo que Jacques-Alain Miller ha denominado “la psicosis ordinaria” nos ha llevado a sostener una serie de generalizaciones: la generalización del NP, la forclusión generalizada, todos estamos locos, etc. Por otro lado, el campo de investigación que abre lo que en el TyA venimos ubicando en relación a las nuevas modalidades de consumo nos ha llevado a considerar otras generalizaciones más: la toxicomanía generalizada, el todos adictos y también, tal como lo formulara Sergio Laia, la generalización de la ruptura del casamiento con el falo, tesis que hasta el momento era paradigma y patrimonio de la toxicomanía. De pronto, eso que era lo más propio de la psicosis se vuelve común a todos y de pronto eso que era lo más propio de la toxicomanía también se vuelve común a todos. Ambas, psicosis y toxicomanía, entran en el terreno de lo ordinario y al hacerlo ya no son exactamente lo que eran. La psicosis ordinaria es psicosis, eso no está en duda, lo que cambia notablemente es el modo en que se presenta. El detalle, los signos discretos se vuelven hoy en día una referencia clínica ineludible.

Uno de los efectos de la psicosis ordinaria fue el hecho de despegar la paridad psicosis-locura y la paridad neurosis - normalidad. La psicosis se equiparaba a la locura porque la respuesta del sujeto al agujero forclusivo se reparaba, por lo general, a partir de la metáfora delirante, tal como lo muestra el paradigma de la psicosis que Freud y Lacan encuentran en Schreber. Luego, a medida que el privilegio de lo simbólico pierde exclusividad para tramitar el goce, es decir, que se pone un poco en cuestión el poder limitador del orden simbólico sobre lo real del goce, la perspectiva del sinthome, como ese arreglo singular de cada quien, toma relevancia y el delirio se generaliza: somos todos delirantes. La novela, el fantasma, las ficciones son todas defensas “delirantes”

frente a lo real. Por otro lado la neurosis equiparada a la normalidad, se deducía del hecho de considerar al Edipo, a la metáfora paterna, como el fundamento de la realidad común, y al falo como la norma que se deduce de esa realidad común. Pero esto ya no resulta sostenible cuando la norma fálica ha perdido la hegemonía de su tradición al encontrarse incluida como una más entre otras soluciones para orientar el goce. A partir de entonces se hizo evidente cómo, por ejemplo, algunos normales a ultranza, esos que manifiestan una excesiva e inalterable normalidad, podían ser psicóticos y cómo, por la contraria, se podían cometer grandes locuras en el terreno de la neurosis.

Lo que podríamos llamar desde esta perspectiva la toxicomanía ordinaria también ha tenido sus efectos. Puso en evidencia hasta qué punto la declinación del NP alteró la institución del matrimonio, llegando a conmover uno de los casamientos más firmes, el del sujeto con el falo. Esto nos deja frente a una única salida, una relación más estrecha y más exclusiva con el objeto. Si bien Freud, a su manera, y luego Lacan, no dejaron de advertir hasta qué punto esta relación del sujeto con el objeto es lo que comanda, es determinante, de hecho el fantasma fundamental es una de las pruebas de ello, lo que se agrega ahora con la generalización de la ruptura del casamiento con el falo es que el falo ya no estaría más allí para darle una cierta localización, un cierto calce a esa relación, por ende podemos hablar de una relación más descalzada con el objeto.

Ahora bien, preguntémosnos: ¿lo ordinario, de la psicosis y de la toxicomanía, con sus consecuentes generalizaciones y con sus efectos en nuestra manera de leer los síntomas, conmueve la clásica relación entre toxicomanía-psicosis en donde la primera podía cumplir una función de suplencia para la segunda? Esta función clásica, en tanto clásica, sigue vigente. Lo clásico, a diferencia de lo viejo o de lo pasado, es ese elemento anacrónico que queda fijo mientras lo otro va y viene. Lo que no se puede negar es que a la hora de intentar localizar la función específica que tiene la droga para cada sujeto -lo cual es algo así como una declaración de principios en el TyA- en la actualidad, frente a estas nuevas modalidades de consumo, resulta un poco más complejo. Asistimos a una nueva relación con las drogas que se caracteriza por una modalidad de consumo que podríamos ubicar como “episódica”. A diferencia de la toxicomanía clásica que se caracteriza, más bien, por consumos fijos y constantes, fijos porque por lo general se casan con un mismo objeto y constantes porque suelen ser crónicos, en los actuales no hay fijeza muy específica en relación a determinada droga y no otra. Si bien el consumo puede ser masivo y desregulado, no supone necesariamente una dependencia, por ende tampoco podemos hablar de abstinencia. No encontramos la clásica historia de un consumo que va incrementando con el tiempo en cuyo horizonte está la muerte o la sobredosis. En estos casos, algunas veces, la muerte o la sobredosis puede darse desde el inicio. Tampoco encontramos la clásica identificación al significante adicto o toxicómano; tampoco, la historia que va de drogas menores a drogas mayores; menos aún, el lugar de marginación social que históricamente ocupó el consumidor de drogas.

En este sentido, un breve recorte del caso de Claudio viene al caso. Nos llevó un tiempo localizar los motivos que lo traían a la consulta. Él se explicaba las razones de todo lo que hacía en términos de “curiosidad”. Practicó muchos deportes, empezó algunas carreras universitarias, encaró los más variados proyectos laborales, transó con miles de mujeres, incluso algunas veces con hombres también, probó casi todas las drogas,

consultó las más variadas terapéuticas y todo “por curiosidad”. En una oportunidad se pregunta por el amor, le gustaría enamorarse alguna vez, es casi lo único que no ha probado. Seguidamente habla de una chica que había conocido un tiempo antes de la consulta y con quién mantiene una relación desde hace un par de meses. No tarda en reconocer que se ha mantenido a resguardo del amor, incluso considera que una de sus grandes pasiones, la música electrónica y las fiestas electrónicas, tiene que ver, entre otras cosas, porque allí “puede amar sin enamorarse, puede transar con hombres sin ser puto, puede drogarse sin ser adicto”. Curiosamente hace un tiempo que viene perdiendo la cuenta del consumo de pastillas en las fiestas. Además, le pasa de quedarse parado desnudo frente al espejo, observándose el pene. “Una mujer, ¿te puede volver loco?”, se pregunta.

Este carácter episódico que se presenta como aparentemente azaroso -sin las marcas propias de la repetición aunque se trate de experiencias que se reiteran- se demuestra necesario en el estilo de vida actual. A contrapelo, el psicoanálisis da lugar a una lógica de la contingencia -que en este caso se abre a partir del encuentro con una mujer- para que eventualmente algo de otro orden se escriba.

Referencias bibliográficas:

Miller, J.-A. y otros, *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*, 1999, Bs.As, Ed. Paidós.

Miller, J.-A. y otros, *La psicosis ordinaria*, 2003, Bs.As, Ed. Paidós.

Armi, A. Esquè, X., “Las psicosis ordinarias y las otras. Bajo Transferencia”, Texto presentación del próximo Congreso de la AMP Barcelona 2018. <http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=congresos&SubSec=congresos&File=congresos.html>

Laia, S., “Chicos y chicas no son (aún) mujeres y hombres”. Conferencia dictada en el marco de una Noche de la Escuela en la EOL Sección Córdoba, Octubre 2016. Inédito. (Próximamente publicado en la Revista Mediodicho N° 43)

LAZO SOCIAL Y ADICCIONES SOCIAL LINK AND ADDICTIONS

Pierre Sidon (París, Francia)

Psiquiatra, psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Causa Freudiana (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Director del CSAPA UDSM Meltem en Champigny-sur-Marne.

Psychiatrist, psychoanalyst. Member of ECF and WAP, Director of CSAPA UDSM Meltem in Champigny-sur-Marne.

Resumen: Una clínica diferente entre el usuario ocasional y el adicto es una clínica continuista, del desamarre del lazo social, donde la adicción es la medida de cada quien en la era de la ciencia. Es al precio de restaurar el lazo social que se puede moderar, por añadidura, la adicción.

Palabras clave: adicción, lazo social, clínica continuista.

Abstract: A different clinic between the occasionnel user and the addict is a continuous clinic, unplugged from the social link, where addiction is the mesure of each one in the age of science. It's restauring the social link that we can moderate, en plus, the addiction.

Key words: addiction, social link, continuous clinic

Si la adicción es el exceso en la saciedad («la bulimia cuantitativa» [Gauchet, 2008]), esta ausencia de saciedad puede tomarse por sus dos extremos: sea por el exceso de oferta que entrapa al deseo por el *restyling* del objeto al infinito –sociedad de consumo–, sea por el defecto de borde que caracteriza a la pulsión en la psicosis *en tanto que estructura*. En ambos casos el lazo social que se deduce de ellos se halla afectado por una suerte de cortocircuito que caracteriza los modos de gozar contemporáneos: en lazo directo con la Cosa, pasan del lazo al Otro. Se desprende de allí una soledad relacionada con «el individualismo democrático».

Tocqueville distinguía individualismo «reciente y de origen democrático» de egoísmo antiguo: «amor apasionado y exagerado de sí mismo». También para Durkheim el individualismo, llevado a su lógica extrema, no produce individuos seguros de sí mismos, sino más bien «amenazados por la vida, la insignificancia [...] al punto de no saber quiénes son» (Gauchet, 2008), «anómicos». Según Lipovetsky, este período de paz y opulencia es «la era del vacío»: «El neo-narcisismo no se ha contentado con neutralizar el universo social vaciando las instituciones de sus investiduras emocionales, es también el Yo quien se encuentra en esta ocasión descabezado, vaciado de su identidad, paradójicamente por su hiperinvestidura» (Lipovetsky, 1983): «apatía *new look*». «Dios está muerto, las grandes finalidades desaparecen, pero a nadie le importa, he aquí la feliz novedad, he aquí el límite del diagnóstico de Nietzsche respecto del obscurecimiento europeo». Pero no se necesitaron más que algunos años para que el optimismo de Marcel Gauchet tuviera que ceder el paso ante el profeta de Weimar y su «depreciación mórbida de todos los valores superiores y faltos de sentido» (Gauchet): y asistimos al retorno furioso de lo religioso aspirado por este vacío de sentido, sentido religioso a menudo capaz por sí mismo de hacer refluir un sobrante de goce corporal. Cantidad de *impasses* adictivos, como comienza a testimoniar la experiencia clínica, se benefician así del sentido religioso que puede estar a su altura y llegar a substituirlos [Sidon, 2017].

Pues, esperando su eventual redención por medio del sentido, *este indiviso* ávido aspira potentemente las prótesis (químicas u otras) frenéticamente renovadas que la industria pone con caridad a su disposición (más de una droga nueva por semana en el mundo). Pero del egoísmo al individualismo hay una clínica diferente, cuantitativamente y cualitativamente: entre el usuario ocasional, recreativo, y el dependiente ruinoso. Es también una clínica continuista, clínica del desenganche del lazo social, que ve devenir al recreativo en adicto con ocasión de un exabrupto experimentado por el sujeto en su experiencia: encuentro o ruptura, pérdida o ganancia, promoción o dificultad profesional... El pasaje a la mencionada dependencia no se puede más que cuantificar: pues se trata de un pasaje progresivo que reemplaza todo interés exterior, toda investidura del lazo social por el consumo.

Este consumo, sea cual fuere el grado en que se lo sitúe en términos cuantitativos, contribuye, en su medida, a una estabilización de la relación del sujeto con el Otro, aunque sea mediante una separación casi completa de este Otro. Es una estabilización mortal, pero no es más que la asíntota de una tendencia, presente ya en la borrachera común —donde el consumo contribuye a mitigar el peso en el sujeto de su relación con el Otro, es decir, con este lugar donde se enuncia para él un cierto número de frases, incluso de comandos, que determinan su existencia en tanto ser hablante, es decir, hablado desde el inicio por el Otro—. Del comando del superyó inconsciente —pero no menos feroz— a la alucinación injuriante, la clínica declina todas las modalidades posibles de este lazo con el Otro que hace del hombre, entre todas las criaturas, la más desdichada y, por ello mismo, la más creadora —aun cuando el consumo deliberado de drogas esté testimoniado entre numerosos animales—. El hombre, intoxicado por la palabra —que Lacan consideraba como un «parásito lenguajero»—, tiene más necesidad que otros, para purificar su *Umwelt* infestado de palabras (Von Uexküll citado por Lacan en *Lituraterra*) y devenir individuo como los otros (cf. el discruso de los «Anónimos»), de ciertos derivados que Freud llamaba *Sorgenbrecher* («quitapenas» - [Freud, 1992]). La adicción es, pues, la medida del lazo social de cada quien en la era de la ciencia.

Por lo tanto, no es tan sorprendente que, cuanto más uno se ocupa de una práctica institucional con sujetos desamarrados, más uno encuentra lo que la psiquiatría llama «comorbilidad» o «diagnóstico dual»: se trata de la presencia de trastornos que pueden manifestar un diagnóstico de psicosis, delirante o de base, con alucinaciones o de tipo delirio sistematizado, muy frecuentemente con trastornos del humor asociados, mayormente depresivos, entre los sujetos recibidos o tratados en los dispositivos de una institución especializada en adicciones. Entre los 19 pacientes recibidos en 2016 en un Centro de Tratamiento que dirijo en los límites de París (10 plazas de tratamiento a tiempo completo), 9 habían sido tratados ya en institución psiquiátrica y 9 no habían tenido un tratamiento psicotrópico singularizado —teniendo en cuenta la comorbilidad psiquiátrica a partir de la cual se realiza la hipótesis de tratamiento a seguir—. En estas condiciones, la evaluación a la cual arribamos con el usuario nos conduce a discutir con ellos, casi constantemente, la utilidad de introducir psicotrópicos de tipo antipsicótico con el añadido eventual de reguladores del humor.

Pero hace falta largos meses para llegar a esto y también un cierto número de medidas sociales y de justicia: formación, reinserción profesional, invalidez, estatuto de adulto discapacitado, protección de bienes. La dura-

ción total del tratamiento en nuestra institución, contando a menudo el paso por alguno de sus sectores (centro residencial, departamentos, terapia y centro de día), asciende en general, para llegar a una estabilización duradera y a un realojamiento satisfactorio, entre 4 y 6 años en promedio. Es el tiempo necesario para restaurar un nuevo lazo social. Es a este precio que puede moderarse, por añadidura, el síntoma social que es la adicción.

Traducción del francés: Maximiliano Zenarola

Referencias Bibliográficas:

FREUD, S. "El malestar en la cultura". En: *Obras completas, tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

GAUCHET, M. <http://gauchet.blogspot.fr/2008/02/la-democratie-est-malade-de.html>

LIPOVETSKY, G. "La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo". Barcelona, Anagrama, 2000.

SIDON, P. "Raddictalisation express". En: Revista *Horizon*, 2017.

ROMPIENDO EL EFECTO DEL AFECTO BREAK THE EFFECT OF AFFECTION

Jean-Marc Josson (Bruselas, Bélgica)

Psicoanalista, Miembro de la École de la Cause Freudienne (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), Responsable del Alojamiento para crisis del Centro Médico Enaden, Profesor en la Sección Clínica de Bruselas.

Psychoanalyst, Member of ECF and WAP, Responsible for the Crisis Accommodation of Enaden Medical Center, Teacher at the Clinical Section of Brussels.

Resumen: La droga ayuda a romper el afecto, situado en la última enseñanza de Lacan como el efecto de un significante. Ubicarlo en cada caso orienta el acompañamiento.

Palabras clave: función de la droga, efecto del afecto, la orientación de la práctica

Abstract: The drug allows to break the affect, defined in Lacan's last teaching as the significant effect. To isolate it in each case orientates the follow up.

Key words: drug function, affect effect, practice orientation

La increíble definición del afecto dada por Lacan en su última enseñanza nos invita a reconsiderar, en el campo de lo que hoy se llama *las adicciones*, la función que puede tener para un *parlêtre* (*hablanteser*) el consumo de drogas o alcohol, especialmente en la psicosis.

Una función particular del consumo se puso en evidencia en la discusión del caso presentado por Sébastien Decamp en la última conversación del TyA en Bruselas.

El hombre en cuestión comienza a consumir en la cárcel para soportar –dijo– las intimidaciones, las amenazas y la violencia. Parece, sin embargo, durante su estancia en la institución, que más allá de éstas, él es objeto de una mala intención del Otro, de quien da una fórmula singular: busca deshacerse de él. Su consumo le permitiría amortiguar esta interpretación, que es para él una certeza.

Esta lectura es esclarecedora, pero, en mi opinión, inexacta. El consumo de este hombre no es un intento de tratar su certeza, sino el efecto producido por esta certeza en su cuerpo. Es un intento de hacer un tratamiento del afecto.

En 1973, Lacan presenta en *Televisión* lo que Jacques-Alain Miller llamó su «pequeña teoría de los afectos» (MILLER, 1986, p. 77).

Desde el principio, Lacan ubica el origen del afecto: «Que se me responda sobre este punto: un afecto, ¿tiene que ver con el cuerpo? Una descarga de adrenalina, ¿es cuerpo o no? Que eso perturba funciones, es verdad. Pero ¿en qué proviene del alma? ¿Es pensamiento lo que se descarga?» (LACAN, 2001, p. 524). El afecto tiene como origen el pensamiento, y no el cuerpo o el alma, «el uno del cuerpo» (REGNAULT, 2004, p. 132). El afecto viene del pensamiento, y va al cuerpo; él viene del pensamiento, de donde descarga, y va al cuerpo, en el que perturba las funciones.

Estas coordenadas son precisadas por Lacan un poco más adelante en el texto: «La simple resección de las

pasiones del alma [...] ¿no da testimonio ya del hecho de que para su abordaje se requiera pasar por ese cuerpo, del que digo que solo está afectado por la estructura?»; y continúa: «Indicaré por qué extremo se podría dar curso serio, a entender aquí como serial, a lo que en ese efecto prevalece del inconsciente» (LACAN, 2001, p 525). El afecto —y subrayo esta definición— es un efecto. Es un efecto del inconsciente, de la estructura, y solamente de ella, como lo indica el modo adverbial «no (otra cosa) que». Este efecto afecta el cuerpo. La seriedad de esta tesis es demostrada por Lacan a continuación en sus comentarios. Ella sostiene y esclarece las definiciones de la serie de los seis afectos que él aborda.

Lacan retoma esta estructura del afecto en *El fenómeno lacaniano* en 1974: «El afecto, ¿qué es? [...] ¿Cree que es eso que se revuelve en las tripas? ¿Qué revuelven? Revuelven palabras. No hay nada que afecte, como se suele decir, más que aquello que calificué como ser hablante» (LACAN, 2011, p. 26). El afecto es el efecto de las palabras —el ablativo en el enunciado de Lacan— y este efecto revuelve las tripas. Debido a que revuelve las tripas, el afecto hace del sujeto del inconsciente un ser hablante, es decir, un sujeto del inconsciente dotado de un cuerpo.

Las palabras que producen el afecto presentan dos particularidades. Por un lado, estas son palabras dichas: «El afecto está hecho del efecto de la estructura, de lo que es dicho en alguna parte» (LACAN, 2007, p. 11). Alguna parte, eso sería por el Otro: estas palabras serían dichas por el Otro. Por otro lado, eso que causa el afecto viene de *lalangue*: «Estos afectos son lo que resulta de la presencia de *lalangue*» (LACAN, 1975, p. 127). El contenido de los elementos que lo componen, el tono de voz, por ejemplo, implica que eso que produce el afecto no es necesariamente una palabra.

En 1999, Jacques-Alain Miller hace hincapié en una tesis que extrae de la última enseñanza de Lacan, donde reencontramos, enunciado a partir del significante, esta definición sin precedentes del afecto: «El significante no tiene solamente efecto de significado, sino [...] él tiene efecto de afecto en un cuerpo». Esta tesis se puede escribir en un matema, donde la flecha simboliza el afecto (MILLER, 2000, p 46.):

$S_1 \rightarrow$ cuerpo

El significante que tiene un efecto de afecto no es un significante S_1 articulado a un significante S_2 , sino un significante aislado, un S_1 solo. Este significante se ha de considerar como una variable, la variable de una función, la x de $f(x)$, como se dice en las matemáticas. En su lugar se puede escribir toda manifestación del inconsciente. Por lo tanto, el fantasma tiene un efecto de afecto: «[El] efecto [del fantasma «pegan a un niño»] no es un efecto de verdad. [...] Allí, al contrario, sostenemos que su efecto es un afecto» (MILLER, 2000, p. 59). El acontecimiento de cuerpo que define el síntoma en la última enseñanza de Lacan es un acontecimiento que tiene un efecto de afecto en el cuerpo. Un analista de la Escuela lo testimonia con precisión: en su caso, la «naturalidad» en «el tono de la voz de la madre» tenía un efecto de «dejar caer» (BOSQUIN-CAROTZ, 2014, p. 84) que lo inhibió.

El afecto es, entonces, el efecto de un significante en el cuerpo.

El caso presentado en el TyA no se construyó a la luz de esta conceptualización. Yo planteo, sin embargo, la hipótesis de que la certeza de este hombre es el significante que, en nuestro matema, tiene un efecto de afecto en el cuerpo.

Todos los elementos de esta pequeña estructura aparecen claramente en otro caso, escrito por Marie Vlayen para la última conversación de la Red 2 (una red de instituciones orientadas por el psicoanálisis), cuyo objeto de estudio era precisamente el afecto. El hombre en cuestión también está habitado por una certeza: lo van a atacar, quieren matarlo. Esta certeza aparece después de una agresión cuando tenía doce años: un joven de su pueblo lo empujó contra una cerca, «así, por nada», dijo. Esta agresión «echó a perder (su) vida». Esa certeza produjo lo que él mismo llama las angustias paranoicas: él tiene miedo de todo, miedo de los otros. Está constantemente angustiado, inclusive cuando está solo «todo el día, yo soporto, soporto». El afecto es omnipresente porque el significante no cesa de repetirse, de reiterarse (MILLER, 2011, p. 58).

Esto es lo que intenta tratar el consumo. Él apunta a anestesiarse o a reducir el efecto de afecto en el cuerpo que produce sin descanso el significante que se reitera. El consumo de drogas se convierte en toxicomanía cuando —esta es mi segunda hipótesis— él en sí mismo está *contaminado* por la reiteración implicada en el acontecimiento de cuerpo. Entonces, atrapado por esta repetición, el consumo se desboca. El hombre agredido, que había sido aplacado por el Xanax que su abuela le había dado después del ataque, ahora consume benzodiazepinas por cajas enteras.

Por último, cabe destacar que la función de la droga puesta en evidencia aquí no es otra cosa que lo que se puede deducir de la famosa definición que da Lacan de la droga en 1975. Lacan tira la moral del pequeño Hans de Freud, y concluye su desarrollo con esta proposición: «no hay otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño hace pipí» (LACAN, 2016, p. 21). La moral de Hans es que el niño y la niña están casados con sus colas, y que el matrimonio es una fuente de angustia. La angustia se produce cuando uno y otro se dan cuenta de su matrimonio: ese es el momento del descubrimiento del pequeño hace-pipí. Las cosas se complican aún más cuando se hincha el pene —«no hay otra cosa mejor para hacer falo» (Lacan, 2016, p. 21)—, es decir, cuando se mide el lugar del pequeño sujeto en el deseo del Otro. Aquí es donde las palabras, como las de la madre de Hans, lastiman y devastan. Romper el matrimonio con el pequeño hace-pipí significa romper el efecto de afecto de ese matrimonio. Esto es lo que hace la droga, y lo que continúa siendo su éxito.

Traducción del francés: Raquel Vargas

Referencias Bibliográficas:

- BOSQUIN-CARROZ, P. “Nouvel usage d’une fixation symptomatique”, en *La causa del deseo*, vol. 87, junio de 2014.
LACAN, J. Lacan, “Cierre de sesión de las Jornadas de Estudio de los carteles de la Escuela Freudiana de 1975”, en *Pharmakon Digital* 2, 2016.
LACAN, J. “El fenómeno lacaniano”, reimpreso de *Cuadernos clínicos Niza*, 1 de septiembre de 2011.
LACAN, J. “El Seminario, Libro XX, Aún”, Editions du Seuil, París, 1975.
LACAN, J. “Propos sur l’hystérie”, en *Quarto*, vol. 90, junio de 2007.
LACAN, J. “Televisión”, en *Otros escritos*, Editions du Seuil, París, 2001.
MILLER, J.-A. “À propos des affects dans l’expérience analytique”, en *Actas de la ECF*, 10 de mayo de 1986.
MILLER, J.-A. “Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo”, en *Causa freudiana*, vol. 44, febrero de 2000.
MILLER, J.-A. “Leer un síntoma”, en *Mental*, 26 de junio de 2011.
REGNAULT, F. “Passions dantesques”, en *La Cause freudienne*, vol. 58, octubre 2004.

LA ORFANDAD TOXICÓMANA

THE TOXICOMANE ORPHANHOOD

Irene Domínguez (Barcelona, España)

Psicoanalista, Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Coordinadora del TyA Barcelona

Psychoanalyst, Member of ELP and WAP, Coordinator of TyA Barcelona

Resumen: En el presente trabajo hacemos una distinción epistémica entre psicosis y toxicomanía a partir de la cual proponemos tres ideas para tener en cuenta en el abordaje clínico de las toxicomanías.

Palabras clave: forclusión, Nombre del Padre, sueño americano.

Abstract: In the present work we make an epistemic distinction between psicosis and drug addiction from which we propose three ideas to have in mind in the clinical approach of drug addictions.

Keywords: foreclosure, Name of the Father, American dream.

Robert de Niro, a través de un sueño inducido por el opio, protagoniza en *Erase una vez en América*, esta fabulosa historia que emula el surgimiento de un mito. Así, a lo largo de casi 4 horas, el film de Sergio Leone, despliega una hermosa metáfora del nacimiento del “sueño americano” contando cómo, una pandilla de niños huérfanos, en plena depresión de los años 20, llegaron a convertirse en un clan de temibles gánsteres. Orfandad y droga se reúnen para contar la quintaesencia de la historia de los Estados Unidos, que es también la cuna de nuestra contemporaneidad.

Toxicomanía y psicosis, en el seno del psicoanálisis lacaniano, no nadan en las mismas aguas. Si la psicosis es una estructura clínica, un concepto del diagnóstico estructural, distinto al del campo psiquiátrico, la toxicomanía, por su lado, no es un concepto psicoanalítico, sino un término tomado del campo del Otro, de la psiquiatría e incluso de la sociología. El psicoanálisis se interesa en ella, en tanto está inscrita en la cultura: es un *síntoma social* del malestar en la cultura, que aun no habiendo sido nunca un interés central de Freud o Lacan, mereció, por parte de ambos maestros, algunas consideraciones. Actualmente, y desde hace 25 años, la toxicomanía forma parte de los intereses de la clínica psicoanalítica de orientación lacaniana.

Tanto la psicosis como la toxicomanía presentan una casuística que abarca un amplio y gradual espectro, desde casos de una exquisita discreción, con presencia o no de alucinaciones, voces, delirios, experiencias corporales... hasta aquéllos que requieren de una internación.

NP Y TOXICOMANÍA

E. Laurent, en su texto *Tres observaciones sobre la toxicomanía* plantea que la tesis de Lacan respecto a la droga es una tesis de ruptura (Laurent, 1988 p.19). Así, la toxicomanía no es un síntoma, porque no es una formación de compromiso frente a lo sexual, sino, más bien una formación de ruptura con el goce fálico.

Efectivamente, cierta dificultad de la relación del sujeto con el falo y la castración, también lo encontramos

a nivel de la estructura psicótica, puesto que, según la tesis estructuralista, en la psicosis, la forclusión del NP conlleva la del falo: a P_0 le corresponde Φ_0 . J-A. Miller, puntualiza que hay que detenerse hacer la distinción entre toxicomanía y psicosis, puesto que podemos encontrar a Φ_0 , también por efecto del uso de la droga y no solamente como consecuencia de la forclusión del NP (Miller, 1989 p.18). Laurent dice que, en la toxicomanía, puede haber ruptura con el NP por fuera de la psicosis (Laurent, 1988 p. 19) La forclusión, entonces, es un efecto articulado a la estructura, pero no es exclusivo de ésta.

En este sentido J-A. Miller nos da una indicación muy valiosa: “la toxicomanía es menos una solución al problema sexual que la huida ante el hecho de plantearse ese problema” (Miller 1989, p.16). Una huida ante un problema no es una solución. Plantea más bien una postergación, una suerte de paréntesis, un *dejar en pausa*, mientras que en la psicosis, la manifestación de Φ_0 , da cuenta de una solución ante el problema de la sexualidad.

La última enseñanza de Lacan puso el énfasis en el uso del NP, más que en su tenencia, pudiendo el sujeto llegar a prescindir del padre, a condición de servirse de él. Ese uso es singular: cada cual va a tomar algunos elementos del NP al servicio de la construcción de su síntoma. En la toxicomanía, en cambio, el sujeto rehúsa hacer uso del NP para inventar un síntoma, y de este rechazo se derivan efectos forclusivos.

De igual modo que el neurótico, el sujeto psicótico, también usa el NP, aunque se trate de usar su ausencia. O, la invención de una suplencia ¿no podría pensarse como una producción de un uso de la ausencia del NP? Así, psicóticos y neuróticos, van a poner en marcha un *working-progress*, un *saber-hacer ahí* con el síntoma, vinculado a su referente estructural, se lo tenga o no.

En términos generales, la toxicomanía en tanto huida del problema de la sexuación, pone en *standby* el enfrentamiento con la problemática sexual, y eso produce un efecto de somnolencia de la subjetividad. Optar por la intoxicación frente al asunto sexual, instalará al sujeto en una “cotidianidad toxicómana”, una suerte de práctica rutinaria al servicio de un goce uno, en sustitución de la búsqueda de una solución de compromiso con la castración. El pensamiento queda anulado por una actividad para garantizar la presencia del tóxico y esquivar el vacío. Este “hacer”, claramente, imposibilita el acto. El coraje toxicómano no tiene ningún valor, porque no es un acto; por eso la dimensión de la mentira o la falta de autenticidad, forman parte del tiempo del feliz encuentro del sujeto con su droga.

Sin embargo, sabemos que los matrimonios felices fallan, también los de la droga. La toxicomanía es una práctica que tiene su frecuencia: sus momentos álgidos y sus resacas, y esa discontinuidad permitirá que, en un momento determinado, un sujeto se dirija a un analista. Si bien es posible, que, en un principio, el sujeto no plantee ninguna pregunta, no perdamos de vista que está allí corriendo el riesgo de que surja alguna. Empezar hablar, afectará su experiencia de goce de la droga: el fallo de su eficacia no tardará en hacerse sentir.

TRES IDEAS

Primera: un sujeto sumergido en la toxicomanía, es decir, alguien que cree tener la necesidad de consumir una sustancia, sólo se dirige a un analista, cuando esa relación ha empezado a fallar. Por tanto, si un sujeto viene hablarnos, hay que suponer el inicio del fracaso de su toxicomanía.

Segunda: en tanto los efectos de la droga producen también efectos de forclusión, habrá que afinar, en el discurso del sujeto, a qué apunta su enunciación. Un sujeto solo habla de su experiencia con la droga, en tanto se encuentra a cierta distancia de ésta. En las coordenadas de su iniciación al consumo, en el relato de sus condiciones de uso o abuso, podremos entrever y distinguir si dicha práctica constituía un tratamiento, o por el contrario, una huida en estampida.

Tercera: En un encuentro*, Antoni Vicens señalaba que si bien es cierto que la naturaleza misma del goce es pedir siempre más, que no existe un menos de goce, sin embargo, la idea de siempre “querer más” puede sugerir que hay una falta –falta inexistente en términos reales-, y quizás eso podría ser interrogado.

Sólo una vez despejada la neblina toxicómana sobre el ser, en la *hystorización* de ese fracaso, podremos entrever la estructura en juego, y prestarnos al servicio del sujeto para construir una solución que implique su verdad, lejos de los eslóganes que vende nuestro actual “mundo feliz”, producto de la extensión epidémica del “sueño americano”, fundado en esa renuncia a hacer uso del siempre desfalleciente Nombre del Padre.

* Intervención de Antoni Vicens en el encuentro SOL “*Ressons de la parla en el cos*”, CdC ELP Tarragona, 1 de Octubre de 2011.

Referencias Bibliográficas:

LAURENT, E. “Três observações sobre a Toxicomania.” In: MEZENCIO, M., ROSA, M., FARIA, M.W. (orgs.) *Tratamento possível das Toxicomanias... com Lacan*. Belo Horizonte: Scriptum, 2014. p. 19-26. Republicado en este número de Pharmakon digital.

MILLER, J-A. “Para uma investigação sobre o gozo autoerótico.” In: Pharmakon digital 2, 2016. Disponível em: http://www.pharmakondigital.com/ed002/classicos/pt/miller_pt.html

UN USO REGULADO DEL TÓXICO

A REGULATED USE OF THE TOXIC

Epaminondas Theodoridis (Atenas, Grecia)

Psicoanalista, Analista Miembro de la Escuela (AME) de la New Lacanian School (NLS) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP), Responsable por le TyA en Grécia, Docente del Colegio Clínico de Atenas

Psychoanalyst, Analyst Member of the School (AME) of the New Lacanian School (NLS) and of the World Association of Psychoanalysis (WAP), Responsible of TyA in Greece, Teacher at the Clinical College of Athens

Resumen: La posición melancólica que frecuentemente encontramos en la psicosis ordinaria, es ilustrada por el caso clínico de un sujeto toxicómano, cuyo uso regulado de la droga le permite seguir llevando una vida de apariencia normal.

Palavras-chave: toxicomanía, psicosis ordinaria, posición melancólica.

Abstract: The melancholic position that we often find in ordinary psychosis is illustrated by the clinical case of a drug addict whose regulated use of the drug allows him to continue to live a normal-like life.

Keywords: drug addiction, ordinary psychosis, melancholic position.

La relación entre la toxicomanía y la psicosis es un viejo debate entre los clínicos que no voy a abordar aquí. Es cierto que, en los casos graves, el uso de sustancias tóxicas por su efecto devastador borra las coordenadas subjetivas, pero propongo que el modo de uso y el rol de la droga en el funcionamiento subjetivo pueden alumbrarnos en cuanto a la estructura del sujeto. La psicosis ordinaria, introducida por Jacques-Alain Miller, es una categoría epistémica que nos puede guiar en el tratamiento de sujetos toxicómanos. Cuando no se trata de una neurosis o una psicosis desencadenada con sus fenómenos extraordinarios, delirio o alucinaciones, podemos entonces poner el diagnóstico de psicosis ordinaria. Esta es una clínica pragmática, de más-o-menos, de intensidad y de tonalidad, una clínica donde nuestros puntos de referencia son «pequeños indicios de la forclusión» (Miller, 2009, p. 49). Jacques-Alain Miller nos anima a buscar siempre «el desorden en la juntura más íntima del sentimiento de vida del sujeto» (Miller, 2009, p. 45) y desarrolla los tres registros, los tres factores externos en que este desorden puede manifestarse: externalidad social, corporal y subjetiva (Miller, 2009, p 45-47).

Entre los numerosos trabajos en el Campo Freudiano sobre la psicosis ordinaria, la problemática desarrollada por Sophie Marret-Maleval en su artículo *Melancolía y psicosis ordinaria* (Marret-Maleval, 2011, p. 248-257) me ayudó a hacer inteligible la lógica del caso que presento a continuación. Ella acerca el modelo de la melancolía a la psicosis ordinaria y argumenta que «la psicosis ordinaria a menudo enmascara una posición melancólica, lo que lleva a pensar el fondo melancólico de toda psicosis» (Marret-Maleval, 2011, p. 250).

EL CASO CLÍNICO

Es un hombre de cuarenta años que, siguiendo el consejo de su esposa, solicita una cura para poder parar el consumo de heroína porque va a ser padre. Comenzó a drogarse con cannabis ocasionalmente con amigos y

luego, justo después de la universidad, se dio a la heroína exclusivamente por vía nasal. La particularidad de su consumo, desde el principio, es la periodicidad. Se droga regularmente cada veinte días o dos meses, mientras que en el ínterin se abstiene. Sus padres nunca han sabido nada, él quería a cualquier precio mantener en sus ojos la imagen del niño amable y correcto.

Su padre, que murió hace dos años, le había encontrado un puesto en una empresa privada, sin ninguna relación con sus estudios. Allí trabaja durante doce años y por un breve período de tiempo lleva a cabo un puesto de responsable que le desagrada. Hace ese trabajo para ganarse la vida, se siente insuficiente, incapaz de ejercer el mínimo poder. Hijo único, tenía que vérselas con un Otro materno «autoritario, brutal, vulgar, de carácter explosivo, que no tenía noción de límite». Cuando era niño, su madre lo golpeaba y él se escondía o mentía para evitar el castigo. Incluso en el presente él describe a su madre como una hiena madre, intrusiva, que no para de pedir cosas para ella, «ella todavía me domina, me culpabiliza», dice. Su padre era un hombre culto, militante sindical, dinámico, pero, sobre todo, ausente de la vida familiar.

EL VACÍO EXISTENCIAL Y LA FUNCIÓN DE LA DROGA

Desde la primera sesión él explica que el consumo representa una interrupción en su vida cotidiana, «una ruptura con la realidad». Se trata de hacer algo diferente para sí mismo en soledad, para aislarse de su esposa, de su trabajo, de sus amigos. Un mes después del nacimiento de su hija y dos meses después del inicio de la cura pasa al acto, se droga para romper la repetición de la vida cotidiana y para llenar el vacío que siente con la sustancia. Ese vacío, «ese agujero no se llena, ni con mi hija, ni con el amor de mi mujer, ni con mi trabajo», dice. Para este sujeto que pasa su vida en apariencias para los demás como un buen chico la paternidad es una pregunta, él no sabe qué significa ser padre, «es un camino desconocido de mí», dice.

Desde niño se avergüenza de tomar la palabra por miedo al rechazo del otro. Se dice cobarde, tiene miedo de que el otro lo reprima, le pegue, es por eso que trata de ser amable o de pasar desapercibido. No tiene confianza en sí mismo, se siente inferior a los demás, «cedo en mis deseos, es el otro el que maneja las cosas», reconoce. Desde su adolescencia dos ideas vienen a él a menudo: ideas de suicidio y su temor de devenir vagabundo, indigente. Piensa en el suicidio como una manera de huir del peso de la existencia, salir del mundo, «de escapar de la banalidad de la vida cotidiana», que aplasta. Por «falta de valor y por miedo» él nunca intentó suicidarse, pero a veces, cuando su existencia se convierte en una carga y sus relaciones con los otros le pesan, recurre a la droga para romper todo lazo con el Otro. Si no se convierte en un adicto, en un vago, es porque no soporta esa degradación, que no se ajusta a la imagen ideal de buen chico que lo sostiene.

La idea de drogarse le viene principalmente, o cuando está en el trabajo en el momento de tensiones con su superior, o cuando se aburre: allí la necesidad de encontrarse solo se le impone. Son los momentos en que nada tiene sentido para él, se siente cansado de todo, no tiene ningún deseo, no siente gusto por la vida y cada día le parece ser un «cortar y pegar del anterior». Al mismo tiempo también el cuerpo se ve afectado, «me abandona, no tiene fuerza, me siento en proceso de apagarme», precisa. En estos momentos él no quiere ser molestado por nadie, lo único que quiere es «ser uno con la sustancia» y, por ende, llama a su dealer.

AUSENCIA SUBJETIVA Y FALTA RADICAL DEL DESEO

Es un sujeto muy lúcido sobre su posición en la vida que resume muy bien en estos términos: «No dirijo mi vida, más bien la aguanto, evito hacer las cosas, drogarse es una forma de evitar las cosas, de no hacer nada, es mi propia recreación, es romper con lo repetitivo donde me pierdo a mí mismo porque estoy ausente, allí falta el deseo». Su vida está marcada por esta falta fundamental de deseo. Él empieza algo con gran fervor y entusiasmo, pero a la menor dificultad abandona todo, por lo que «no me queda más que drogarme para castigarme, para disfrutar de mi posición de no valer nada», dice. Él sigue yendo a trabajar y ayudando a su esposa en la casa, pero esta última le reprocha ser indiferente, hacer las cosas mecánicamente como si estuviera obligado a hacerlas. Ella señala así su falta de deseo, el hecho de que él no asume subjetivamente todo lo que hace.

LA LÓGICA DEL CASO

Se trata, por lo tanto, de un sujeto que aparentemente tiene los rasgos de la normalidad —estudió, hizo el servicio militar, tiene un trabajo estable, creó una familia—, pero con un uso regulado y discreto de la droga. Sin embargo, las consecuencias de la forclusión del Nombre-del-Padre pueden identificarse en él. En primer lugar, hay una fijeza de sensación de vacío existencial. Está asimismo subjetivamente ausente de todo lo que hace, no encuentra sentido (externalidad subjetiva). No puede asumir su función social, ni dirigir su vida (externalidad social). Correlativamente, carece radicalmente de la dimensión del deseo y el sentimiento de la vida, le falta el atuendo fálico. No tiene ninguna consistencia física, su cuerpo lo abandona, él se «apaga» (externalidad del cuerpo).

Su relación con su madre nos muestra la separación imposible del Otro. Él se pone en el lugar del objeto del Otro quien es, esencialmente, un perseguidor. Su madre lo castigaba, lo golpeaba y él se auto-castiga «golpeándose» con la heroína. Intenta sostenerse en la existencia por una identificación imaginaria, la imagen del chico bueno, lo que le da una cierta estabilidad frágil. Esta identificación es frágil porque cuando las exigencias del Otro materno, profesional o conyugal se vuelven apremiantes y él debe responder por su posición de sujeto, entonces recurre a la droga. Al tomar la droga, rompe con la repetición de la vida cotidiana, como él afirma, pero este consumo está sujeto a otro tipo de repetición. Estas son las desconexiones periódicas del Otro. El consumo de drogas es su desesperado intento de llenar su vacío existencial y separarse del Otro, pero en vez de separarse él deviene uno con la sustancia donde se reúne con su posición de objeto. Sin acceso a la significación fálica, recurre al goce del tóxico para recuperar un poco de sentimiento de vida, es «su propia recreación».

Varias características de este caso corresponden al fondo melancólico de toda psicosis que Sophie Marret-Maleval desarrolla en su artículo. Sus ideas suicidas, el sentimiento de ser inferior a los demás, su temor de devenir vagabundo, gozar de su posición de «no valer nada» refieren a la ausencia de atuendo fálico como también a la identificación al objeto resto (Marret-Maleval, 2011, p. 256). La dimensión de la culpa y del auto castigo también están presentes.

El trabajo de la cura, que duró casi dos años, ha permitido espaciar el consumo de heroína; tomó sólo cinco veces. Nunca llegó a sus sesiones bajo el efecto de la droga. Pero, con motivo de su traslado, interrumpió su cura. Este pasaje al acto, esta «interrupción», concierne esta vez a la cura misma. ¿Estaba realmente decidido a detener su consumo? Obviamente no, y se puede decir que este uso regulado de la droga le permite, a pesar de sus grandes dificultades, continuar llevando una vida de apariencia bastante normal.

Traducción del francés: Lorena Hojman

Referencias Bibliográficas:

MARRET-MALEVAL, S. "Melancolía y psicosis ordinaria". En *La causa Freudiana*, N° 78, Junio 2011, p.248-257.
MILLER, J.-A. "Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria". En *Quarto*, N° 94-95, enero de 2009, p. 40-51.

PARA UNA CLÍNICA DE LA ELISIÓN DEL FALO TOWARDS AN «ELISION OF THE PHALLUS'» CLINIC

Cesar Skaf (Curitiba, Brasil)

Analista Praticante, Miembro de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Practica en Curitiba. Docente miembro de la Comisión de enseñanza de la Delegación de Paraná. Coordinador del NIPaS (Núcleo de Investigación y Pesquisa sobre el Amor y la Sexuación) de la Delegación Paraná, vinculado a la Red de TyA Brasil. Médico psiquiatra, psiquiatra infantil, psiquiatra forense y profesor. Maestría en Psiquiatría por la Universidad de San Pablo.

Practicing Analyst, Member of EBP and WAP. Practice in Curitiba. Lecturer member of the Teaching Commission of the Delegation of Paraná. Coordinator of the NIPaS (Nucleus of Research and Inquiry on Love and Sexuation) of the Paraná Delegation linked to the TyA Brazil Network. Physician psychiatrist, child psychiatrist, forensic psychiatrist and professor. Master's Degree in Psychiatry from the University of São Paulo.

Resumen: El trabajo presenta la clínica de la elisión del falo presente en las toxicomanías verdaderas en su aproximación con el campo de las psicosis ordinarias.

Palabras clave: elisión del falo, goce fálico, toxicomanías, psicosis ordinarias

Abstract: This paper outlines the elision of the phallus' clinic that is present in the true drug addictions in its proximity with the ordinary psychoses investigations.

Keywords: elision of the phallus, phallic jouissance, drug addiction, ordinary psychoses

Todas las formulaciones más recientes de orientación lacaniana en relación a la comprensión de la práctica metódica con la droga realizada por el verdadero toxicómano pasan, para poder tratarlo, preliminarmente por entender que hay consecuencias clínicas de una ruptura fálica. Estaríamos, pues, dentro de una clínica de la elisión del falo, para usar un sintagma de Lacan.

Ahora bien, pensar la presencia de la significación fálica en índice cero (Φ_0), por sí mismo, aproxima a las toxicomanías verdaderas al campo de las psicosis – especialmente desde 1998, con las elaboraciones inauguradas por Jacques-Alain Miller y seguidas por tantos otros – con la ampliación de la comprensión del fenómeno clínico de las psicosis a partir de la presencia de las psicosis ordinarias.

Sabemos que el Nombre-del-Padre pasa a ser un predicado lógico en la obra de Lacan. Teniendo en cuenta la hipótesis de Jesús Santiago planteada en «Droga, ruptura fálica y psicosis ordinaria» (SANTIAGO, 2016) tenemos en la clínica de la toxicomanía que este predicado es función de la ruptura fálica:

$$NP(x) \mid x=\Phi_0$$

Por lo tanto, la aproximación entre la toxicomanía verdadera y la psicosis ordinaria está muy cerca de ser demostrada.

1) EL NOMBRE-DEL-PADRE EN DE UNA CUESTIÓN PRELIMINAR...

En la página 540 Lacan es categórico: «En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-Padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica» (LACAN, 1991 [1957-1958], p. 540). Por lo tanto, aquí, la causa de Φ_0 es P_0 .

Pero luego, en la página 552, vemos a Lacan retroceder de esta certeza. ¿El abismo de Φ_0 es simple efecto, en lo imaginario, del vano llamado hecho en lo simbólico a la metáfora paterna? «¿O debemos *concebirlo* como *producido* en un *segundo grado* por la *elisión* del falo, que el *sujeto* remitiría *para resolverla* a la *hiancia mortífera* del *estadio* del espejo?» (LACAN, 1991 [1957-1958], 552).

En las psicosis hay, sin duda, una regresión tópica y no genética, ya que se verifica un retroceso de lo simbólico hacia lo imaginario, lugar de todos los dobles del espejo. Pero aquí Lacan abre la posibilidad de pensar que esta regresión es consecuencia de una elisión del falo, que causaría el abismo de Φ_0 sin necesariamente pensarlo como consecuencia del abismo hecho por el llamamiento al NP, que en esta estructura nunca había estado en el lugar del Otro.

2) EL PADRE COMO PREDICADO QUE CULMINA EN LES NON-DUPES ERRENT

Todo el entendimiento lacaniano sobre la pluralización de los Nombres-del-Padre culmina en el Seminario dictado por Lacan en 1973-1974. Aquí, muy diferente de ser un nombre, el NP es el hecho de *ser nombrado*. El sintagma lacaniano *ser nombrado para* localiza el NP como un predicado, tal cual la lógica simbólica lo entiende.

Para la lógica un predicado es un operador, una propiedad o una función matemática. Configura una propiedad, un atributo que los elementos u objetos que integran un conjunto poseen o no, de tal forma que devuelven al elemento un valor de verdad. Esto es lo que permite a este elemento ser nombrado o no integrante de un conjunto.

El Padre entendido como predicado, y no como elemento presente o ausente, pone fin a la clínica lacaniana estructural o binaria. Mientras el Padre era un nombre, un significante inscrito, se trataba de tenerlo (neurosis) o de no tenerlo (psicosis).

En la medida en que el Padre es una propiedad, un predicado, muchas cosas pueden hacer «*un compensatory make believe* (un *hacer creer compensatorio*) del Nombre-del-Padre» (MILLER, 2012 [2008], p. 410). Constituyendo con ello un NP allá donde, como nombre, él nunca estuvo.

Si el NP como nombre era un sustituto para el DM, ahora el NP como predicado hace que el sustituto pueda ser reemplazado. Las drogas pueden hacerlo, así como los tatuajes, los trabajos, la afiliación a alguna asociación, por citar sólo algunos ejemplos enumerados por Jacques-Alain Miller. Cada una de estas cosas puede ser un *make believe* del NP: ellas pueden hacer creer que hay.

Esto pone fin a la clínica binaria de la neurosis o de la psicosis, para indicar al practicante una clínica conti-

nuista entre ellas. En esta clínica borromea, donde cada sujeto inventa su sinthome, el practicante es convocado a leer lo que anuda, para cada uno, las consistencias del RSI. Luego cada sujeto pasa a ser, él mismo, su propia clasificación.

La comprensión de esto será llevada a sus últimas consecuencias en 1998 por Miller, cuando, a partir de una conversación clínica realizada en la ciudad de Antibes, él postula que hay psicosis muy discretas, donde no se verifican los fenómenos clásicos derivados de P_0 (fenómenos elementales). Pero donde hay pequeños detalles, cosas de fineza clínica, que permiten al practicante una deducción epistémica (no clínica) de que el NP actúa como un *make believe* muy frágil, ya que los fenómenos de la elisión del falo son varios, aunque discretos. Se deduce entonces la presencia de una psicosis discreta, que Miller denominó como psicosis ordinaria (MILLER, 2012 [2008]).

3) DEL FALO COMO SIGNIFICANTE EN LA SIGNIFICACIÓN DEL FALO AL FALO COMO AQUEL GOCE QUE NO CONVIENE EN AÚN

Hay claramente en la obra de Lacan un recorrido que conduce del falo de su primera extracción como falo significación, hasta su acepción como falo significante. En *La significación del falo* queda establecido para Lacan que el falo no es una significación. El falo es un significante y la significación del falo es el deseo (MILLER, 2005 [1994-1995], pp. 202-222).

El falo como el significante marca de la relación del sujeto con el significante que se conjuga al deseo es el elemento siempre sustraído de la cadena del lenguaje, de tal forma que él aparecerá inexorablemente velado, escondido (LACAN, 2016 [1958-1959], p. 32). Este es el falso significante del deseo.

En *Aún*, todavía podemos decir que el falo se presenta como un potencial obstáculo. Pasa a ser un significante del goce: el goce fálico. Aquí debe encarnar un significante asemántico, que no significa nada, sino que se ofrece como dispositivo para ordenar la relación del sujeto con el goce del cuerpo. Sólo este falo que no significa nada podrá encarnar la nada de sentido que **conviene** a la relación sexual.

Esto es lo que permite a Lacan decir que el goce no conviene a la relación sexual. Él *non decet*. A causa de que el goce fálico habla, la relación sexual no existe. Entonces sería genial si hubiese otro goce que no sea fálico. «[...] si hubiese otro, pero no hay sino el goce fálico, a no ser por el que la mujer calla, tal vez porque no lo conoce, el que la hace no-toda» (LACAN, 1985 [1972-1973], pp. 55).

Así, sólo hay el goce fálico mientras hay un goce que mantiene proximidad con la palabra. Pero él conviene mejor cuando lo que dice de la relación sexual es la nada de su enigma.

4) EL GOCE FÁLICO NO ES EL GOCE DEL WIWIMACHER

En la *Conferencia de Clausura de la Jornada de Carteles* de 1975 Lacan recurre al lenguaje vulgar (Lacan se disculpa por ello) para hacernos entender la diferencia entre el «pito» y el falo. Tan elegante como erudito, él no repite la palabra vulgar, y pasa a designarla del modo que la aprendió con Hans: *Wiwimacher* (el hace-pis)

(LACAN, 1975).

Es necesario entender que el impasse del toxicómano no se ubica en el goce fálico. Se encuentra antes. No le alcanza todo ese goce pulsional efecto de la castración. Porque la elisión del falo, en mayor o menor grado, no le permite un acceso a menudo al goce fálico. Lo que le intercede el cuerpo del Otro, ¿por qué es?

Porque no rompió su matrimonio con su pene. El falo no advino asemántico. No logró significar «nada». El goce fálico sólo será el goce que conviene a la relación sexual cuando guarda en sí un quantum suficiente de enigma. Un sólo garante del sin sentido del goce sexual, ya que goce vinculado al significante, sólo hay él.

Pero para algunos sujetos un exceso de sentido sigue gravitando alrededor del pene. Tal vez proveniente de los primeros encuentros de la vida sexual en *el despertar de la primavera*, como conjetura Jesús Santiago, no le habrían sido suficientemente opacos (SANTIAGO, 2016).

Hubo un *troumatisme* del *Wiwimacher* que vaciló en ceder al goce fálico. Por lo tanto, el problema no se sitúa en el nivel del Nombre-del-Padre. Pero en lo real del cuerpo no accede a negativizar el sentido hacia un goce fálico. Sólo la droga, como cortocircuito, conseguirá romper ese sólido matrimonio con el goce del órgano (SANTIAGO, 2016).

En este brillante párrafo, más allá de definir la droga, Lacan nos permite, o nos obliga, a entender que el goce fálico no es el goce del órgano (LACAN, 1975). El goce del órgano está demasiado cargado de *jouis-sens*, necesario de negativizar, mínimamente y de algún modo. Para que la nada enigmática del encuentro entre los sexos convenga a la relación sexual que no hay.

Traducción del portugués: Raquel Vargas

Referencias Bibliográficas:

LACAN, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos II*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1987, p. 540.

LACAN, J. "El Seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación [1958-1959]". Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2016, p. 32.

LACAN, J. "El Seminario. Libro 20. Aún [1972-1973]". Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1985, 2ª edición corregida, pp.55.

LACAN, J. «Cierre de las Jornadas de Estudios de Carteles de la Escuela Freudiana» [1975]. En: *Pharmakon Digital* 2. 2016. Disponible en http://www.pharmakondigital.com/ed002/conferencias/pt/jacques_lacan_pt.html

MILLER, J.-A. «Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria». En: *La psicosis ordinaria. La Convención de Antibes*. Belo Horizonte: Editora Scriptum y la Escuela Brasileira de Psicoanálisis, 2012, p. 410.

MILLER, J.-A. "Silet Las Paradojas de la pulsión, de Freud a Lacan (1994 – 1995)". Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2005, pp. 202-222.

SANTIAGO, J. «Droga, ruptura fálica y psicosis ordinaria». Conferencia dictada el 24 de noviembre de 2016 en el II Encuentro TyA Brasil «Sozinhos e Intoxicados». Publicada en *Pharmakon Digital* 3, 2017.

TOXICOMANÍAS APLICADAS A LAS PSICOSIS

DRUG ADDICTIONS APPLIED TO PSYCHOSIS

Leonardo Scofield (Florianópolis, Brasil)

Psicoanalista, Miembro de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Psychoanalyst. Member of EBP and WAP.

Resumen: Este artículo aborda posibles efectos terapéuticos de las toxicomanías aplicados a desórdenes acontecidos en casos de psicosis. La lectura de tres recortes clínicos nos ayuda a localizar los modos singulares que cada ser hablante construyó con la droga para reordenar o evitar el desorden en la juntura más íntima de su sentimiento de vida. Bajo transferencia se puede tener la orientación de lo que cada uno inventa para nombrar algo del goce que incluya su exceso.

Palabras clave: toxicomanía, psicosis, goce, droga

Abstract: This paper approaches the possible therapeutic effects of drug addiction to stabilize and avoid seizures in some cases of psychosis. The singular relation with the drug shown in three different clinical snapshots helps us to locate how each *parlêtre* shapes his relation with the drug to avoid the seizure of the most intimate life feeling, or to rebuild the pieces of a shattered self. Transference enables to name a jouissance including its excess and can be used as a guideline to deal with each case.

Keywords: drug addiction, psychosis, jouissance, drug

Constatamos en nuestras prácticas profesionales una gran incidencia de toxicómanos cuya estructura clínica se revela psicótica. Algunos abordajes tienden a leer este hecho como una comorbilidad y proponen como tratamiento la abstinencia de la droga. El psicoanálisis lacaniano no comparte esta orientación. A partir de esta evidencia clínica —que hay una relación entre las toxicomanías y las psicosis— se nos permite suponer que hay una tentativa para el ser hablante de tratar sus sufrimientos psicóticos a través del uso de las drogas.

Tomemos prestado el término «psicoanálisis aplicado» (Lacan, 2012) para la terapéutica (Miller, 2000) como una referencia para la investigación sobre las toxicomanías aplicadas a las psicosis. Así, queremos interrogar cómo algunos seres hablantes pueden hacer un uso de las drogas como tentativa de tratamiento. Pero ¿para hacer un tratamiento de qué? De lo que Lacan señaló, a partir de las psicosis, como «un desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de vida de un sujeto» (Lacan, 1958/1998, p. 565). ¿Cómo podría el uso de la droga ser aplicado para reordenar la juntura del sentimiento de vida o para evitar que esta juntura se desordene?

Este desorden es un índice del desanudamiento de los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario. Es prístino en los fenómenos elementales de la paranoia o la esquizofrenia, donde lo real retorna allí donde el significante fálico fue forcluido. El desorden puede también manifestarse por pequeñas señales de desconexión del ser hablante, entre su experiencia de goce y las restricciones que le son posibles hacer a partir de lo simbólico y lo imaginario. Por ejemplo, en psicosis sin franco desencadenamiento se puede identificar la operatividad del Nombre-del-Padre como predicado (Miller, 2008/2012, p. 409), sin, empero, que este significante desempeñe su función metafórica operando como referencia fálica. De esta manera, podemos encontrar, en estas discretas señales, índices de ruptura del nudo entre los tres registros.

Tomemos, a partir de tres viñetas clínicas, orientaciones posibles sobre la aplicabilidad terapéutica de las toxicomanías a las psicosis.

DISTRAERSE DEL CUERPO

Juan, de 17 años, se vio en un video de celular haciendo un extraño movimiento con la cabeza y desencadenó un delirio persecutorio que le causó una ruptura social radical. Según él, todos sabían que él tenía un «tic», movimiento involuntario de la cabeza para estirar el cuello. Era «como dos botas rozándose», dice él, lo que le causaba la necesidad de realizar ese movimiento. La transferencia con un analista y el uso de neurolepticos aliviaron sus síntomas y le permitieron, al poco tiempo, retomar algunos de sus vínculos sociales, principalmente con algunos conocidos con quienes fumaba marihuana. En una sesión con el analista Juan precisó lo que le permitía circular con más frecuencia: «cuando me fumo uno, me distraigo de mi cuerpo, encuentro incluso que no tengo el tic cuando estoy fumado».

A condición de utilizar la sustancia, el sujeto extrae de su cuerpo su atención, minimizando la imposición de un cuerpo que se goza por fuera de una posible circunscripción fálica. Es una tentativa de tratamiento que le permite no sucumbir al cuerpo, recurriendo a la marihuana y aprendiendo, bajo transferencia, a distraerse, a quitarle valor a aquello que lo invade.

SEXO CON COCAÍNA

José, de 35 años, presenta un discreto delirio persecutorio relacionado con la herencia familiar y solicita análisis por «estrés». Pasa el día fumando marihuana «para calmarse» del «estrés» que le causan las «confusiones familiares». Lo que lo perturba, mientras tanto, es el hecho de no haber tenido más erecciones con su esposa, «justo ahora que queremos tener un hijo», precisa. En algunas relaciones extraconyugales y bajo efecto de la cocaína, dice tener un «óptimo» desempeño sexual. Pero no puede repetir esto mismo con su esposa, debido a que ésta no lo acepta. José, entonces, se lamenta: «así que yo sólo tengo sexo con cocaína»

Con la cocaína no tendrá herederos, no tendrá tampoco que vérselas con la función simbólica de ser padre, lo que evita con el síntoma de la disfunción eréctil. Es también posible leer el uso de la droga como fuga ante el hecho del problema sexual (Miller, 1989/2015, p. 7)

DE «MIERDA» A «ADICTO EN RECUPERACIÓN»

Mario es usuario de múltiples drogas desde hace décadas, con ciertos períodos de abstinencia intercalados por graves «recaídas». En una tentativa de alojar el goce de su cuerpo, disruptivo respecto del lazo social, intenta nombrarse por la relación establecida con las drogas. Bajo su efecto, se llama «una mierda». Pero no se trata de una identificación al significante dialectizable. Él precisa ser recuperado por el Otro, defecado en la escoria de las calles, destituido de la posibilidad del habla, destinado al estatuto de deyecto, de «mierda».

En cuanto «dependiente en recuperación», significante extraído de los grupos de Alcohólicos Anónimos, se mantiene vigilante de su cuerpo, de sus lazos. Este significante, a pesar de nombrarlo en relación con las drogas, le permite experimentar una suerte de falta, de pérdida a ser recuperada, relanzándolo en la perspectiva de que algo que lo represente esté en el porvenir de las relaciones, por la falta que establece con los dispositivos

de salud y asistencia social. Falta ésta que, a veces, se presenta como insoportable (Laurent, 2003/2017), pasando al acto en el intento de nombrarse como una mierda. ¿Podríamos decir que es por el nombre de «adicto en recuperación» que una prótesis imaginaria puede darle a Mario una precaria identificación con un «hacer-crear compensatorio» del Nombre-del-Padre (Miller, 2008/2012, p. 410), con lo cual mantiene en orden, provisoriamente, la juntura del sentimiento de vida?

CONSIDERACIONES FINALES

Ciertamente, la relación de algunos sujetos con las drogas, en tanto aquello que les permite una ruptura con el goce fálico (Lacan, 1975/1981, p. 119), puede agravar su situación hacia un horizonte mortífero. Pero, tal como la literatura analítica nos enseña, y como demuestran estos pequeños recortes clínicos, es posible hacer un uso terapéutico de las drogas ante las rupturas que ocurren en casos de psicosis.

La localización del goce del cuerpo, siempre excedido de la significación, sin una prótesis fálica que lo signifique fantasmáticamente, para Juan no fue suficiente. Él necesitó un recurso a la sustancia para que este goce fuese minimizado, permitiéndole, a partir de la marihuana, retomar mínimamente una ordenación en la juntura más íntima de sus sentimientos de vida. Para José, transar con la cocaína lo protege de vérselas con un goce del Otro sexo, sin poder responder con la referencia fálica de la cual está desprovisto. En el caso de Mario, la identificación con un significante que nombre para él una falta, allí donde él se nombraría, en acto, en tanto objeto, tiene una función terapéutica para erigir nuevamente un cuerpo del cual no se apropia en tanto mierda.

Para referirnos a las toxicomanías aplicadas, podemos parafrasear a Lacan al describir al psicoanálisis, sin, está claro, establecer una equivalencia entre ellas. Él dice que «cada uno sabe que el psicoanálisis tiene buenos efectos que sólo duran un cierto tiempo. Eso no impide que sea una tregua, y que es mejor que no hacer nada» (Lacan, 1975/1976). Las toxicomanías pueden también ser consideradas como una tregua. Es exactamente en este punto que los analistas, orientados por sus deseos y por el psicoanálisis puro, tienen la responsabilidad de sustentar la transferencia con los seres hablantes toxicómanos y psicóticos en un tratamiento que permita producir, más allá de la droga, un anudamiento singular entre el goce del Uno, siempre desmedido, y el Otro, siempre insuficiente.

Traducción del portugués: Maximiliano Zenarola

Referencias Bibliográficas:

- LACAN, J. "Du discours psychanalytique". En: *Lacan in Itália*. Milão, La Salamandra, 1978, pp. 32-55.
LACAN, J. "Cierre de las jornadas de estudio de carteles de la Escuela Freudiana". En: *Pharmakon Digital* 2, 2016.
LACAN, J. "Conférences et entretiens dans des universités nord-américaines". En: *Scilicet*, 6(7). Paris, Seuil, 1975.
LACAN, J. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". En: *Escritos* 2. México, Siglo XXI, pp. 509-554.
LACAN, J. "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela". En: *Otros escritos*. Buenos Aires, Paidós, 2012, pp. 261-278.
LAURENT, E. "Os tratamentos Psicanalíticos das psicoses". En: *Derivas analíticas. Revista Digital de psicanálise e cultura da Escola Brasileira de Psicanálise*, número 06, junio 2017. Disponible en: <http://revistaderivasanaliticas.com.br/index.php/tratamentos>
MILLER, J.-A. "Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria". En: *El caldero de la escuela*, n. 14, 2012.
MILLER, J.-A. "Para una investigación sobre el goce autoerótico". En: *Pharmakon digital* 1, 2015.
MILLER, J.-A. "Les Journées de l'École de la Cause freudienne". En: *La Lettre mensuelle*, n. 193, diciembre de 2000, pp. 1-5.

INTOXICACIONES EN EL CONTEXTO DEL DESENCADENAMIENTO DE LA PSICOSIS

INTOXICATIONS IN THE CONTEXT OF THE UNCHAINMENT OF PSYCHOSES

Viviane Tinoco Martins (Rio de Janeiro, Brasil)

Psicóloga, Doctora en Teoría Psicoanalítica (UFRJ), Pos-doctoranda en Psiquiatría y Salud Mental (IPUB/UFRJ), Coordinadora adjunta del PROJAD/IPUB/UFRJ, Supervisora Clínico-Institucional del CAPS-ad III Antonio Carlos Mussum y de la UAA Cacilds (Rio de Janeiro, SMS-RJ), Participante del Núcleo de Investigación en Toxicomanía y Alcoholismo del ICP-RIO.

Psychologist, PhD in Psychoanalytic Theory (UFRJ), Post-doctorate in Psychiatry and Mental Health (IPUB / UFRJ), Deputy Coordinator of PROJAD / IPUB / UFRJ, Clinical-Institutional Supervisor of the CAPS-ad III Antonio Carlos Mussum and of the UAA Cacilds (Rio de Janeiro, SMS-RJ), Participant of the Research Center on Drug Addiction and Alcoholism of ICP-RIO.

Resumen: Este trabajo tiene como objetivo localizar las funciones de la droga en el seno del tratamiento posible de las psicosis, lo que atañe a la dimensión del goce que incide sobre lo real del cuerpo intoxicado. La coyuntura clásica del desencadenamiento de los fenómenos elementales que revelan la estructura psicótica es problematizada a la luz de las contribuciones sobre la psicosis ordinaria en articulación con el consumo de drogas en la clínica contemporánea.

Palabras clave: psicosis, drogas, intoxicaciones, desencadenamiento, goce, significante

Abstract: This paper has the goal of locating the functions that drugs exert in the treatment of possible psychoses, towards what tangles the jouissance dimension that inflicts on the real of the intoxicated body. The classic context of unchainment of elementary phenomena reveals how the psychotic structure is questioned, in light of the contributions regarding ordinary psychoses relation to the use of drugs in contemporary clinic.

Key-words: psychoses, drugs, intoxication, unchainment, jouissance, significant

Tomando como punto de partida la obra freudiana, tenemos como objetivo articular las intoxicaciones con las manifestaciones clínicas de la estructura psicótica. Freud, al abordar las técnicas de evitación del sufrimiento psíquico y el malestar en la cultura, incluyó la intoxicación. En la juventud, la fuga de la dolencia neurótica se instituye como una «técnica última de vida» (Freud, 1930[1929]). A partir del fracaso en la búsqueda de la felicidad, el sujeto puede vislumbrar dos posibilidades de «consuelo» (ibidem): la elección de la psicosis o la intoxicación crónica. Es digno de notar aquí el hecho de que Freud coloque en un mismo plano la intoxicación y la psicosis y resaltar que el sujeto puede escoger la una o la otra. ¿Cómo releer en la actualidad esta indicación de Freud, considerando el consumo excesivo de droga realizado por sujetos neuróticos o psicóticos?

La articulación entre psicoanálisis y psicosis es tributaria de las contribuciones de Lacan quien en su retorno a Freud inauguró un tratamiento posible para sujetos psicóticos, incluyendo el manejo de los desencadenamientos y de las tentativas de cura.

En su primera enseñanza Lacan se dedicó al siguiente objetivo: «restaurar el acceso a la experiencia que Freud descubrió» (1957-8:1998, p. 590) para con ella permitir la revisión del tratamiento analítico a fin de incluir la dinámica psíquica de las psicosis. Tal revisión de la técnica psicoanalítica fue fundamental «pues utilizar la técnica que él [Freud] instituyó fuera de la experiencia a la que se aplica es tan estúpido como batir los

remos cuando el barco está encallado en la arena» (ibidem). Así, Lacan formó a los analistas para no retroceder ante la psicosis. Con ello abrió la posibilidad de ofrecer algunas balizas para una dirección psicoanalítica del tratamiento de los psicóticos.

La experiencia de la intoxicación constituye una modalidad de goce que incide en el cuerpo. Es importante destacar que en la psicosis la droga, de acuerdo con el caso singular, puede operar por la vía de la moderación del goce invasivo que retorna en lo real. Por otra parte, también es posible reconocer que, para algunos sujetos, la intoxicación promueve la irrupción de un goce ilimitado que tiene como efecto la manifestación de fenómenos elementales propios del desencadenamiento de la psicosis (Martins, 2009).

LA DROGA Y LA CADENA SIGNIFICANTE

Lacan menciona un caso policial publicado en un periódico francés *—France-Soir—* que encontró «tirado» en un tren y llegó a sus manos mientras viajaba. Se trataba de una «bella francesa» llamada Claudine que fue asesinada por «un americano que huyó corriendo» y terminó internado en un centro de salud. Destaca el hecho de que el asesino había utilizado LSD, «parece que estaba drogado en el momento en que la cosa sucedió» (Lacan, 1967-8/2006, p. 54).

A pesar de mencionar el uso de la droga, Lacan resalta el papel de la articulación significativa en detrimento de los efectos de la sustancia. «Existe el LSD, pero en fin, aún así, el LSD no neutraliza completamente las cadenas significantes. Esperemos eso, en todo caso, para encontrar algo aceptable» (Lacan, 1967-8/2006, p. 55). Lacan es explícito al criticar a aquellos psicoanalistas que identificarían una causa para el asesinato despegado de «algún lugar en el nivel de la cadena significativa», al revés de apenas constatar el hecho, y pregunta: «¿por qué no se diría pura y simplemente que reventó a la joven, y listo?» (ibidem). Lo que es valioso para nosotros es el hecho de que Lacan no considera la intoxicación como un motivo del acto criminal del sujeto y valoriza el encadenamiento significativo no comprometido con el uso de las drogas.

EL PAPEL SECUNDARIO DE LA NARCOSIS EN EL DESENCADENAMIENTO

En su tesis de psiquiatría, Lacan recurrió al estudio de las psicosis exógenas o tóxicas. En este estudio identificó las «relaciones clínicas y patogénicas de la psicosis paranoica con las psicosis de intoxicación y de auto-intoxicación» (Lacan, 1932/1987, p. 117). En las pocas páginas sobre el asunto resaltó la extrañeza de la etiología tóxica de las paranoias. Así, «es preciso, en efecto, ver en la intoxicación misma, no una causa primera, sino más frecuentemente un síntoma de perturbaciones psíquicas» (Lacan, 1932/1987, p. 117). Lacan es aún más preciso cuando destaca que la intoxicación constituye «una tentativa del sujeto para compensar un desequilibrio psíquico» (ibidem) y concluye que «las flaquezas psíquicas del terreno van a ser reencontradas en las consecuencias de la intoxicación» (ibidem).

Lacan, al introducir comentarios acerca de las estrategias utilizadas en los interrogatorios de los criminales, tales como la tortura y la narcosis, resalta sus inadecuaciones y también sus límites, en la medida que no inducen al sujeto a decir aquello que no sabe. En lo que se refiere a la narcosis, Lacan es aún más enfático y apunta

a sus peligros. «Los vaticinios que provoca, desorientadores para el investigador, son peligrosos para el sujeto, que, por menos que participe de una estructura psicótica, puede encontrar en ella el “momento fecundo” de un delirio» (Lacan, 1950/1998, p. 146).

CONSIDERACIONES FINALES

Aunque el recurso a la droga pueda cumplir la función de compensar el desequilibrio psíquico característico de una psicosis, tal función conlleva ciertas precariedades y puede participar en la coyuntura del desencadenamiento. Algunos sujetos tienen éxito en esta función compensatoria, otros claudican, en la medida de que la intoxicación produce una experiencia excesiva de goce.

El uso metódico de drogas, dada su complejidad, dificulta el establecimiento del diagnóstico estructural, en la medida de que los fenómenos clínicos relativos a la intoxicación y a la abstinencia se asemejan a la sintomatología propia de la psicosis. El obscurecimiento del diagnóstico no es sin impasses en la dirección del tratamiento. Así, es preciosa la orientación de Miller (2010) acerca de la psicosis ordinaria, una «categoría lacaniana» que permite superar la clínica de «carácter básicamente binario» en lo que atañe al diagnóstico diferencial entre neurosis y psicosis, instituyendo un norte para la conducción del tratamiento en la variedad de tipos clínicos de la contemporaneidad.

Referencias Bibliográficas:

- FREUD, S. “El malestar en la civilización”. En: *Obras completas, tomo XXI*. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- LACAN, J. “De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad”. México, Siglo XXI, 1976.
- LACAN, J. “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”. En: *Escritos 1*. México, Siglo XXI, 2009.
- LACAN, J. “De una cuestión premilinar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En: *Escritos 2*. México, Siglo XXI, 2009.
- LACAN, J. “Mi enseñanza”. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- MARTINS, V. T. “O recurso à droga nas psicoses: entre objeto e significante”. Tesis de doctorado para el Programa de Posgraduación en Teoría Psicoanalítica de la UFRJ (inédita).
- MILLER, J. A. “Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria”. En: *El caldero de la escuela, n. 14, año 2010*.



ADOLESCENCIA

LOS BUENOS COLEGAS, PARA LOS CHICOS BELLOS

GOOD COLLEAGUES FOR HANDSOME GUYS

Nadine Page (Bruselas, Bélgica)

Psicoanalista de Bruselas, Miembro del ECF y de la AMP, Coordinadora de la Unidad de Consultas del Centro Médico Enaden.

Psychoanalyst from Brussels, Member of the ECF and the WAP, Coordinator of the Consultation Unit of the Enaden Medical Center.

Resumen: El texto recupera la función de la droga como objeto *a* que hace lazo con el Otro; también, la importancia del cuerpo, en sus consistencias real e imaginaria. El caso ejemplifica cómo el uso de esteroides puede poner en evidencia la ausencia de la función fálica.

Palabras clave: cuerpo, real, imaginario, esteroides, desencadenamiento

Abstract: The text regains the function of the drug as an object *a* which bonds with the Other; also, the importance of the body, in its real and imaginary consistencies. The case exemplifies how the use of steroids may reveal the absence of the phallic function.

Key words: body, real, imaginary, steroids, triggering

El uso de productos psicotrópicos es sin ninguna duda uno de los «marcadores» privilegiados del modo en que se manifiesta el discurso de una sociedad. La aparición de la toxicomanía hacia el final del siglo XIX corresponde al momento preciso en que se cruzaron los emergentes del discurso de la ciencia con el capitalismo. Concretamente, el descubrimiento de la jeringa coincide con el de la morfina. Esta conjunción permitió la presencia de la anestesia en la medicina y causó una epidemia como fue la morfinomanía hacia el final de la guerra franco-alemana en 1870.*

Por otra parte, la industrialización salvaje asociada a la emigración en masa de los campesinos hacia la ciudades y la ruptura de los lazos familiares tradicionales provocaron en la misma época un alcoholismo que arrasó con las clases populares.

Si en los años '70 el consumo de drogas era para la juventud de entonces asociado a la búsqueda de otros modos de vida en comunidad y ligada a la exploración de nuevos horizontes interiores, actualmente el uso de esos productos muestra otra cara, muy diferente: en la época de la caída de los ideales y el ascenso al cenit social del objeto *a*, la adicción colorea de aquí en adelante todos nuestros lazos sociales. Ese cambio se traduce por cierto en el lenguaje común por una modificación semántica que lleva la marca de la generalización del uso adictivo de los objetos de consumo. Prevalece así el término *adicción* sobre el término *toxicomanía*.

En un artículo preparatorio para el Congreso de la AMP del 2008, que llevaba por título *Los objetos a en la experiencia analítica (Textos y papers)*, É. Laurent nos indica cómo el objeto *a*, lejos de ser una amenaza para el lazo social, una amenaza frente a la que habría que llamar a una restauración, es más bien su cimiento. Y nos precisa que no habrá otro, ya que la razón después de Freud no nos permite seguir al sueño de Las Luces, aquel donde el hombre se sostiene por la razón en el universo y en autonomía.

La adicción representa una de las consecuencias contemporáneas de este ascenso al cenit del objeto *a*, con el efecto paradójico sobre el lazo social, donde se incluye la más de las veces una manera de separación del Otro,

en la medida en que convoca a un goce que no pasa por el Otro, que hace cortocircuito con los desfiladeros de la palabra. De esa manera participa de los profundos reajustes que estructuran a las colectividades.

Sin embargo, nuestros encuentros cotidianos con los usuarios de drogas nos enseñan que este consumo no es siempre, solamente, una modalidad de separación del Otro. Puede también constituirse como tentativa de reincluirse en el Otro. En definitiva, surge por lo general como una tentativa de tratamiento de la relación con el Otro, incluyendo o alternando entre la alienación y la separación.

É. Laurent agrega a esta constatación una indicación por demás útil: esta tentativa de reafiliación no se hará desde lo simbólico, pero sí desde el cuerpo. En sus dos consistencias, real e imaginaria.

El caso es el de un joven que llega a una única consulta luego del inmediato *après-coup* del pasaje al acto. Me parece que ilustra este uso del cuerpo, atravesado por el consumo de esteroides como tratamiento tentativo del lazo con el Otro.

Este joven es llevado por su madre y su hermano a una consulta después de haber roto toda la sala de la casa de familia mientras sus padres le insistían en que explicara su transformación física. En pocas semanas, su apariencia se había modificado hasta aparentar un *body builder* de impresionante corpulencia. Tuvieron que llamar a la policía ya que se había revelado y fue llevado al hospital psiquiátrico de donde se escapó hasta encontrar refugio en casa de un amigo. Su madre salió a buscarlo y, de regreso a la casa, más agitado aún, habría vuelto a romper el cuarto de su casa mientras el padre le rogaba que tratara de dormir.

A pesar de ser poco proclive a consultar, consiente en hablar conmigo de lo que le pasó cediendo ante la inquietud e insistencia de su madre. Lo que nos permitirá situar las coordenadas de estos pasajes al acto violentos que sorprendieron a su entorno, ya que es un joven más bien apacible.

El joven nota que, desde su infancia, tiene un problema de peso. Luego sitúa un acontecimiento que le hace contrapeso: a sus 12 años, su madre padece de cáncer. Esto lo conmueve. Según sus dichos, su madre es una luchadora, una guerrera, lista para luchar como un hombre si piensa que tiene la razón. ¡Ella es tan fuerte! Pero verla así debilitada en una cama del hospital... Sus palabras le faltan para calificar el efecto subjetivo, máxime considerando que ella parece haber tenido propósitos delirantes, atribuidos inmediatamente a la anestesia, pero que siguieron acarreado aún hoy un efecto enigmático para él.

Será después de esto que comenzarán los problemas en el colegio. Debido al fracaso en la reorientación escolar, circula por varias escuelas especiales** y abandona su escolaridad a los 17 años. De ese recorrido saca la siguiente conclusión: «Los buenos colegas son para los chicos bellos», indicando cómo le imputa sus fracasos a su apariencia física. Comienza entonces a entrenarse «haciendo sala»*** en el gimnasio. Allí se le acerca un hombre ofreciéndole una cura de esteroides de 8 semanas a 250 euros.

Primero, él verifica por Internet que no lo están estafando comparando los precios, y se informa de las consecuencias físicas. Me muestra cómo se informó completamente de los daños previsibles para este consumo, enunciándome la lista. Hace, allí también, un cálculo: arriesga perder 5 ó 6 años de vida, pero gana 2 ó 3 años de entrenamiento en la sala del gimnasio con los mismos resultados. Comienza entonces a tomar esos productos, ve cómo su apariencia se modifica y dice sentir cómo cambia la mirada de las mujeres sobre él.

La inquietud de la familia detiene definitivamente «la cura». Él ve en el espejo cómo su apariencia cambia rápidamente y me dice que esta transformación, esta disminución, es acompañada por un sentimiento de extrañeza.

Los dos pasajes al acto se inscriben en este contexto: no pudiendo responder a las preguntas de sus padres que lo conminaban a explicarse sobre su consumo, luego de haberlo encontrado en la casa del amigo donde se refugia, no consigue calmarse. Incluso intenta atiborrarse con toda la medicación de la madre, sin quedar inconsciente, para responder al pedido del padre de dormirse. Pero esto tampoco lo logra y vuelve a demoler todo lo que lo rodea. Esta segunda vez, su cuarto.

Los elementos significativos que nos aporta de su historia nos permiten situar la prevalencia de la identificación imaginaria para este sujeto: el cuadro de su madre debilitada en la cama del hospital provoca el derrumbe de sus referencias, que localizará en la imagen del cuerpo. Después, estima no ser suficientemente bello como para lograr sus estudios secundarios y alinea su solución en una restauración de la imagen corporal vía el consumo de esteroides. Al hacerlo, trata de igual manera el real de la pulsión, ya que uno de los efectos de estos productos es la impotencia, la que asume diciéndome, casi sin aliento, «sobre eso... hay una cruz».

El consumo devela en este caso la función de tentativa de reafiliación con el lazo social, al bies de la reconstrucción de una imagen corporal valedera. Puesto en jeque por la inquietud parental, no queda más que esperar para este joven, orientado por otra estructura de cura, que pueda construirse otra solución.

Traducción del francés: Catelyn Tato

Notas del traductor:

* BACHMANN, C.; COPPEL, A. "Le dragon domestique. Deux siècles de relations étranges entre l'Occident et la drogue". Albin Michel, Paris, 1989, pág. 101. ["El dragón doméstico. Dos siglos de relaciones extrañas entre Occidente y la droga". Solo se encuentra dicha edición en francés].

** En Bélgica existen centros educativos llamados «*filiales de relégation*». Son los colegios de repetidores o especiales que encontramos en Argentina. Se encuentran allí alumnos con problemas sociales, discapacitados motores y otros.

*** En Bélgica algunos son criticados, porque se profundizan las desigualdades. La expresión «haciendo sala» corresponde al ámbito del *fitness*, indicando que los participantes entrenan por horas en el gimnasio.



ESTÉTICAS DE CONSUMO

USOS DEL CUERPO EN LAS TOXICOMANÍAS

BODY USE IN DRUG ADDICTIONS

Eugenia Flórez (Medellín, Colombia)

Analista asociada a la Nueva Escuela Lacaniana (NEL), Responsable del Grupo de Investigación de Psicoanálisis con niños (GIPN)

Psychoanalyst associated to NEL, responsible for the Psychoanalysis with Children Research Group

Resumen: El artículo aborda algunos elementos recuperados del texto *Usos del cuerpo en las toxicomanías en la época del parlêtre*, en el que se intenta sostener una tesis respecto al uso singular que hace el *parlêtre* del cuerpo, a partir de la noción de consistencia mínima que introduce Lacan al final de su enseñanza.

Palabras clave: adicción, cuerpo, goce autista, *parlêtre*.

Abstract: This article approaches certain elements recovered from the text *Body use in drug addictions in the time of parlêtre*, which attempts to support a thesis regarding the unique use of the body by the *parlêtre*, from the notion of minimum consistency introduced by Lacan at the end of his teaching.

Keywords: addiction, body, autistic jouissance, *parlêtre*.

Usos del cuerpo en las toxicomanías en la época del parlêtre (Flórez, 2016) es un texto que tras un recorrido epistémico intenta sostener una tesis respecto al uso singular que hace el *parlêtre* del cuerpo, esta tesis se enmarca en la última enseñanza de Lacan con la noción de consistencia mínima. El texto a su vez procura dar luces sobre el abordaje de las mismas desde el psicoanálisis de la orientación lacaniana.

La tesis central se apoya en la noción de goce Uno, goce autista que se soporta en el cuerpo. Tesis que podemos enunciar ahora de esta manera: El llamado toxicómano a falta de dejarse engañar por la equivocidad del significante, por el inconsciente rechazado como recurso de acceso al síntoma, nos permite verificar lo que Lacan señala respecto a que el goce, en todo caso, es goce del cuerpo. Las toxicomanías como las psicosis nos dejan ver de las maneras menos veladas que el cuerpo como territorio de goce esta puesto al uso, a su vez permiten verificar que hay un uso singular del cuerpo y que en ese uso singular es posible captar la consistencia mínima que a nivel del significante no es posible de captar en el nivel discursivo.

Proponemos que la noción de uso sea tomada como lo sugiere Lacan en el seminario 24, es decir, en oposición a lo interpretable vía el sentido. Introduce esta expresión pensando en el elemento mínimo de cuerda o redondel que, antes de ser interpretado esta dado al uso. Uso que supone un funcionamiento a la manera una pieza suelta. Habría que precisar que estos usos del cuerpo pueden pasar por un arreglo sinthomal o en muchos casos, pueden dar luces del traumatismo acontecido en el cuerpo, de manera singular y que por no anudarse se mantiene en la pura iteración adictiva en el *parlêtre*, pero que en todo caso, compromete al cuerpo vivo.

Contamos con el antecedente que deja ver la operación toxicómana propuesta por Mauricio Tarrab (2000) en el que se evidencia una verdad, que el goce rechaza el lazo. Rechazo que suele ser pensado como una desconexión significativa. Pero lo que se ha advertido menos es que esa verdad tiene su raíz en lo real como bien lo enseña Lacan en el seminario 23 (2006), de donde se puede extraer la idea del Uno solo, del goce Uno, que no hace lazo; goce autista.

Esto nos permite entender que el Uno no es un número; como Uno también hay que pensarlo a la manera de la pieza suelta, del trozo o el cogollo. Una pieza que tiene el estatuto de absoluto, en la medida que no remite a nada, a ningún sentido. El ejemplo con Picasso nos resulta caro. La nariz, una pieza que no apunta a significar y que funciona a la manera de ese objeto de carácter absoluto que se atraviesa de cualquier forma en sus obras. La nariz de Picasso la podemos ver como pieza suelta en la obra, aunque al hacerla pasar por la máquina significante cobre múltiples sentidos; al fin y al cabo, cada uno lee con su fantasma. No era así para él, quien alcanzó a nombrarla como “*quart de brie*”, a quienes lo interrogaban al respecto.

Pensemos también en esa vieja película llamada El hombre del brazo de oro, en la que su mano hacía de un elemento, una pieza suelta a partir de la cual se pueden tejer historias de su adicción a la heroína o al juego; historias sobre la inhibición sintomatizada en el dolor, pero a la vez, es en el acto mismo cuando su mano toca la batería, un saber hacer se capta. No es un saber del hacer, es un saber hacer con. Produce así un efecto de anudamiento sorprendente que Frank Sinatra representa de manera excepcional. Es el tratamiento de eso esencial que es la pieza suelta, hecha no para ser leída y es lo que el *parlêtre* necesita para hacerse valer. Es lo que mantiene vivo al sujeto y ese trozo del cuerpo, en este caso, está sinthomáticamente comprometido.

¿Podríamos trasladar a la dignidad de pieza suelta otras partes del cuerpo a partir de las cuales el *parlêtre* se anuda a la manera como lo hemos expuesto? ¿Podemos, por ejemplo, aislar, recortar algo de lo vivo del cuerpo a través del objeto voz o mirada para acercarnos al *parlêtre* en su goce adicto?

Pensemos un poco por qué habría que ir tras las marcas de goce en el cuerpo, dado que al goce no se le encuentra en la consistencia del cuerpo como forma, y tampoco se le halla, dice Miller, en lo simbólico como agujero: “Subráyese que ese parásito, el goce, se añade entre el cuerpo y lo simbólico y si se quiere los anuda. Por eso Lacan habla de goce parásito como de algo real” (2013, p. 37).

Luego, “Esta consistencia se basa en la *relación* del *parlêtre* con su cuerpo. Hay aquí una relación. La relación que Lacan perdió en el nivel sexual, la relación cuya inexistencia en el nivel sexual formuló, reaparece en el nivel corporal” (Miller, 2013, p. 417).

Este es un punto central, aunque hemos de que confesar que esta afirmación resultaba totalmente oscura, ahora se presente algo más clara, es decir, no hay relación sexual, hay relación corporal. En todo caso, habría que tener presente que es sobre ese “no hay relación sexual” que aparece en primer plano el “hay relación corporal”.

El elemento mínimo es la consistencia localizada en una pieza del cuerpo, no en la imagen ¿cuál sería entonces la manera de proceder en el abordaje del *parlêtre*, que se caracteriza por hacer que tengamos que partir de “hay *Un cuerpo*” que se goza, un cuerpo vivo, consistencia primera del *parlêtre*?

No tenemos una respuesta acabada. Esta puesta en primer plano del cuerpo no solo como un cuerpo que goza sino, esencialmente, que hay un gozarse del cuerpo, supone un operara la manera de la pieza suelta, y a su vez, es una consistencia que tendría que orientar respecto al modo particular en que, para el *parlêtre*, el cuerpo está comprometido en el anudamiento sinthomático.

Partir del elemento suelto, del Uno, se soporta ya en la idea de un real que no se sostiene en la imposibilidad (no relación sexual) sino en la ex -sistencia. Este Uno no se refiere al orden de la representación puesto que “El Uno encarnado en *lalengua* es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase, y aun el pensamiento todo” (Lacan, 1981, p. 173). Ese Uno encarnado supone que no habría que ir a la representación; de hecho, esta desprovisto de la ambigüedad fonemática. Habría entonces esta forma del goce Uno, como elemento mínimo, en relación con lo simbólico pero al nivel de *lalengua*.

En este sentido las psicosis orientaron a Lacan respecto al real que interesa al psicoanálisis, por ello, otro trazo en estas líneas aproximativas a la tensión propuesta con la expresión usos del cuerpo, nos la ofrece la clínica con la psicosis, como lo señalábamos antes. Particularmente el esquizofrénico, quien ante la dificultad de servirse del cuerpo como unidad imaginaria se hace presente el hecho sintomático más observable, que el cuerpo es un montón de piezas sueltas, por lo que tiene que intentar arreglárselas con invenciones de las más singulares, como lo hace notar Miller en *La invención psicótica*. El esquizofrénico “tiene el sentimiento de estar fuera de su cuerpo, y es necesario inventar, tal como él lo dice, los recursos para ligarse a su cuerpo” (Miller, J.-A., 2007). El *parlêtre*, para poder usar su cuerpo, tiene que intentar ajustarlo con objetos como correas, bandas, uso excesivo de prendas de vestir, en fin.

Es complejo sin duda, decir qué es lo que anuda en cada caso, pero a la altura de los nudos “lo real en cuestión tiene el valor de lo que se llama generalmente un traumatismo” (Lacan, 2006, p.128). Más que un real imposible se trata de un real sin ley, que tiene además el valor de acontecimiento. La dimensión de imposibilidad es un imposible de escribir, salvo por una contingencia, un acontecimiento contingente. De allí que un real posible, es ese, que por una escritura dada a partir de un acontecimiento contingente, se puede captar como eso, un trozo de real.

Es esta la idea que nos permite pensar el cuerpo también como montón de piezas sueltas y que cualquiera de ellas puede funcionar a la manera de este Uno, elemento mínimo. Uno que no es numérico pero que puede llegar a tener una suerte de funcionamiento orientador. No sería demasiado arriesgado entonces que esta pueda ser una clave de lectura para pensar las llamadas psicosis discretas que proliferan hoy o quizás, simplemente estamos más despiertos a ellas en la clínica.

Referencias Bibliográficas:

- FLÓREZ, E. (2016) *Usos del cuerpo en las toxicomanías en la época del parlêtre*, Ed. Grama, Buenos Aires.
LACAN, J. (2006). *El seminario libro 23 El sinthome*. Bs-As: Paidós
LACAN, J. (1981). *El seminario libro 20 Aun en 1972-1973*. Bs-As: Paidós
LACAN, J. (Inedita). *Seminario libro 24 en 1976-1977 L'insu que sait de l'Une bévue s'aile à mourre*. Versión de circulación interna 1988.
MILLER, J.-A. (2007) La invención psicótica, en: Formas contemporáneas de la psicosis. *Virtualia 16*. Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Recuperado de: <http://www.eol.org.ar/virtualia/016/> (10/07/13)
MILLER, J.-A. (2013) *Piezas sueltas*, 2004-2005. Bs-As: Paidós.
MILLER, J.-A. (Nov.2014) “El inconsciente y el cuerpo hablante”, en *Revista Lacaniana n° 17*, Ed. Grama.
TARRAB, M., SILLITTI, D. y SINATRA, E. (2000) Más allá de las drogas. Estudios psicoanalíticos. *Sujeto goce y modernidad*, nueva serie. Plural: Bolivia

SYD BARRETT: SIGUE BRILLANDO DIAMANTE LOCO

SYD BARRETT : SHINE ON YOU CRAZY DIAMOND

Luis Darío Salamone (Buenos Aires, Argentina)

Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, AE (2007-2010) y Responsable por la Revista PHARMAKON de 2009 a 2013. Codirector del TyA desde 1996. Autor de: El amor es vacío. Cuando las drogas fallan. Alcohol, tabaco y otros vicios y El silencio de las drogas

Member of EOL and WAP, AE (2007-2010), Responsible for PHARMAKON Magazine de 2009 a 2013, Codirector of TyA since 1996

Resumen: El trabajo sigue los derroteros de Syd Barrett, fundador del grupo de rock Pink Floyd, pionero del rock psicodélico, donde el consumo de LSD tuvo un lugar fundamental.

Palabras clave: Syd Barrett, LSD, Drogas en el rock

Abstract: The paper follows the path of Syd Barrett, founder of Pink Floyd, pioneer in psychedelic rock, where the consumption of LSD had a fundamental place.

Keywords: Syd Barrett, LSD, Drugs in rock

*“No es fácil hablar de mí.
Tengo la cabeza muy irregular.
Y no soy nada de lo que piensan que soy.”*

Syd Barrett

Syd Barrett fue el nombre artístico que se forjó Roger Keith Barred, cantante, guitarrista, compositor y uno de los precursores del rock psicodélico. Dio nombre y existencia a una de las grandes bandas de la historia del rock, propuso que se llamara *Pink Floyd Sound*, en homenaje a dos músicos de blues que no son demasiados conocidos: Pink Anderson y Floyd Council.

Fue una estrella fugaz en el firmamento del rock, incluso en su propia invención: participó solo tres años en Pink Floyd. Pero su estela jamás dejó de estar presente en la banda. Luego grabó como solista dos álbumes, para desaparecer de la escena del rock, aislándose, refugiándose en la casa paterna. Consecuencia lógica de lo que Eric Laurent ha denominado un “progresivo desenganche del Otro”.

Roger Waters y David Gilmour se pusieron al hombro la banda, pero los temas que componían acostumbraron a hablar de la locura de su antiguo líder.

La primera placa del grupo original: *The Piper at the Gates of Dawn*, es considerado por muchos como el mejor primer disco de una banda, siendo unos de los pilares de lo que se denominó rock psicodélico (fue grabado casi simultáneamente con *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de The Beatles). Syd Barrett compuso la mayor cantidad de los temas del disco.

Syd no pudo soportar la presión de liderar la banda encadenando un concierto tras otro y terminó por colapsar, convirtiéndole en una sombra de lo que alguna vez fue. Los problemas de Syd con las drogas, en particular el LSD, comenzaron a arruinar las presentaciones de la banda, en un recital tocó solo una nota, en otro arrojaba

su guitarra con violencia al público; en lugar de cantar, murmuraba, o directamente no podía salir al escenario. La banda tenía que cancelar las funciones; incluso en una entrevista para la televisión norteamericana durante la primer gira en Norteamérica sufriría un colapso. David Gilmour fue tomando paulatinamente el lugar de guitarrista, mientras que Syd deambulaba por el escenario con la vista perdida en el vacío. Un día de 1968 sus compañeros se dirigían hacia un concierto y simplemente decidieron no pasar a buscarlo.

Los miembros de la banda consideraron la posibilidad de tenerlo como compositor, pero prescindir de él en las actuaciones en vivo (tal como hicieron los Beach Boys con Brian Wilson, quien también tuvo problemas para presentarse en vivo por el excesivo consumo de LSD), pero el comportamiento errático de Barrett llevó a la decisión de continuar sin él.

El próximo LP: *A Saucerful of Secrets*, incluiría un tema compuesto por Barret que sería su despedida, en la letra asegura que ya no está presente en ese lugar, sino en otros planos mentales, lejos de las personas mundanas. Vendrán dos discos solistas, el de 1969 incluye “Golden Hair”, un tema compuesto a partir de un poema de James Joyce, en uno de sus versos dice: “yo escuché cantar a través de la oscuridad”. Resulta tentador suponer que Syd Barrett es a la música lo que James Joyce es a la literatura. Sin embargo sabemos que Joyce logró una estabilidad que Barrett jamás pudo encontrar.

A sus intentos solitarios, ayudado por David Gilmour, quien procuraba reparar que había ocupado su lugar en la banda, le siguió el ostracismo. Refugiado en la casa materna sus principales ocupaciones serán la pintura y la jardinería. Al morir su madre, se ocuparía de él su hermana Rosemary.

El álbum consagrador de Pink Floyd: “*Dark side of the moon*” (1973), incluye temas de Roger Waters inspirados de la locura de Syd: “Brain damage” y “Eclipse”, enganchados son el colofón de una obra magistral. “Daño cerebral” narra la historia de un lunático que se aproxima, está en el césped, en el hall, se acerca cada vez más, hasta que el lunático, finalmente, se encuentra en la cabeza del narrador, una risa alocada de fondo lo certifica. La locura ya no es ajena. La locura de Barrett es la que dio origen a la banda y siguió inspirando grandes temas, la locura está en ellos, como está en nosotros. Poética forma de decirnos que todos estamos locos.

En 1975 Pink Floyd publica el álbum *Wish You Were Here*, un magistral homenaje a su fundador. Mientras estaban grabando *Shine on you crazy diamond* en los estudios Abbey Road, un hombre irrumpe en la sala de grabación, estaba excedido en peso (luego diría que había comido demasiadas chuletas de cerdo, ese animal que en un globo gigante flotara en los recitales de Pink Floyd). El sujeto lavaba la cabeza y las cejas completamente afeitadas, vestía chaqueta y zapatos blancos y tenía una bolsa de plástico en las manos; sus antiguos compañeros de banda tardaron en reconocerlo, hacía cinco años que no veían a Barrett. Roger Waters y Richard Wright quebraron en llanto. Esa imagen les resultaría traumática y procurarían llevarla a lo simbólico en numerosas entrevistas. El personaje central de *The Wall* sería un intento de elaboración. Pink se llama el protagonista de la película dirigida por Alan Parker, que pierde gradualmente la cordura y se rasura el cuero cabelludo y las cejas.

El tema “Shine On You Crazy Diamond” llevan en sus título las iniciales SYD (así como el LSD está presente en un título de *The Beatles, Lucy in the sky with diamonds*). La letra de “Sigue brillando diamante loco”: dice: “Recuerde cuando usted era joven, que brilló como el sol. brillo de loco diamante. Ahora hay una mirada

en tus ojos, como un agujero negro en el cielo. Brillo de loco diamante que fueron atrapados en el fuego cruzado de la infancia y el estrellato”.

En el ambiente de la psiquiatría inglesa el “caso Barrett” pasó a ser material de estudio. Un trabajo de Paolo Fusar-Poli publicado en *The American Journal of Psychiatry*, asegura que en 1974 Barrett se vio definitivamente “obligado” a abandonar la vida pública después de un desencadenamiento en el cual dejó encerrada a su novia durante tres días sin dejarla salir de su casa.

Muchos de los trabajos dedicados a Syd plantean que el uso de LSD puede provocar esquizofrenia, sin reparar que de lo que se trata es que el ácido lisérgico puede llevar a un desencadenamiento. Es común que quienes consumen y tienen una mala experiencia con la sustancia hablen de un “mal viaje”. No resulta extraño que ese mal viaje lo empuje al sujeto al abismo de su desgarradura.

Syd Barret da cuenta en su derrotero de ese “progresivo desenganche del Otro”, como contrapartida a los casos de sujetos donde las sustancias tóxicas permiten encubrir dificultades que guardan relación con las psicosis, permaneciendo “asintomáticos” mientras consumen, ya que le droga les brinda un tapón a partir de una compensación química, o bien de cierta solución identificatoria que un significante como “adicto” puede proporcionar en el campo de lo social.

El consumo de LSD puede resultar interesante para la composición de temas de rock psicodélico, al traducir en el plano musical el carácter enigmático que se desprende de la relación de un sujeto con su goce; pero el inconveniente es que entre sus efectos suele incluir alucinaciones, tanto con los ojos abiertos como cerrados, percepción distorsionada del tiempo y de la realidad, desintegración del yo. Por estas razones han responsabilizado a esta sustancia de “psicotizar” a los sujetos, pero en verdad de lo que se trata es de sumirlo al sujeto en un estado alterado que puede llevarlo a un desencadenamiento, cuando lejos de favorecer una posible estabilización delirante, lo arrastra al campo de una infinitación, haciendo que se disperse en el infinito de su delirio. El sujeto que consume ácidos no puede decirse que permanezca “asintomático”; solo que pueden atribuirse ciertas manifestaciones inherentes al desenganche del Otro o los fenómenos alucinatorios, al consumo. La sustancia genera este tipo de fenómenos que entran en una relación topológica con los fenómenos de estructura. Las alucinaciones, la despersonalización, la pérdida de referencias corporales e identificatorias, el comportamiento errático, la imposibilidad de compartir esa extrañeza, y de desprender de la experiencia una significación, provoca un empobrecimiento de sus relaciones y lazos afectivos, promoviendo rupturas con el Otro, que llevan al sujeto al aislamiento.

Syd Barrett vivió muchos años alejado del mundo, murió debido a un cáncer de páncreas, aunque la diabetes había sido el gran padecimiento de sus últimos ocho años. Según su hermana murió con una risotada esquizofrénica, como la que aparece en los temas finales de “El lado oscuro de la luna”, el álbum de esa banda que él había fundado y de la cual no se acordaba. Pese a su legado, en el final de su vida, no recordaba ni siquiera haber sido un músico.

Bibliografía:

Autores Varios. Historia del rock. El País. Ediciones X-Press. Madrid, 1993.
Duarte, Sebastián. Pink Floyd. Derribando muros. Distal. Buenos Aires, 2012.
Miller, Jacques-Alain y otros. *La psicosis ordinaria*. ICdeBA-Paidós. Buenos Aires, 2003.
Povey, Glenn. Los tesoros de Pink Floyd. Editorial Cúpula. Inglaterra, 2012.
Shapiro, Harry. Historia del rock y de las drogas. Manon Troppo. Barcelona, 2006.
Watkinson, Mike; Anderson, Pete. Syd Barrett y el amanecer de Pink Floyd. Munster. Barcelona, 2012.

LA INQUIETANTE FAMILIARIDAD DE LAS DROGAS: RESEÑA DEL III COLOQUIO AMERICANO DE LA RED TYA

THE DISTURBING FAMILIARITY OF DRUGS: REVIEW OF THE III AMERICAN CO- LLOQUIUM OF THE TYA NETWORK

Cláudia Maria Generoso (Belo Horizonte, Brasil)

Psicoanalista, Psicóloga en Centro de Atención Psicosocial Alcohol y Drogas, Coordinadora Adjunta del Núcleo de Toxicomanía del Instituto de Psicoanálisis y Salud Mental de Minas Gerais

Claudio Spivak (Buenos Aires, Argentina)

Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana, miembro de Asociación Mundial de Psicoanálisis, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Secretario del Departamento de Toxicomanías y Alcoholismo (TyA-Argentina)

Marcelo Quintão e Silva (Belo Horizonte, Brasil)

Miembro del Núcleo de Toxicomanía del Instituto de Psicoanálisis y Salud Mental de Minas Gerais, médico psiquiatra - Red de Salud Mental del Ayuntamiento de Belo Horizonte

Resumen: Reseña del III Coloquio Americano de la Red TyA que tuvo lugar en septiembre de 2017 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, sobre el tema «La inquietante familiaridad de las drogas».

Palabras clave: drogas, toxicomanía, contemporáneo, goce

Abstract: Review of the III American Colloquium of the TyA Network held in september 2017 in the city of Buenos Aires, Argentina, on the subject “The disturbing familiarity of drugs”.

Keywords: drugs, drug addiction, contemporary, jouissance

El III Coloquio Americano de la red TyA tuvo lugar el día 13 de septiembre de 2017 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, como uno de los eventos satélite del VIII ENAPOL, donde se debatió el tema «La inquietante familiaridad de las drogas».

La organización del Coloquio tomó como eje de difusión los vínculos entre la droga y la cultura, siguiendo la indicación del argumento: «narrar la historia de los narcóticos es casi como narrar la historia de nuestra cultura». A tal fin se instrumentó un espacio digital en la siguiente dirección: <https://www.facebook.com/coloquioutya/>. Durante los meses previos al Encuentro se publicó unas decenas de textos, rescatando especialmente la relación particular que han establecido distintos personajes de la cultura con la droga en un sentido más amplio. Siguiendo esta orientación se publicó escritos sobre, por ejemplo, Kurt Cobain, R. L. Stevenson, Amy Winehouse, Andre Agassi y Jim Morrison, entre otros. Las producciones se encuentran en línea y pueden ser consultadas en la dirección mencionada.

La apertura del evento contó con importantes psicoanalistas del comienzo del TyA en Argentina, tales como Ernesto Sinatra y Luis Darío Salamone, así como con la presencia de la vice presidente de la AMP, Angelina

Harari. Mesa coordinada por Carolina Hernández, directora del CID de la NEL Maracaibo, Venezuela, quien señaló que el III Coloquio TyA se demuestra como la consolidación de un espacio de encuentro y debate. Asumió asimismo el compromiso de fundar la red TyA en Maracaibo, Venezuela, ampliando este tipo de investigación articulada con la práctica.

El tema sobre la inquietante familiaridad de las drogas, abordado por Ernesto Sinatra, subrayó el componente adictivo del circuito del consumo de mercancías en la actualidad, teniendo la producción de drogas-mercancías el sentido de que las mercaderías en sí mismas tienen un valor adictivo. El éxito de esta conjunción se sostiene de la hipótesis propuesta por el autor de que el mercado se vale directamente de la condición estructural de la subjetividad a partir del fundamento bipolar del consumo. Describe el proceso del *parlêtre* a partir de la relación con el vacío fundamental que demarca la inexistencia de un goce universal, y los objetos producidos por el mercado (*gadgets*) como promesa para suturar ese vacío. El discurso capitalista interviene en el mercado produciendo un objeto para suturar con los pequeños objetos el vacío central del goce imposible, siendo su función la de hacer existir un goce suplementario de los sexos, que no existe. Entretanto, lo que se substituye con los *gadgets* no es un objeto, sino un goce, y por eso ningún objeto puede ajustarse allí de manera adecuada y permanente, dado que nunca habrá un objeto de goce universal. La iteración del goce, entonces, causa el movimiento de los objetos, que se substituyen unos por otros, patentizando así la infinitización por la vía del mercado en la promesa engañosa de satisfacer al *parlêtre*.

Ésta es la falacia que se compra y que produce la llamada *moral adictiva del consumidor*, dividida entre la tristeza por la abstinencia del objeto y el triunfo de tenerlo bien sujetado. Ese es el fundamento maníaco-depresivo o bipolar del consumo. Entre la exaltación maníaca y la tristeza depresiva se manifiesta el vacío, el punto exacto de la no relación, y que recicla el proceso de consumo en una metonimización asintótica.

Goce familiar e inquietante que también fue destacado en la exposición de Luis Salamone. La sustancia tóxica alimenta al sujeto, siendo muchas veces capaz de separarlo del Otro, incluso del inconsciente, pero no de la pulsión de muerte. Consecuencias nefastas generadas por ese tipo de goce que colocó al tema de las adicciones como uno de los más importantes para la política psicoanalítica, refiriéndose a la inquietud de Judith Miller quien se ocupó de la apertura de la red TyA en la AMP.

Luego, Fabián Naparstek, coordinador del TyA internacional, y Jorge Castillo (TyA Córdoba) presentaron el tema del II Coloquio Internacional de la red TyA a ser realizado en Barcelona durante el Encuentro de la AMP en abril de 2018. El tema propuesto es sobre los enganches y desenganches en las toxicomanías y adicciones. Se lanzó, asimismo, la invitación para presentar trabajos en este evento.

Luego de la apertura fue el momento del seminario teórico a cargo de Jesús Santiago, asesor del TyA Brasil, que desarrolló sus ideas sobre el tema «Droga: ¿herejía u ortodoxia en el Otro de la civilización?». El seminario abordó las consecuencias de la supremacía del discurso de la ciencia en todo abordaje de la cuestión de las drogas en la civilización, determinándola de forma absoluta: junto con la ciencia, la droga se volvió un tóxico. Al literalizar las sustancias de la naturaleza, como si la droga habitara la naturaleza en tanto realidad prediscursiva, privilegia las propiedades tóxicas de las sustancias, midiendo su dosis letal, relacionándose la

noción de intoxicación con el grado de nocividad de las sustancias. Esto produce efectos en el espacio jurídico expresados en el arsenal de disposiciones legislativas sobre la nocividad y el abuso de la droga, de lo cual se deriva la represión policial. La hipótesis lacaniana de una moral en la naturaleza es la de que se desprende del discurso de la ciencia como imputación a la droga del papel de herejía frente a la civilización, así como el de ser uno de los responsables por muchos flagelos actuales.

Para el psicoanálisis no hay droga en la naturaleza, y su definición se constituye en el contexto discursivo en el que se la enuncia. Su uso toxicómano es tomado como punto de partida por la vía del concepto paradójico de la economía de la satisfacción libidinal, originando en el psiquismo el lazo especial y contradictorio entre el sujeto y sus objetos. Tal satisfacción, tomada en su aspecto lábil cernido al campo oscuro del goce, se correlaciona con la pulsión, teniendo sus objetos la marca de lo imposible bajo la égida del principio del placer: no satisfacerse, sino por medio de la alucinación –y en el goce el trazo fundamental de no realizarse, a no ser con lo que no sirve para nada–. En esta experiencia subjetivada, la droga sólo tiene relación con la realidad mediante un fragmento escogido de ésta. Y al hacer una elección para el destino de su vida, el sujeto se torna un hereje –es preciso escoger el camino por el cual alcanzar la verdad, más allá de poder someterla a confirmación, es decir, ser hereje de una buena manera–. El toxicómano es un hereje de una mala manera, pues en su rechazo del inconsciente se priva de usar su herejía lógicamente, hace un mal uso de sus elecciones y de sus excesos.

De la herejía se pasa rápidamente a la ortodoxia, ya que la droga del toxicómano se torna un dogma al que el sujeto se somete de acuerdo al imperativo de una repetición monótona y ritualista del uso. Hacer de la droga un *meaning is use*, cuyo significado se reduce al puro valor de goce.

La satisfacción pulsional por la elección forzada del *phármakon*, reversible entre remedio y veneno, cuenta con el factor real del goce, no sólo por su inutilidad, sino sobre todo por su eje inexorable con el mal. El goce es un real que siempre encierra la vertiente del mal, y el uso de la droga viene como *construcción substitutiva*, como defensa ante las fijaciones de goce de carácter disarmónico, cuya extrañeza tiene que ver con lo que se puede trasmudar entre el remedio y el veneno, entre el bien y el mal. Se presupone, así, la disyunción entre las vertientes del *phármakon* como símbolo (prevalencia del efecto de significado) y como letra (prevalencia de la naturaleza de objeto), condición de residuo que la droga asume en la civilización, que es el indicio de algo nocivo. A partir de tal disyunción de la droga promovida por la ciencia se torna posible la toxicomanía como recurso y la droga como artefacto, soporte artificial de un puro substituto. Artefacto que no es semblante, sino un instrumento reparador para remediar el hecho de que, para ciertos sujetos llamados toxicómanos, el semblante fálico se muestra en ruptura con su operatividad sobre el goce.

Luego del seminario, que promovió puntos importantes de discusión, hubo dos mesas de trabajos clínicos, componiéndose la primera por Nicolás Bousoño (TyA Argentina), Maria Wilma Faria (Responsable TyA Brasil) y Ana Viganò (TyA México). La segunda mesa, con Hilda Vittar (Asesora TyA Córdoba), Antônio Beneti (Asesor TyA Brasil) y Darío Galante (Codirector TyA Argentina). Fueron momentos de discusiones clínicas que testimoniaron la práctica psicoanalítica ante la función del uso de drogas para cada caso frente a lo inquietante del goce de cada uno, la función de la droga en la economía psíquica y la toxicidad del goce. Situaciones

clínicas que implican los efectos del mundo actual en las relaciones subjetivas, siendo la nuestra una época toxicómana cuya naturaleza puede ser observada a partir de las formas que se presentan hoy en día. Como ejemplo, el uso actual de drogas sintéticas en las fiestas electrónicas en las que los cuerpos se agitan sin palabras, de forma anónima y sin consciencia, en que las personas ponen en riesgo sus vidas. Situaciones clínicas que destacan la relación del goce toxicómano con el cuerpo en una vertiente autoerótica ante un impasse originado por la sexualidad, siendo la adicción una forma substitutiva de la satisfacción primordial en el cuerpo, como ejemplificó Freud con la experiencia de la masturbación. Otro punto que emergió en la discusión clínica se refirió a la función de la droga para cada sujeto. Un caso ejemplificó la necesidad de precisar las distintas funciones que tienen las drogas y cómo sirven para tratar algo puntual, inclusive la función de detención que tiene la droga para frenar el momento en que un estado implica el desencadenamiento psicótico, incluyendo allí la función de enganche o desenganche del Otro.

También se destacó la relación de los casos de toxicomanía con las psicosis ordinarias, animando aún más el debate que se desdobló en varias cuestiones a ser desarrolladas sobre el tema. Cuestiones también referentes a la especificidad de la clínica en el campo de las toxicomanías que debe ser pensada como una clínica del sujeto y del *parlêtre*. El manejo de la transferencia, cuando algunos sujetos se fijan a la nominación familiar de dependientes químicos. En fin, toda una riqueza clínica que nos invita a pensar la relación de la toxicomanía con la psicosis en la actualidad, asunto cuyo debate continuará en el Coloquio Internacional a partir del tema de los enganches y desenganches en las toxicomanías y las adicciones.

El cierre fue realizado por el secretario del TyA Argentina, Claudio Spivak, y por el responsable del TyA Rosario, Adrián Secondo. Claudio Spivak nos propuso una lectura sobre la definición de la droga, realizada por Lacan en 1975. Vinculó, siguiendo la indicación lacaniana, el éxito de la droga con la emergencia de la angustia, producto del encuentro del cuerpo con el goce fálico. La droga es un éxito en el punto en que permite romper con ese goce fálico, heteroerótico del cuerpo, fuera del cuerpo y al cual afecta en su consistencia. Así, el éxito es doble, al extraer de la angustia y al mantener la consistencia del cuerpo.

Finalmente se agradeció a la Comisión Organizadora por el trabajo realizado.

Ideas presentadas en el Coloquio nos impulsan a continuar el trabajo rumbo al próximo encuentro del TyA Internacional.

Traducción del portugués: Maximiliano Zenarola